

LOS
DIAMANTES
no brillan como

Tú

CHUS NEVADO

Primera edición: junio 2018

©Texto: Chus Nevado, 2018

©Diseño de la cubierta: Geni Fernández Pérez, 2018

ISBN: 978-19-808-1983-7

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

Sinopsis

Dicen que el primer amor nunca se olvida... y Maia no lo ha olvidado, a pesar del tiempo transcurrido. Siendo todavía adolescente creyó haber encontrado a su alma gemela, pero todo se torció cuando Ewan se marchó de Inglaterra para realizar unas prácticas en el extranjero. Rompió el contacto con ella de un día para otro, y aquello la sumió en una profunda depresión.

Siete años después, reaparece en su vida para aclarar lo sucedido, pero Maia aún está demasiado dolida y solo quiere que la deje en paz. Sin embargo, no contará con la insistencia de Ewan, quien no aceptará un «no» por respuesta.

¿Podrán las chispas que saltan entre ellos prender otra vez la llama de aquel amor, o se quemarán en un fuego cruzado de rencores y reproches?

Los diamantes no brillan como tú
Chus Nevado

*A mi otro medio diamante,
porque juntos hemos creado
la gema más valiosa*

Prólogo

Maia se coló con sigilo por la puerta entreabierta y la cerró despacio, evitando cualquier ruido que revelara su incursión nocturna al resto de ocupantes de la casa. Después mantuvo su mano varios segundos sobre el picaporte, como si quisiera aplazar el momento de la verdad lo máximo posible. En realidad, hasta esa noche había acariciado la secreta esperanza de que todo fuera solo un mal sueño, pero para su pesar descubrió que los deseos, por mucho que se anhelaran, no siempre llegaban a cumplirse.

Aunque las visitas a ese cuarto se habían sucedido con frecuencia durante los últimos meses, era la primera vez que entraba allí con la desazón oprimiéndole el pecho. Y quizás también la última. Aquello supondría un antes y un después, porque estaba convencida de que a partir de entonces ya nada sería igual.

Reticente, soltó el pomo, y al tiempo que el brazo caía con desidia en el aire, un quedo suspiro de resignación brotó de sus labios. «Ahora o nunca», pensó, insuflándose unos inexistentes ánimos para afrontar lo inevitable.

Dejó la puerta atrás y avanzó hacia el fondo de la estancia mientras desataba el nudo de su bata con dedos temblorosos. La prenda se deslizó lentamente sobre los hombros, rasgando el silencio con el sutil roce de la tela al caer olvidada a sus pies. La nívea piel de su gloriosa desnudez refulgió en la penumbra de la habitación, iluminada tan solo por los destellos velados de la luz de las farolas que se filtraban a través las cortinas.

Sintió que el vello se le erizaba, pero no fue por frío sino de anticipación. Antes de llegar a los pies de la cama, unas fuertes manos se aferraron a su cintura y la obligaron a detenerse. Expectante, contuvo el aliento. Uno de sus

mechones rubios se meció sobre su mejilla con la cálida brisa de una respiración profunda, muy próxima a su oído. Los ardientes labios se posaron en su sien y, tras un beso fugaz, recorrieron con enervante calma la línea del cuero cabelludo hasta llegar a la parte posterior del cuello, haciéndola vibrar de deseo.

—¿Por qué has tardado tanto? Me estaba volviendo loco pensando que al final no vendrías.

—¿Cómo no iba a venir? Solo estaba esperando a que todos se durmieran. —Aquello era mentira; en realidad, había estado llorando durante largo rato en la soledad de su habitación hasta que no le quedaron más lágrimas que derramar, pero no quería que él lo supiera—. Pero ya estoy aquí...

Intentó volverse, pero él la afianzó a su torso con los antebrazos cruzados a la altura del vientre. El cuerpo masculino mostraba ya claros signos de excitación, evidentes contra la zona inferior de su espalda, así que echó la cabeza hacia atrás para apoyarse en él y se dejó llevar.

Al notar su absoluta rendición, las manos que la apresaban se relajaron e iniciaron un lento ascenso que culminó en el nacimiento de los senos. Las palmas sopesaron su tamaño y maleabilidad con un movimiento circular, mientras las yemas tanteaban el delicado contorno de las areolas. La reacción fue casi instantánea: la tersa piel se frunció y los pezones se convirtieron en dos duros botones, revelando así su satisfacción por la atención a la que estaban siendo sometidos.

Maia alzó los brazos hasta alcanzar la espesa cabellera castaña y enroscó los rizos entre sus dedos, aplicando el mismo ritmo que él transmitía a los suyos para darle placer.

—Cómo te voy a echar de menos —musitó él, acercando la boca al hueco de su clavícula para aspirar su aroma—. Me va a costar tanto decirte ad...

—No lo digas, por favor. No lo digas —le cortó, colocando el índice

sobre sus labios para hacerle callar—. Esto me está matando, saber que en pocas horas tendremos que despedirnos me supera, así que al menos deja que me lleve un buen recuerdo de esta noche. Hazme olvidar por un rato lo que está a punto de suceder, porque a partir de mañana no podré pensar en nada más.

A pesar de su juventud, Maia ya sabía lo que era el amor y los sufrimientos que conllevaba. Su primer amor, aunque también el definitivo. Lo quería tanto... Ambos se habían enamorado como locos sin poder evitarlo, y juntos habían aprendido todo lo que desconocían de ese gran sentimiento, descubriendo poco a poco las delicias del sexo. Estaban hechos el uno para el otro... y ahora el destino los separaba, aunque fuera tan solo por una temporada. No sabía cómo podría soportarlo, aquel año se le iba a hacer eterno.

Se intercambiaron infinitas caricias hasta que la pasión los arrolló. Sobre la confortable moqueta, aquella que había sido testigo mudo de la mayoría de sus encuentros furtivos, hicieron el amor con toda la fogosidad, el ansia y la desesperación que implicaba ese último encuentro. La ternura con la que él se internó en ella se mezcló con la codicia que Maia demostró al acogerlo, y unidos por un único sentimiento, exteriorizaron en ese acto carnal lo que sus corazones clamaban al unísono.

Cuando Maia llegó al clímax, a aquel punto sin retorno en el cual todos sus pensamientos se diluyeron en uno solo, el único momento en el que consiguió olvidar por un instante la incertidumbre que la atenazaba, tuvo que clavarse las uñas entre las palmas e invadir la boca de su amante para contener la exclamación de éxtasis que brotó de su garganta. Mientras se convulsionaba, él la abrazó con fuerza y abrió las compuertas a su propia liberación. Una ironía, ya que esa última liberación significaba también el principio de su tortura.

Permanecieron así durante horas, despiertos pero evitando moverse para no romper el frágil hilo que los mantenía unidos. Con la llegada del alba ese hilo se rompió, y la tristeza embargó a Maia al darle un último beso de despedida.

—Prométeme que mantendremos el contacto hasta que regreses —le imploró entre sollozos.

—Te lo prometo. —Él le retiró las lágrimas que cubrían sus mejillas con la yema de los pulgares y la acunó en su pecho—. Dentro de un año volveré y ya no nos separaremos nunca más.

Capítulo 1

Siete años después

Maia avanzaba a buen paso por los caminos serpenteantes de las inmediaciones del lago. A pesar de que el complejo verde disponía de una pista de atletismo en el lado noroeste, ella prefería recorrer las zonas más recónditas, aquellas en las que podía entrar en contacto directo con la naturaleza. El parque Battersea contaba con una gran variedad de especies arbóreas, que abarcaban tanto la flora autóctona como ejemplares exóticos traídos a lo largo de décadas desde diferentes partes del mundo. Correr a través de los senderos rodeada de vegetación y disfrutar de las vistas que proporcionaba el paseo circundante al estanque se había convertido en su ritual diario, ritual al que jamás renunciaba ya hiciese viento, nevara o lloviese a cántaros; pero en un día como aquel, una soleada mañana primaveral de finales de mayo donde los colores brillaban por doquier, la experiencia resultaba sencillamente idílica.

Tras unos minutos más de carrera continua, aminoró el ritmo hasta alcanzar una marcha ligera y giró la cabeza hacia su compañero de fatigas.

—Vamos, Dante. No me digas que estás cansado. —Torció el gesto al verlo con la lengua fuera y la respiración entrecortada—. Voy a tener que ponerte a dieta, cariño.

Un labrador de brillante pelaje negro llegó hasta ella, se sentó sobre los cuartos traseros y respondió a la amenaza con dos sonoros ladridos.

—No te gusta la idea, ¿verdad? —Maia se puso en cuclillas y le agarró de los carrillos para agitarlos con brío. Dante le regaló un húmedo lametón en la

mejilla—. ¡Pues levanta el culo ahora mismo y muévete!

Maia se incorporó con energías renovadas y continuó la marcha hasta la salida del parque. Ya en el exterior, esperó a que el perro llegara a su altura para engancharle la correa. Como siempre, se había quedado retrasado por perseguir a todo bicho viviente que se cruzaba en su camino. En esta ocasión se trataba de una espléndida mariposa de vivos colores que revoloteaba entre los arbustos. Dante daba saltos como un loco con la intención de capturarla, aunque sin éxito. Ella lo dejó a sus anchas durante un rato porque era el único modo de que hiciera algo de ejercicio. El veterinario le había advertido que esa raza era propensa a sufrir sobrepeso y, por consecuencia, displasia en las caderas, así que tendría que empezar a cuidar su alimentación y su forma física. Le encantaba mimarlo con chucherías, pero no deseaba que acabara de ese modo.

Era su amigo incondicional. Y lo quería con locura.

Cuando Dante decidió que sus intentos por alcanzar la mariposa serían infructuosos trotó hacia su dueña, y ella aseguró el mosquetón en el arnés. Unos minutos después llegaban al edificio donde vivían en Prince of Walles Drive, una calle aledaña al parque.

Nada más entrar en el portal, el perro hizo amago de lanzarse hacia las escaleras, pero Maia lo retuvo mientras abría el buzón.

—Espera, impaciente —lo increpó, aplicando un tirón brusco a la correa.

Dio un rápido repaso a la correspondencia antes de subir a la primera planta, donde estaba su apartamento: una factura..., publicidad para la papelería..., más facturas... Una de las cartas llamó de inmediato su atención. El sobre, de papel verjurado color crema, era de un gramaje considerablemente más grueso que el resto. Su nombre aparecía impreso a pluma con letra manuscrita, pero carecía de remitente. Sin embargo, ya intuía de quién podía tratarse.

Llevaba semanas esperándolo.

Rompió el bonito lacre rojo y sacó el tarjetón. Tras leerlo por encima, suspiró con resignación y volvió a guardarlo.

Al llegar al piso soltó a Dante, que corrió directo hacia su cuenco de agua; ella dejó el fajo de cartas sobre la consola de entrada y se dirigió al baño. Después de una buena ducha tonificante, se arregló para ir a trabajar. Como siempre, un entallado traje de chaqueta, su rubio cabello recogido en un moño bajo de estilo informal y un maquillaje ligero constituían su seña de identidad a la hora de afrontar una nueva jornada laboral. La otra imagen que solía mostrar, más desenfadada y algo provocativa, quedaba reservada en exclusiva para su vida personal.

Cuando estaba a punto de salir por la puerta, su vista se clavó de nuevo en el sobre color crema.

Ya no había escapatoria. Sarah la llamaría de un momento a otro para confirmar que lo había recibido, y ella aún no sabía qué iba a hacer.

Sarah había sido su mejor amiga desde el jardín de infancia. Y aún lo era, por eso le resultaba tan duro tomar una decisión de ese calibre. Si al final lo hacía, le ocasionaría un gran disgusto, de eso estaba convencida, aunque ella conocía ya toda la historia con su hermano y debería comprenderlo.

Para Maia no era plato de buen gusto perderse un acontecimiento tan importante en la vida de su amiga, pero... No, definitivamente no. Él estaría allí y no quería encontrárselo frente a frente nunca más. Se había marchado hacía siete años con la promesa de volver junto a ella y la había incumplido. De hecho, había desaparecido de su vida sin más, sin dar ninguna explicación. Como un maldito cobarde.

Unos meses después de su partida, de un día para otro, rompió todo contacto con ella. No hubo más llamadas, dejó de recibir sus cartas... Maia no entendía qué podía haberle sucedido y estaba muy preocupada; no había

forma de saber de él sin poner en antecedentes a su hermana, pero como no quería que su angustia la delatara, tardó en preguntarle. Cuando al fin se decidió a tantearla, eso sí, con cuidado de no hablar más de la cuenta, Sarah, en su ignorancia, le contó que se había adaptado muy bien al cambio y que parecía feliz. Y a ella se le cayó el mundo a los pies.

Durante las siguientes semanas, Sarah le fue narrando con orgullo las peripecias de su hermano en Brasil. Incluso le mostraba fotos en las que se le veía muy sonriente y despreocupado... hasta que llegó un punto en el que Maia no quiso ver ni escuchar nada más y terminó por confesarle la verdad. Sarah, aunque se sintió dolida por no haberle confiado su secreto desde el principio, lo entendió y no volvió a hablarle de él, a excepción de algún comentario aislado que zanjaba en cuanto apreciaba la incomodidad en el rostro de su amiga.

Tres años después de su partida él regresó a Londres, pero solo para una visita de carácter temporal. Y la buscó, aunque dio la casualidad de que en esas fechas ella se encontraba fuera del país realizando un curso de verano, así que no pudo localizarla. Se enteró a través de su madre, Ornella, cuando volvió del viaje; escudándose en el aprecio que se tenían ambas familias había cometido el descaro de presentarse en su casa, aunque al menos tuvo la decencia de preguntar por ella solo en calidad de amigo.

Por aquel entonces Maia ya se había cansado de esperar una simple explicación, así que agradeció en silencio ese pequeño capricho del destino que le había evitado tener que verlo de nuevo. Demasiado tiempo, demasiadas mentiras... y demasiadas ilusiones rotas. El enfrentamiento habría sido demasiado doloroso, aún le guardaba mucho rencor, y ella solo quería rehacer su vida y olvidarlo para siempre. En realidad, no coincidir con él fue lo mejor que le pudo pasar.

Después de aquello, no se dio por vencido. Intentó contactar con ella por

teléfono, pero Maia cortaba la comunicación en cuanto reconocía su voz. Si no tenía la conciencia tranquila ese era su problema. Como no captaba la indirecta y seguía insistiendo, decidió responderle una única vez, aunque le despachó con cajas destempladas. Ni siquiera le dejó hablar: escupió un insulto tras otro y le exhortó a que la dejara en paz, advirtiéndole que acudiría a las autoridades si continuaba con su acoso. Acto seguido, colgó sin esperar una respuesta. Al parecer, la amenaza surtió efecto porque no volvió a llamarla. De cualquier modo, las pocas ocasiones en las que él volvió de visita a la ciudad, Maia, avisada por Sarah de su llegada, tuvo la precaución de poner tierra de por medio para evitar un posible encontronazo.

Todo había ido bien hasta hacía dos meses, cuando Sarah le contó que Peter, su novio, le había propuesto matrimonio y ella había aceptado. Justo en ese instante la alarma se activó en su cerebro. Aquello solo significaba una cosa: él iría a Londres para la boda y ella, como mejor amiga de la novia, tendría que asistir. Tal conclusión le supuso una verdadera encrucijada y desde entonces no había dejado de darle vueltas; aún hoy seguía sin saber qué hacer, si anteponer o no la amistad al resentimiento que todavía sentía hacia él.

Pero ya no podía aplazarlo más. Esa misma tarde tendría que tomar una decisión.

Abrió la puerta del apartamento y Dante salió disparado a su encuentro para despedirse de ella, como hacía todos los días cuando se marchaba a trabajar.

—Cuida bien del castillo, mi fiel soldado —proclamó con fingida autoridad, dándole dos palmaditas en el lomo.

Maia trabajaba en el Museo de Historia Natural, al otro lado del río Támesis. Aunque estaba relativamente cerca de su casa y podía ir andando, prefería desplazarse en coche, ya que disponía de una plaza en la zona

reservada del aparcamiento, al igual que el resto de directivos.

Accedió al majestuoso edificio de estilo neorromántico y victoriano por la entrada posterior, la correspondiente al personal, y se dirigió al área administrativa. Por el camino se cruzó con Chris Archer; tras saludarlo con cortesía, vio cómo este se detenía en medio del pasillo, parecía dudar y volvía atrás sobre sus pasos.

Maia sonrió para sus adentros. Chris Archer había sido contratado para dirigir el laboratorio de Paleontología hacía un mes escaso y todavía andaba un poco perdido. Por lo general, el personal de administración no solía confraternizar con el de investigación y ella, como responsable de finanzas relativas a actividades comerciales, no tenía mucho trato con esos departamentos. Sin embargo, al depender de forma directa del señor Thomson, director general de finanzas pero también un venerable anciano que se negaba a jubilarse, de vez en cuando era requerida para realizar otros trámites que escapaban a sus atribuciones, como en el caso de la revisión de gastos de los diferentes laboratorios.

Conoció a Chris Archer en la última reunión interdepartamental, una de tantas a las que el señor Thompson había dejado de asistir por motivos de salud y a la que tuvo que acudir en representación suya. Como faltaban algunos datos importantes referentes al laboratorio de Paleontología, lo volvió a convocar en su despacho para tratar ese asunto de forma más exhaustiva. Desde entonces, el hombre se personaba por la zona administrativa, y en concreto por los alrededores del área de finanzas, más de lo correcto.

—Señorita Stuart, perdone que la interrumpa. Acabo de dejarle a su secretaria la previsión de gastos para el próximo trimestre. Espero no haber cometido ningún error con las cifras.

Maia suspiró con resignación. ¿Cómo podía costarle tanto asimilar la

jerarquía del museo?

—Señor Archer, recuerde que eso queda fuera de mi competencia. Lo de hace unos días fue un caso puntual.

Él agachó la cabeza y murmuró con un hilo de voz:

—Tiene toda la razón, disculpe. Volveré a por la documentación ahora mismo.

Maia le detuvo antes de que saliera a toda prisa hacia su despacho.

—No se preocupe, ya me encargo yo de hacérsela llegar a la persona responsable.

—Muchísimas gracias, y disculpe de nuevo.

Maia lo vio alejarse y se tomó un instante para evaluarlo desde un punto de vista más personal, no solo como un compañero algo torpe y despistado. Reconocía que tras las gafas de pasta y los jerséis de pico se escondía un hombre apuesto, pero su timidez innata y esa pinta de cerebritito la echaban para atrás. A ella le gustaban con algo más de garra, que estuvieran a su altura y la miraran a los ojos sin amilanarse.

Con un leve cabeceo de compasión, se dispuso a entrar en su oficina. En ese momento, la puerta se abrió y una muchacha de pelo negro como el tizón y chispeantes ojos color avellana salió con una libreta en la mano.

—Buenos días, Helen —la saludó.

—¡Menos mal que ya has llegado! Hoy te espera una mañana movidita. Por cierto, ¿ese no es...?

Maia siguió la mirada de su secretaria a tiempo para ver cómo Chris Archer giraba rápidamente la cabeza y continuaba avanzando, aunque no pudo evitar chocarse contra una fuente de agua, que se desequilibró por el golpe. Tras sujetarla con manos torpes, rectificó sus pasos y aumentó el ritmo hasta desaparecer al fondo del pasillo. Ambas mujeres rieron y Helen agarró a su jefa del codo para introducirla en el despacho.

—Algún día tendrás que confesarme tu secreto. ¿Cómo lo haces?

—¿A qué te refieres? —preguntó Maia, confusa.

—Los tienes a todos comiendo de tu mano, hasta a ese ratón de biblioteca que está como un queso. ¿Has visto cómo se ruborizaba cuando le hemos pillado mirando? ¡Qué mono! No sabes la envidia que me das. ¡Ojalá se fijara en mí como lo hace en ti!

—Helen, Chris Archer no es mi tipo. Hombres como ese se merecen una buena chica, no alguien como yo.

—¿Alguien como tú? Maia, eres mi heroína —afirmó convencida—. ¡Cómo me gustaría tener tu seguridad a la hora de tratar a los hombres! Los usas sin esperar nada a cambio.

—Créeme, eso no es algo de lo que estar orgulloso. —Lo que Helen no sabía eran las razones por las que actuaba de ese modo, así que cambió de tema—. Y bien, ¿cuál es el *planning* para hoy?

Helen consultó su agenda unos instantes.

—A las diez tienes reunión con el departamento de estrategia para revisar objetivos; a las once, reunión con el subdirector de servicios educativos para tratar el tema de los recursos disponibles para el segundo semestre del año; y a las doce, auditoría externa en la sala de juntas. Una mañana intensa pero, como compensación, dispones de toda la tarde libre. Ah, y tu padre ha llamado para confirmar su cita contigo a la hora de comer, así que podrás tomarte el tiempo que quieras con él.

Su padre. Lo había olvidado por completo. Llevaba dos semanas insistiendo en que se vieran, pero no le apetecía lo más mínimo volver a escuchar de sus labios la misma perorata de siempre. Al final, había accedido a almorzar con él en el café del museo con el pretexto de que no podía desatender su trabajo más de lo necesario, y el único hueco que le quedaba era la hora de la comida. Él se había limitado a soltar un gruñido de

desaprobación, aunque estaba convencida de que no desaprovecharía la oportunidad de decirle algo cuando se encontraran cara a cara. Parecía que disfrutaba criticando todo cuanto hacía, y a ella le resultaba agotador.

Ese era el motivo principal de que hubiera decidido independizarse en cuanto tuvo ocasión. Las discusiones entre ellos ya no se daban con tanta frecuencia como cuando vivía con él, pero seguían produciéndose de tanto en tanto. Había llegado a la conclusión de que la sombra del gran Theodore Stuart, insigne exministro del parlamento británico y actual secretario de la Cámara de Comercio Internacional, la perseguiría siempre, por mucho que ella levantara barreras de por medio.

—¿Algo más? —preguntó, con la intención de no darle más vueltas a lo que se le venía encima.

—Sí. Han llegado los informes de gastos de eventos del último trimestre, así como el balance de pérdidas y ganancias de las exposiciones itinerantes. He revisado esto último y he visto que la recaudación ha aumentado un quince por ciento, cinco puntos más que en nuestras previsiones originales. Tienes toda la documentación encima de tu mesa.

—Bien, me pondré con ello hasta que comience la primera reunión. Chris Archer también te ha dado algo, ¿verdad?

—Sí, iba a llevarlo a contabilidad en cuanto hablara contigo. —Sus ojos chispearon al recordarlo—. Ains, ese hombre anda con la cabeza metida entre sus fósiles y aún no controla de qué va esto —lo disculpó con una sonrisa y un leve movimiento de hombros—, pero no me importa si eso implica tenerlo por aquí rondando todos los días para alegrarme la vista.

—¡Eres incorregible! Si tanto te gusta, deberías hacer algo.

—¿Algún consejo de la experta? Te recuerdo que eres tú la que ha llamado su atención, no yo.

—¡Bah, tonterías! Los hombres son hombres y se les puede controlar si

sabes de qué hilo tirar. Solo tienes que echarle algo de imaginación. Y ahora, cerremos un rato el consultorio sentimental y pongámonos a trabajar. Aunque suene aburrido, debemos justificar el sueldo que nos pagan.

A la una, Maia volvió de la auditoría con la cabeza embotada y un hambre voraz, pero también con unas ganas nulas de ver a su padre. No obstante, uno de los defectos que más criticaba Theodore Stuart era la impuntualidad, así que pasó junto a la mesa de Helen como una exhalación con la intención de recoger el bolso, salir corriendo a su encuentro y así no darle motivos para anotar una recriminación más en la lista de imperfecciones de su hija.

Helen se levantó de la silla como un resorte y la detuvo antes de que accediera a su despacho.

—Maia, espera un momento.

—Tengo prisa —la apremió—. ¿Qué ocurre?

—Hace un buen rato se presentó aquí el señor Collins preguntando por ti.

—¿Collins? —Maia frunció el ceño—. Ese nombre no me suena. ¿Quién es?

—Al parecer, alguien relacionado con la exposición temporal de diamantes que se va a inaugurar dentro de dos semanas.

—¿Y? ¿No te ha dicho qué quería?

—No, solo que se trataba de algo muy importante.

Maia se extrañó. Las negociaciones económicas llevaban cerradas desde hacía meses, todo el papeleo ya estaba tramitado y el espacio había sido reservado con bastante antelación. Solo faltaba recibir las muestras a exponer y preparar la sala, pero ese cometido era responsabilidad del departamento de mineralogía.

—¿Ha dejado algún teléfono donde pueda localizarlo?

—No, pero... está esperándote dentro. Dijo que no se iría a ningún sitio hasta que regresaras. Insistió tanto que no me quedó más remedio que dejarlo

pasar.

—Está bien, ya me hago cargo.

Maia entró en su despacho y cerró la puerta tras de sí. Junto al ventanal que daba a los jardines encontró a un hombre de espaldas, con los brazos cruzados y la vista fija en el exterior. De anchos hombros y pelo castaño, vestía de manera informal.

—Buenos días, señor Collins. Siento la tardanza.

El hombre se dio la vuelta despacio hasta quedar cara a cara.

—Hola, señorita Stuart.

El rostro de Maia perdió todo color. Tras unos instantes de incertidumbre, consiguió reaccionar y avanzó unos pasos. Se detuvo frente a él, mirándolo impasible.

—Ewan...

—Un placer volver a verte, Maia.

La bofetada que siguió a sus palabras reverberó en las paredes del despacho como única respuesta.

Capítulo 2

—Supongo que me la merezco —silbó él, al tiempo que se frotaba la mejilla lastimada.

—Supones bien —puntualizó ella, abofeteándolo de nuevo.

—No recordaba que tuvieras tanta fuerza. —Ewan rio entre dientes, aunque sus ojos verdes transmitían algo más profundo que jocosidad.

—Al parecer, no recuerdas muchas cosas. —Maia alzó el brazo para golpearlo otra vez, pero en esta ocasión él no se quedó quieto y la interceptó a medio camino, sujetándola de la muñeca mientras su otra mano la aferraba de la cintura.

—Basta ya. Es suficiente. —Su gesto se endureció y, acercándola a él, inclinó la cabeza hasta que sus rostros casi se tocaron—. Creo que has demostrado de sobra tu enojo.

—Esto es solo una pequeñísima muestra, así que será mejor que me quites las manos de encima ahora mismo o atente a las consecuencias.

Ewan se demoró unos instantes para recorrer sus facciones con intensidad y después la soltó, aunque no hizo ningún intento por apartarse. Sus cuerpos aún estaban muy próximos, tanto como para notar que la mandíbula de Maia se tensaba, mostrando la rabia que la corroía por dentro. Ella lo empujó con ganas y se alejó, parapetándose tras la mesa de escritorio. Tomó asiento en su sillón giratorio y, con la vista clavada en él, levantó el auricular del teléfono.

—Sal inmediatamente de mi despacho si no quieres que llame a seguridad.

—No lo harás —dijo él, muy seguro.

—¿En serio? —Maia pulsó dos teclas y le devolvió una mirada cargada

de arrogancia. Él, sin inmutarse lo más mínimo, fue hacia la mesa, le arrancó el auricular de las manos y lo colgó.

—¿Te has vuelto loco? ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Evitar que cometas un error.

—Mi error fue no echarte a patadas en cuanto te vi. ¡Largo de aquí!

—Tú y yo tenemos asuntos que tratar.

—Si te refieres a lo de hace siete años, ya quedó todo dicho. ¡Ah, no! — Maia levantó los brazos, fingiendo sorpresa—. Ese fue el problema, que no dijiste nada. Te alejaste de mí sin darme una sola explicación. Eso sí: con tu silencio, dejaste muy claras tus intenciones.

Ewan se echó hacia atrás sin romper el contacto visual con ella. La expresión de su rostro era indescifrable; la comisura de sus labios se convirtió en una fina línea y su mirada se volvió turbia. Guardó silencio unos segundos y después compuso una mueca burlona, o al menos así le pareció a Maia.

—No estoy hablando de nosotros —dijo él al fin—. Pero ya que lo mencionas, sí tenemos una conversación pendiente que nunca me dejaste terminar.

—¿A qué te refieres, a unos años después, cuando te entraron los remordimientos? Llegaste demasiado tarde, cualquier explicación ya estaba de más.

—Para no querer hablar de ello, has tardado poco en sacar el tema a colación.

—No te equivoques, solo lo he hecho para que te enteres de una maldita vez, así que abre bien las orejas porque no pienso repetirlo: me importa una mierda lo que tuvieras que decirme, y si esperas que vaya a escucharte a estas alturas de la vida, lo llevas claro.

—Claro que me escucharás, pero no será ni aquí ni ahora —declaró él, ufano.

La estaba retando, pero no pensaba seguirle el juego. De cualquier modo, había algo que no entendía.

—Entonces, ¿para qué demonios has venido? —le increpó con voz afilada.

—Estoy aquí en representación de Geoprosop.

—¿Geoprosop? ¿La corporación que patrocina la exposición de diamantes?

—Exacto.

—¿Y qué pintas tú en esa empresa?

—¿Tú qué crees? Maia, con los años vas perdiendo facultades —se burló él, pero después añadió en un tono más formal—: Existen ciertas ambigüedades con la exposición que los socios desean solventar cuanto antes. Por eso estoy aquí.

El desconcierto de Maia era evidente. ¿Ewan trabajaba para Geoprosop? Aquello sí que suponía un contratiempo que no había previsto. A pesar de todo, su actitud beligerante no se resintió al responderle con insolencia:

—Pues informa a tus superiores que estaré encantada de tratar esos temas con cualquier otra persona, porque no tengo ninguna intención de hacerlo contigo. Y mi negativa es rotunda.

—No puedes...

—Esta reunión ha llegado a su fin —le cortó sin contemplaciones—. Ya sabes dónde está la salida.

Ewan se pasó la mano por el corto cabello castaño y soltó un bufido de exasperación, pero no se movió de donde estaba.

—¿Acaso no me has oído? ¡Vete!

—Mira, Maia, voy a decirlo bien claro para que lo entiendas. —Apoyó las palmas en la superficie de la mesa y se reclinó hacia delante, invadiendo parte de su espacio vital. Parecía enfadado, a tenor de la dureza que mostraba su perfil, aunque la suave inflexión que confirió a su voz lo desmentía—. Por

mucho que patalees e intentes evitarlo, al final no te quedará más remedio que hablar conmigo, tanto de cuestiones laborales como de índole personal. Y no es una amenaza, no: es un hecho. Entiendo que estés algo confundida, así que te dejaré el fin de semana para que asimiles la nueva situación, mas ten por seguro que aún no se ha dicho la última palabra entre nosotros dos.

Después de regalarle una ardiente mirada, se incorporó y caminó hasta la puerta. Antes de abandonar el despacho, se volvió hacia ella con una sonrisa ladeada.

—Por cierto, estás preciosa. Más de lo que recordaba.

Cuando la puerta se cerró, Maia se cubrió la cara con las manos y respiró profundamente repetidas veces, hasta que el nudo que sentía en la garganta se aflojó y pudo controlar su nerviosismo. En ese momento se veía incapaz de enfrentarse a su padre, no con todo aquel veneno fluyendo por sus venas. Si lo hacía y él actuaba como siempre, podría desatarse entre ellos una discusión de proporciones épicas.

¡Qué valor tenía Ewan para presentarse en su despacho como si nunca hubiera sucedido nada entre ellos!

El rencor que sentía hacia él afloró de golpe después de tantos años en estado latente, reavivando el dolor y la decepción que le había causado su abandono. Sin embargo, su subconsciente la llevó a otros sentimientos más recientes, a lo que había experimentado hacía unos instantes al encontrarse de nuevo con él.

Estaba muy cambiado. El tiempo transcurrido y las experiencias vividas en todos los países en los que estuvo habían convertido a aquel joven desaliñado, recién graduado en la universidad, en un hombre diferente. Llevaba el pelo más corto, y su piel lucía un intenso bronceado, a buen seguro debido a las innumerables horas de trabajo de campo a pleno sol. Los rasgos faciales se veían más marcados, y una barba de tres días acentuaba su

recia mandíbula y unos labios firmes, aquellos que en el pasado había adorado que la besaran, transmitiendo parte de la testarudez de la que acababa de hacer gala. Su cuerpo también había sufrido una evidente transformación: a pesar de que no se quitó la chaqueta mientras estuvo allí dentro, no había pasado por alto la amplitud de sus hombros, como tampoco la musculatura que se apreciaba bajo aquellos vaqueros descoloridos. Había cambiado hasta en la seguridad que transmitía de sí mismo; en su voz profunda, en aquella mirada penetrante de increíbles ojos verdes y en el movimiento de sus manos, unas manos cuidadas pero fuertes, acostumbradas al trabajo duro. Sus manos... Se había fijado en ellas varias veces mientras las tenía apoyadas en la mesa, y no pudo evitar recordar cómo dibujaban su cuerpo en los momentos de pasión, las caricias que le prodigaban y las sensaciones tan placenteras que le hacían sentir. «¿Cuántas mujeres más habrían disfrutado de esas atenciones después de ella?», la torturó su subconsciente. Seguro que más de las que se imaginaba, aunque eso no tenía por qué importarle.

Tras terminar los estudios de Geología, Ewan había abandonado Londres con una beca para hacer prácticas en Brasil como única mochila y ahora regresaba, siete años después, convertido en no sabía qué. Ni siquiera le había preguntado qué puesto ostentaba en Geoprospect, aunque dedujo por su aspecto y por su vestimenta que se trataba de un investigador de plantilla.

Estaba convencida de que volvería para la boda de Sarah, pero no pensó que lo haría tan pronto, y mucho menos para irrumpir en su despacho por motivos de trabajo. De hecho, si lo hubiera sabido con anticipación, ese encuentro jamás se habría producido. Pero ya era demasiado tarde. Tal y como Ewan había recalado, no le iba a quedar más remedio que tratar con él, aunque solo de asuntos profesionales, porque no pensaba permitir otro tipo de relación fuera del ámbito laboral.

Algo más serena, consultó la hora: eran casi las dos. Su padre se iba a ensañar con ella. Agarró a toda prisa el bolso y salió del despacho, deteniéndose un momento frente al puesto de Helen, quien se levantó al punto.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro? —preguntó la secretaria en tono vehemente—. ¡Menudos gritos! Se oían con tal claridad que he estado a punto de entrar, aunque sé que no toleras interrupciones cuando estás reunida.

—Ojalá lo hubieras hecho. Escucha bien, Helen —la advirtió—: la próxima vez que el señor Collins decida presentarse aquí sin cita previa, no le permitas el paso bajo ningún concepto. Me da igual la excusa que ponga.

—De acuerdo, Maia. —La muchacha la miró con preocupación—. ¿Seguro que estás bien? Te noto muy alterada. ¿No vas a contarme qué ha sucedido? Necesitas calmarte un poco, no puedes presentarte así delante de tu padre.

—Ahora no, que llevo mucho retraso y ya sabes cómo se pone si lo hacen esperar. Por cierto, esto es muy importante: dentro de un rato, llámame al móvil y pon algún pretexto para hacerme venir cuanto antes. Cualquiera me vale, tienes vía libre para inventarte la urgencia, como si me dices que se te ha roto una uña y no encuentras tu lima. Yo te traeré la mía.

Theodore Stuart esperaba en la puerta del café Deli con la contrariedad pintada en el rostro. A pesar de que estaba a punto de cumplir sesenta y cinco años, no aparentaba en absoluto su edad. Su cabello de un negro intenso, salpicado por unas cuantas hebras grises en las sienes, la altivez de su mentón y el carísimo traje a medida que llevaba le conferían un aire imponente. Se mantenía erguido, consciente del poder que su mera presencia transmitía a los

demás.

Cuando Maia llegó junto a él, se puso de puntillas y le dio un breve beso en la mejilla. Después se apartó unos pasos para mirarlo a la cara, aún con la barbilla alzada. A su lado, se sentía insignificante. Ella se parecía físicamente a su madre: compartían casi la misma estatura, bastante reducida en comparación con la de Theodore Stuart, las armoniosas facciones y el cabello rubio. De su padre había heredado el color de ojos, de un azul eléctrico fuera de lo común.

—Hola, papá. Siento el retraso.

—En vez de sentirlo, deberías haber hecho algo para impedir que se produjera —respondió con sequedad.

—Tienes razón —intentó aplacarlo pero sin dejar de lado un punto mordaz, ese que siempre le surgía de modo inconsciente cuando estaba en su presencia—. Aunque ya sabes cómo son los asuntos laborales: surgen contratiempos constantemente. —Le atacó donde más dolía, en algo que él no podría rebatir—. Ante todo, hay que comprometerse con el trabajo, aun a expensas de dejar de lado las obligaciones personales. Como tú bien dices, «estamos al servicio de los demás, no al de uno mismo».

Theodore Stuart soltó un bufido de irritación. Maia había utilizado su frase bandera para eludir una reprimenda, pero no estaba en su naturaleza dejar que otro que no fuera él dijera la última palabra.

—Si trabajaras conmigo, no estaríamos manteniendo esta conversación.

Ahí estaba el famoso toque de su padre. Nunca perdía la ocasión de recordárselo. Pero... ¿trabajar para él? Ni muerta. Bastante la controlaba ya como para además tener que soportar su continuo escrutinio durante la jornada laboral.

—Papá, sabes que estoy muy a gusto en el museo. No lo cambiaría por nada.

—Sí, ya... Podrías lograr grandes cosas a mi lado. Aquí estás desperdiciando tu valía. ¿Estas son tus expectativas de lo que quieres conseguir en la vida?

—¿Acaso piensas que en el museo no hago nada? ¿Que mi trabajo no es valorado como se merece? —Aquello sí que la indignó—. ¡Pues te equivocas! Es a ti a quien le desagrada esta situación, que trabaje en algo donde no puedas fiscalizarme y que no te reporta beneficio alguno. En definitiva: que no puedas controlarme a tu antojo.

—Ya estamos con lo mismo de siempre, y eres tan tozuda que nunca darás tu brazo a torcer.

—En eso me parezco a ti —espetó orgullosa.

—¿Parecerte a mí? —Theodore Stuart no ocultó una genuina expresión de desagrado en su rostro—. Ojalá hubieras heredado mi ambición y no ese descaro que tanto te caracteriza. Tu actitud insolente me irrita hasta límites insospechados. Eres una impertinente —comentó con desdén.

—Te agradecería que no entraras en descalificaciones. —Maia se mordió la lengua para no decirle lo que realmente pensaba de sus insultos. Ahogó un suspiro de frustración, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Parece que en todos estos años no has aprendido nada sobre mí: prefiero mil veces ser como soy y disfrutar de lo que realmente me gusta que vivir supeditada a unos logros profesionales para conseguir algo que para ti debe de ser muy importante, pero que a mí no me interesa en absoluto. ¿Esa es tu idea de la felicidad?

—Será mejor que entremos. Aquí fuera estamos dando un espectáculo — fue la forma en que Theodore Stuart dio por concluido el debate.

Como era de esperar, la comida resultó un verdadero tira y afloja entre progenitor e hija. Daba igual el tema que trataran: al final, siempre acababan discutiendo. Esa situación le generaba a Maia una gran presión psicológica y

la agotaba, pero los lazos familiares pudieron más que sus ansias por salir corriendo.

Miró con disimulo su reloj de pulsera y se preguntó cuánto tardaría Helen en llamar. Necesitaba huir de allí y respirar una bocanada de aire puro tras aquel ambiente enrarecido que su padre había creado con sus continuas recriminaciones. Él se percató de su gesto y no perdió ocasión de hacerle un nuevo reproche.

—¿Tanta prisa tienes por deshacerte de mí?

—No sé de qué estás hablando.

Theodore Stuart se llevó la taza de café a los labios y le regaló una mirada significativa, que ella rompió desviando la vista hacia otro lado, como si algo hubiera llamado de repente su atención. Aunque no duró mucho, ya que él volvió a la carga con un tema que a Maia le afectaba más de lo que su padre llegaría a sospechar jamás.

—Me llegaron rumores de que Ewan Collins ha regresado a Londres. ¿Tú sabías algo?

¿Por qué sería que no le extrañó el hecho de que su padre se hubiera enterado de la llegada de Ewan antes que ella? Al fin y al cabo, el mismo Theodore Stuart se vanagloriaba de tener contactos a todos los niveles.

De cualquier modo, él conocía a la familia Collins desde siempre. El padre de Ewan, James Collins, fue su amigo y secretario personal durante muchos años, hasta que un infarto fulminante acabó con su vida. Sucedió poco antes de que Theodore Stuart fuera nombrado ministro, en plena campaña electoral. Maia intuía que, en lo más profundo de su corazón, se hacía responsable de aquella muerte, remordiéndole la conciencia por haberlo arrastrado con él a la vorágine de la política. Quizás por eso, tras su primer mandato, no había vuelto a presentarse a unas segundas elecciones. No había otra explicación, dada la atracción que sentía su padre por todo lo que

estuviera relacionado con el poder. Pero solo eran suposiciones suyas, dado que él jamás se había manifestado al respecto.

Theodore Stuart esperaba su respuesta con el ceño fruncido, así que Maia no se demoró en ofrecérsela, so pena de que pudiera reparar en lo mucho que le disgustaba oír hablar de Ewan.

—Sí, me he enterado hace un rato. De hecho, él ha sido el responsable de que me retrasara.

—¿A qué te refieres?

—Ha venido a verme al museo. Al parecer, trabaja para la corporación que patrocina una de las exposiciones que estamos a punto de inaugurar. Tenía que tratar conmigo algunos asuntos y la reunión se ha extendido más de la cuenta.

—¿Solo habéis hablado de cuestiones laborales? —Su padre le devolvió una mirada perspicaz.

¿A qué venía eso? Era imposible que él supiera nada, se había cuidado mucho de que nadie, aparte de Sarah, se enterara jamás de la relación que había mantenido con Ewan años atrás. Y no porque fuera muy celosa de su intimidad, sino porque aquel era un capítulo de su vida que llevaba mucho tiempo intentando borrar. No entendía la pregunta... hasta que llegó a la conclusión de que se refería a la boda de su amiga. Al igual que ella, sus padres también habrían recibido ya la invitación y él habría supuesto que el tema había salido a colación en algún momento de la reunión.

El sonido del móvil la salvó de contestar. Era Helen. Tendría que solicitar un aumento de sueldo para ella por su oportuna interrupción. Se disculpó con su padre y, tras levantarse de la mesa, contestó la llamada. Dos minutos después, e intentando ocultar su alivio, se despedía de Theodore Stuart para volver al museo.

Ya en su despacho, se echó las manos a la cabeza. ¡Menudo día tan

complicado! Y aún faltaba lo peor. Se había prometido a sí misma llamar a Sarah, aunque en el último momento lo pensó mejor. Acababa de tomar una decisión, tal vez de forma impulsiva y llevada por los últimos acontecimientos, pero al fin lo tenía claro. No obstante, aquello era algo que tenía que decirle en persona: al menos le debía eso. Quedaría con ella en Spectra, el primer local de los muchos que solían frecuentar en sus salidas nocturnas de fin de semana. De hecho, los viernes por la noche siempre comenzaban su ruta allí. Además, necesitaría una buena ración de valor embotellado para enfrentarse a la decepción de su mejor amiga.

Capítulo 3

El local aún estaba medio vacío cuando entró. Había llegado pronto, poco antes de las ocho, pero al cabo de un rato comenzaría a aparecer la gente en bandadas y, en menos de una hora, aquello estaría atestado. Normalmente, ese era el momento en el que Maia daba por finalizada su primera copa y salía de allí para buscar otro sitio más adecuado, acorde con el ánimo y las ganas de marcha que tuviese. Si todo dependiera de lo que le apetecía en esos instantes, se marcharía a su casa para meterse bajo las sábanas y evitar aquella charla con Sarah.

Encontró un taburete libre junto a la barra y se sentó, cruzando las piernas con estudiada elegancia. Dejó la chaqueta y el bolso sobre el mostrador y alzó el brazo para llamar la atención del camarero. Este asintió con la cabeza para hacerle saber que la había visto, aunque no se aproximó a ella hasta que hubo servido al cliente que estaba atendiendo.

—Hola, Jeff. Lo de siempre, por favor.

Mientras el chico preparaba la bebida, Maia sacó su móvil y tecleó un escueto mensaje:

«Ya estoy en Spectra. Te espero en la barra».

Siempre quedaba con Sarah en la puerta del local, pero en esta ocasión había preferido llegar con antelación y entrar sola porque necesitaba prepararse para la conversación que iban a mantener.

—Aquí tienes, Maia. El gin-tonic como a ti te gusta.

—Gracias.

Fue a sacar su cartera para abonar la consumición, pero Jeff colocó una mano sobre la suya a fin de detenerla. Se inclinó hacia ella y le susurró al

oído:

—Ya está pagado. Cortesía de tu vecino de la derecha.

Maia esbozó una imperceptible sonrisa. Siempre ocurría lo mismo, no sabía para qué llevaba dinero encima cuando salía de marcha. Con todo el descaro del mundo, echó un vistazo por encima del hombro. El hombre tendría su misma edad, quizás algún año más que ella. Y no estaba nada mal. Moreno y con unos hipnotizantes ojos azules que transmitían confianza, poseía unos rasgos muy varoniles. Hizo un rápido recorrido por el resto de su anatomía y después volvió a fijar la vista en su cara. La estaba mirando sin ningún tipo de disimulo.

Alzó la copa a modo de agradecimiento y se la acercó a los labios para darle un trago. Él se levantó de su asiento, lo arrimó al de ella y le ofreció la mano.

—Hola, me llamo Dylan.

—Encantada de conocerte, Dylan. Y gracias por la invitación. Yo soy Maia.

Aquel no era el mejor momento para iniciar una conversación con un desconocido, y mucho menos plantearse algo más, pero Maia necesitaba desconectar un rato o se volvería loca.

Comenzaron a charlar de temas triviales, pero conectaron rápidamente y poco a poco la comunicación verbal entre ellos adquirió un tinte más personal. Y a medida que pasaban los minutos, el lenguaje corporal también adquirió mayor relevancia: un ligero roce con la rodilla de manera casual, el contacto directo con su brazo cuando hacía algún comentario que requería su completa atención, una mirada intensa que decía más de lo que ocultaba... eran señales inconfundibles que él no dejaba de lanzarle y que ella aceptaba con agrado. Ese hombre había sido un auténtico descubrimiento.

—Tienes unos ojos increíbles —murmuró Dylan con aire adulator.

Las sombras ahumadas que había utilizado para maquillarse resaltaban su mirada de forma asombrosa y suponían un auténtico reclamo para cualquiera. Maia sonrió con coquetería, así que él aprovechó para acariciarla sutilmente con los nudillos mientras le retiraba un mechón rebelde de la cara. En un acto reflejo, ella la giró hacia otro lado.

Lo que vio la dejó petrificada.

Sarah estaba al fondo de la sala escoltada por Peter, su prometido, y por Ewan.

Se quedó tan conmocionada que ni siquiera reparó en que Dylan había ladeado la cabeza para besarla en el cuello. Solo sintió un ligero estremecimiento en la espalda, pero no debido a los cálidos labios que recorrían su piel.

Al parecer, ya la habían localizado, porque los tres tenían la vista fija en ella: Sarah compuso una mueca divertida, Peter no disimulaba su sorpresa, y en cuanto a Ewan..., era incapaz de interpretar su mirada.

No reaccionó hasta que su amiga, después de decirles algo a sus acompañantes, se empezó a abrir paso entre la gente con el brazo en alto para llamar su atención. Mientras llegaba a la barra, Maia se quitó de encima a Dylan con la excusa más convincente que se le ocurrió.

—Estoy sedienta —dijo ella, inclinándose hacia delante con el pretexto de coger su copa y así romper el contacto con él. Se llevó la bebida a los labios y dio un sorbo largo para hacer tiempo.

—¡Por fin te encuentro, chica! —Sarah se interpuso entre los dos, en el pequeño hueco que quedaba entre ambos taburetes, y saludó a Maia con un beso en la mejilla. Después, se volvió hacia Dylan—. Perdona, te la voy a robar un rato.

Algo molesto por la interrupción, se retiró hacia el fondo de la barra con el ceño fruncido y la cerveza en la mano, aunque no hizo ningún comentario.

A toda prisa, Sarah ocupó el asiento que él había dejado libre.

—¿Qué hace él aquí? —siseó Maia en cuanto ella y su amiga se quedaron a solas, lejos de oídos indiscretos.

Sarah siguió la trayectoria de su mirada hasta el lugar donde se encontraban Ewan y Peter.

—¿Lo dices por Ewan?

—¿Por quién, si no?

Sarah no cayó en la cuenta de su metedura de pata hasta que Maia se lo hizo saber con un gesto ácido que no dejaba lugar a dudas de lo que opinaba de la presencia de Ewan en el local.

—Lo siento, yo... Peter se ofreció a traerme, y cuando estábamos saliendo de casa, llegó Ewan y se nos unió. Como querían hablar entre ellos y ninguno tenía nada mejor que hacer, decidieron aprovechar para tomarse una copa aquí, aunque me dijeron que después se irían a otro lado. ¿Qué podía hacer?

—Pudiste haberme avisado. ¿Sabías que esta mañana se ha presentado en mi despacho del museo? Después de la sorpresa inicial, casi he tenido que echarle con cajas destempladas, hasta que me ha dicho que estaba allí por cuestiones de trabajo. ¿Por qué no me dijiste que había regresado a Londres?

—Me enteré ayer mismo, cuando apareció por sorpresa. Ha mantenido su viaje en secreto y nadie estaba al tanto de sus intenciones, ni siquiera mi madre.

—Pero...

—Sé que no es excusa, Maia, pero con todo el lío de la boda se me pasó llamarte. Últimamente solo pienso en eso. De verdad que lo lamento, pero no te preocupes. Ya le he advertido a Peter de que no os lleváis muy bien, y le he pedido que no se mueva de su lado mientras charlamos. En ese sentido, estate tranquila.

Maia no quedó muy convencida con el argumento, pero la sonrisa de Sarah le hizo bajar un poco la guardia.

—Termino mi gin-tonic y me largo, ¿entendido?

—De acuerdo. Y ahora cuéntame, porque me tienes en ascuas. ¿De qué querías hablar conmigo? Tu llamada de hace un rato me ha resultado bastante enigmática.

—Hoy he recibido la invitación de tu boda.

—¿Y bien? —El rostro de Sarah se iluminó y sus ojos verdes, similares a los de Ewan, chispearon de emoción—. ¿A que es preciosa?

—Sí, pero...

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que has visto? ¡No me digas que me he equivocado con algún dato!

—La invitación está perfecta —la tranquilizó.

—Entonces, ¿tiene algo que ver con la iglesia? ¿No te parece bien el sitio elegido? ¿O es el lugar de la recepción? Dime qué es, por favor.

—Sarah, no me refiero a eso. Todo está perfecto, excepto por un pequeño detalle con el que me es imposible transigir.

—¿Cuál? —preguntó alarmada.

—Él. —Señaló al fondo de la sala con la barbilla—. Ewan.

—¿Qué pasa con él?

Maia apuró su copa de un trago, hizo dos inspiraciones profundas y tomó de las manos a Sarah.

—Te aseguro que me siento muy feliz por ti y por tu próximo matrimonio, pero ya sabes toda la historia con tu hermano. Simplemente, no puedo.

—No puedes... ¿qué?

—No puedo ir a tu boda.

—¡¿Cómo?! —Sarah se desprendió de los dedos de Maia y, confundida,

se tapó la boca para ocultar su turbación.

—Sarah, ¿acaso has olvidado todo lo que sufrí por él? Cuando se fue lo pasé fatal, tú misma viviste a mi lado aquellos meses tan horrorosos, presenciaste el modo en que me afectó su forma de terminar lo nuestro, su indiferencia. Y a pesar del tiempo transcurrido, todavía me afecta. De hecho, reencontrármelo esta mañana en mi despacho ha reabierto aquellas heridas que tanto tardaron en cicatrizar. No me siento preparada para estar en el mismo sitio que él, aunque sea un gran salón abarrotado de gente. De verdad que no puedo, entiéndelo.

—Claro que lo entiendo, pero creo que tu postura es demasiado radical. Maia, estamos hablando del día más importante de mi vida. ¡El día de mi boda! Y deseo disfrutarlo junto a mi mejor amiga. Desde siempre, ambas hemos soñado con esto, ¿recuerdas? Quiero que seas mi dama de honor, que todo salga perfecto. ¿Cómo podría serlo si tú no estás ahí?

Sarah no se lo estaba poniendo nada fácil.

—Por favor, compréndeme. Esto es algo más que una simple rabieta. Ni te imaginas cómo me siento, la lucha que se está librando en mi interior. Le he dado muchas vueltas pero todas desembocan en lo mismo: no puedo tolerar su mera presencia. Incluso hablar de él me supera. Esta mañana he perdido los nervios, y saber que ahora está aquí, a escasos metros de mí, me revuelve las tripas. Me veo incapaz de comportarme como una persona civilizada si le tengo cerca. ¿Te das cuenta de lo que sucedería si tuviéramos un encontronazo el día de tu boda? Jamás me perdonaría estropearle un momento tan especial.

Sarah negaba repetidamente, incapaz de atenderse a razones. El labio inferior comenzó a temblarle y sus ojos se tornaron vidriosos.

—¿Cómo puedes hacerme esto? —le recriminó entre sollozos.

—Ten por seguro que esto me duele más a mí que a ti. Y todo por su

culpa —agregó Maia en un susurro cargado de rencor, mientras desviaba la vista un instante hacia el origen de sus desdichas.

—Pensé que la amistad entre nosotras estaba por encima de todo lo demás —musitó Sarah con amargura—. ¿Es que no significo nada para ti?

—Por ti haría cualquier cosa, pero no me pidas esto, por favor.

Su amiga la miró con fijeza y después se bajó del taburete. Aunque las lágrimas le cubrían las mejillas, elevó el mentón con aire altanero.

—Está bien, respetaré tu decisión. Pero no me pidas que la comprenda porque esto es algo que escapa a mi entendimiento. ¿Vas a permitir que esa ojeriza que le tienes nos divida? Perfecto. Ya nos veremos.

Sarah se alejó con los puños cerrados y la cabeza gacha, en tanto Maia ahogaba un último comentario que no llegó a salir de sus labios. Abatida, apoyó los codos sobre la barra y se cubrió la cara con las manos.

La conversación con Sarah no se había desarrollado como ella pensaba. Supuso que no resultaría agradable para ninguna de las dos, aunque al final llegarían a un entendimiento. Se había equivocado de lleno. No había sido malo: había sido peor. Un auténtico fracaso. Solo esperaba que después de aquello la relación con su amiga no se resintiera, aunque a tenor de lo ocurrido y de sus últimas palabras, albergaba serias dudas al respecto.

Necesitaba desesperadamente algo fuerte, esta vez para olvidar. Hizo un gesto al camarero señalando su copa vacía y volvió la vista hacia el lugar por donde Sarah había desaparecido. Ya no estaban ninguno de los tres.

Sabía que había actuado de forma egoísta, anteponiendo lo que ella estaba dispuesta a permitir frente a los deseos e ilusiones de su mejor amiga, pero no se veía capaz de afrontar la situación que se le presentaría con Ewan en la boda.

Notó que alguien se sentaba a su lado y le tocaba el hombro con suavidad. Al girarse descubrió a Dylan, el hombre que la había invitado hacía un rato,

mirándola con cierta preocupación pero sin dejar de sonreír.

—¿Vas a ahogar tus penas con esto o prefieres hablarlo?

—¿Has escuchado lo que estábamos hablando? ¿Cómo te atreves? —inquirió ella, cortante. Ya solo le faltaba tener que responder ante un cotilla cuyo único divertimento era prestar atención a conversaciones ajenas en locales públicos. Eso, sin considerar que podría tratarse de algo peor. Ya no sabía qué pensar, si quizás había cometido un error permitiendo que ese hombre se le acercara.

—No, pero soy muy observador y he visto lo suficiente para saber que no estás en tu mejor momento. Aunque no tienes por qué contestarme: si mi interés te hace sentir incómoda, solo tienes que decirlo.

—Discúlpame. La verdad es que me he quedado algo tocada después de la charla con mi amiga y he reaccionado sin pensar. —Maia reculó un poco, se había puesto demasiado a la defensiva. Aun así, le dejó las cosas claras desde el principio para que no hubiera confusiones—. Mira, Dylan, debo advertirte que ahora mismo no soy una buena compañía para nadie.

—Tonterías. Lo que tú necesitas es desahogarte con alguien, y yo me ofrezco voluntario con mucho gusto. Mis oídos están a tu plena disposición, aunque si quieres que te deje sola, lo entenderé.

Tras pensarlo unos instantes, Maia negó con la cabeza. Él tenía razón. Ahora lo veía todo negro, pero una buena charla con alguien ajeno a sus tribulaciones que la escuchara de forma imparcial tal vez pudiera animarla. Y quizá, solo quizá, si conseguía hacerle olvidar parte de sus preocupaciones, la noche incluso podría acabar bien para ambos.

—Mi vida es un auténtico desastre, así que será mejor que hablemos de la tuya —le aconsejó ella.

—¿En serio? Pues yo te aviso desde ya, luego no me hagas responsable de lo que ocurra: mi vida no es lo que se dice muy divertida, puedo llegar a

aburrirte y que acabes durmiéndote sobre esa barra o, peor aún, huyendo despavorida.

—Hagamos el intento.

Cinco minutos después, Dylan provocaba en Maia la primera sonrisa sincera de la noche. Tenía un gran sentido del humor, más de lo que aparentaba a simple vista, y ella agradeció para sus adentros haberle dado una oportunidad.

—Tu rostro se ilumina cuando sonríes. Deberías hacerlo más a menudo —dijo él, muy serio.

Entre ellos se instauró un cómodo silencio que, poco a poco, se fue transformando en algo más íntimo. Dylan posó la vista en los labios de Maia y sus ojos brillaron con intensidad; ella tragó saliva, consciente de lo que vendría a continuación. Al comprobar que lo invitaba con la mirada, descendió la cabeza lentamente, pero un brazo desconocido se interpuso entre ellos antes de que sus bocas se unieran.

Maia giró el rostro hacia la persona que los había interrumpido y ahogó un juramento.

Lo que faltaba. Acababa de aparecer la fuente de sus desdichas.

—Disculpe, ¿no ve que está molestando? —arguyó Dylan con enojo. Ya era la segunda vez que se lo hacían en una misma noche.

Ewan lo ignoró por completo y dirigió su atención a Maia.

—Tengo que hablar contigo. Ahora.

—¿No ves que estoy acompañada? —consiguió balbucear, desconcertada como estaba por verlo allí de nuevo—. Además, ¿cómo que «ahora»? Ya te dije que tú y yo no teníamos nada de lo que hablar. Hace años tuviste oportunidad de hacerlo y la desaprovechaste, así que vete por donde has venido y piérdete otros tantos años más. O mejor aún: piérdete para siempre.

—¿Lo conoces? —preguntó Dylan, asombrado.

—Por desgracia —asintió ella.

Ewan se dirigió al acompañante de Maia con falsa cortesía.

—Te agradecería que nos dejaras solos.

Dylan se quedó momentáneamente sin palabras, aunque al cabo dijo:

—No me lo puedo creer. Estás más solicitada que el metro en hora punta.

—Pues este vagón no admite viajeros, así que ¡largo! —le espetó Ewan, esta vez ya de malos modos.

—Eso tendrá que decidirlo ella, ¿no te parece?

Maia se había quedado en blanco. No sabía cómo reaccionar.

—¿Maia? —preguntaron ambos hombres al unísono.

Ella paseó la vista del uno al otro. No le apetecía en absoluto quedarse a solas con Ewan, pero algo en su mirada sombría le decía que si se negaba, montaría un numerito delante de todo el mundo y Dylan sufriría parte de los daños colaterales. Se notaba que era un buen tipo y no deseaba ponerle en aquella tesitura. Lo más conveniente sería cortar por lo sano.

—Me marcho de aquí. Tienes treinta segundos, el tiempo que tarde en colocarme la chaqueta y salir por esa puerta —respondió a Ewan con acritud. Después, se volvió hacia Dylan y compuso una sonrisa—. Ha sido un placer conocerte. Espero que volvamos a vernos de nuevo.

—¿Estás segura? —Dylan no parecía muy convencido—. ¿Quieres que te acompañe?

—No te preocupes. No me sucederá nada —agregó con intención, al tiempo que miraba a Ewan, lanzándole dardos envenenados. Ya le había roto el corazón, ¿qué más podía hacerle?

—En ese caso, espero que me llames. Para lo que sea. —Tras llevarse la mano al bolsillo interior de la chaqueta, deslizó algo entre sus dedos y se lo entregó. Era una tarjeta de visita donde podía leerse: «Dylan Percy. Abogado matrimonialista».

Maia la revisó rápidamente, afirmó con un gesto y la introdujo en su bolso. Después, se puso el abrigo y se despidió de él con un breve beso en los labios.

Ewan gruñó por lo bajo cuando Maia se dio la vuelta. Pero ¿qué esperaba? Sería estúpido por su parte pensar que todo iba a ser como antes, que lo iba a recibir con los brazos abiertos como si no hubiera ocurrido nada. Habían pasado siete años y él le había hecho mucho daño. Era normal que ella hubiera rehecho su vida. Aun así, aquel beso le escoció como si le hubieran echado sal en una herida abierta. Pese al tiempo transcurrido, no había podido olvidarla, quizá porque nunca aceptó que su relación terminara como terminó. Habían quedado muchos asuntos pendientes entre ellos que debían solucionarse, pero antes ella tenía que saber la verdad. Mientras tanto, debía evitar cualquier influencia externa que pudiera entorpecer que ellos llegaran a entenderse, aunque tuviera que comportarse como acababa de hacerlo hacía solo unos momentos. Había sido una reacción impulsiva pero, si lo pensaba bien, no se arrepentía de nada, como tampoco pensaba arrepentirse de lo que estaba a punto de hacer.

Maia avanzó hacia la salida con Ewan pisándole los talones. Caminaba decidida con la vista al frente, negándose a volver la vista hacia él. Le extrañaba que todavía no hubiera dicho nada. ¿No quería hablar? Pues estaba a punto de perder su única oportunidad.

Cuando llegaron al exterior, Maia recorrió unos pasos y tomó el primer callejón que encontró a la izquierda, donde los clientes habituales de Spectra solían aparcar. Se detuvo un instante junto al pequeño zaguán de la puerta trasera del local para buscar las llaves de su coche, aprovechando la exigua luz que proporcionaba la luminaria de emergencia, pero Ewan le arrancó el bolso de las manos.

—¿Qué coño estás haciendo? ¡Devuélvemelo ahora mismo! —gritó ella,

intentando recuperarlo.

Él hizo caso omiso a su orden. Esquivó las manos de Maia mientras rebuscaba en el interior, sacó la tarjeta que aquel tipo acababa de darle y, sin más preámbulos, la rompió en pedazos.

Capítulo 4

—Eres un imbécil. ¿Por qué la has roto? No tenías ningún derecho —
siseó, arrebatándole el bolso de un tirón.

Ewan no consideró oportuno darle ningún tipo de explicación. Por el contrario, contraatacó de forma bastante impertinente con otra pregunta que no tenía relación alguna con lo que acababa de hacer.

—¿De qué habéis hablado mi hermana y tú hace un rato?

—Eso a ti no te incumbe.

—¡Por supuesto que me incumbe! Cuando ha terminado contigo ha venido hacia nosotros y lo único que ha conseguido balbucear, completamente desconsolada y entre sollozos, era que quería marcharse a casa. ¿Se puede saber qué le has dicho?

Maia sintió la cruel punzada de los remordimientos porque respondió con la cabeza gacha y un hilo de voz:

—Le he dicho que no iré a su boda.

—¿Por algún problema en concreto? ¿Qué es tan importante como para que no puedas posponerlo para otro día?

—Nada, ese día no tengo ningún compromiso ineludible. Simplemente he decidido no ir, y punto.

Estupefacto, Ewan elevó la voz más allá de lo aceptable.

—¿Estás mal de la cabeza? ¿Qué te ha hecho ella para que la trates así? Menuda demostración de amistad incondicional por tu parte.

El tono de censura que utilizó la encendió como una tea, olvidando de un plumazo cualquier resquicio de arrepentimiento que pudiera haber sentido con anterioridad.

—No me vengas con absurdas lecciones de ética. Tú, menos que nadie, eres quién para criticar mis decisiones. Considero a Sarah mi mejor amiga, y por esa razón me resulta aún más duro tomar esa decisión. Ella no tiene la culpa de que su hermano sea un impresentable.

—¿Esto tiene algo que ver conmigo?

—¡Bingo!

—¿Yo soy el motivo por el que no quieres ir a su boda? ¿En serio? — Ewan se atusó el cabello varias veces y la miró con reprobación—. Me decepcionas, Maia. Te creía más madura.

Ella sintió que le hervía la sangre y aguantó a duras penas las ganas de abofetearlo con saña.

—¿Pretendes decirme que me estoy comportando como una cría? ¡Vete a la mierda, Ewan!

—Con tu actitud me lo estás demostrando. Puedo llegar a entender tu odio hacia mí, aunque te aseguro que estás muy equivocada en la mayoría de tus suposiciones. Si no te cerraras en banda y dejaras que me explicase, quizá verías todo desde otra perspectiva.

—¿Otra perspectiva? Me parece que quedó muy claro lo que sucedió entre nosotros, así que ahora no pretendas justificarte. Nada de lo que digas cambiará el hecho de que jugaste conmigo, de que signifiqué muy poco para ti y de que me abandonaste en cuanto tuviste ocasión.

—No sabes de lo que hablas.

—Mira, me da igual lo que opines. Nunca más creeré tus mentiras, ni pienso darte pie a que intentes hacérmelas tragar. En realidad, tus explicaciones me interesan una mierda.

—Pues deberían interesarte, aunque solo sea por ese cariño que afirmas tener a mi hermana. Ella no se merece cargar con la penitencia de algo que únicamente nos concierne a ti y a mí.

Maia se quedó callada: aquella última frase la había dejado sin argumentos. Le molestaba reconocerlo, pero Ewan estaba en lo cierto. Además, en el fondo de su corazón, aborrecía perderse aquel momento tan especial en la vida de su amiga.

—¿Y si discutimos allí, en plena boda, delante de todo el mundo? —dijo ella al fin, algo más comedida—. Lo he pensado mucho pero no le veo otra solución. Creo que lo mejor es evitar cualquier posible enfrentamiento entre nosotros, poner tierra de por medio. Y dado que tú no puedes faltar ese día como hermano suyo que eres, lo haré yo, aunque me duela en el alma perdérmelo.

—¿Por algo que no es seguro que suceda prefieres causarle el daño que le estás causando? Yo seré su hermano, pero tú significas mucho para ella aunque, por lo que veo, el sentimiento no es mutuo.

Aquello fue un golpe bajo. ¡Por supuesto que no quería verla sufrir! Si tuviera otra alternativa...

—No me gustaría estropearle el día de su boda —insistió Maia, ya sin mucho énfasis.

—De nosotros depende que eso no ocurra. ¿Tan difícil te resultaría firmar una tregua conmigo, aunque solo fuera ese día? No te lo estoy pidiendo por ti sino por ella. Demuestra que realmente eres su amiga incondicional y no una más del montón que, a la primera de cambio, la deja de lado.

Otra vez los puñeteros remordimientos. Y precisamente tenía que ser él quien se los despertara. ¡Menuda ironía! No obstante, cuanto más pasaba el tiempo menos convencida estaba de la decisión que había tomado. Maia meditó su propuesta durante unos segundos barajando los pros y los contras hasta que al fin cedió, pero con condiciones.

—Tú ganas. Iré a la boda. Pero que conste que lo hago solo por ella, ¿eh? Mañana llamaré a Sarah para disculparme y decirle que lo de hoy fue un

arrebato, que olvide nuestra conversación. Eso sí —le señaló con un dedo, advirtiéndole en tono tajante—: no quiero verte a menos de diez metros de donde yo esté, ¿entendido? Hazlo y atente a las consecuencias.

—¿Como en una orden de alejamiento? —se mofó él.

—Veo que has captado mi idea.

Ewan silbó por lo bajo, aparentemente impresionado ante su amenaza, aunque después afirmó con solemnidad, ocultando a duras penas una sonrisa de satisfacción.

—Muy bien. Si con esto te quedas más tranquila, te prometo que no me acercaré a ti durante la ceremonia.

—Preferiría que no te acercaras a mí en ninguna circunstancia. De hecho, ni ese día ni nunca en lo que te reste de vida.

—Ya, pero en ese aspecto no puedo complacer tus deseos. Es más, pienso hacer caso omiso a tus intentos por escabullirte de mí —replicó, muy serio—. Como ya te dije esta mañana, tarde o temprano tendremos que poner las cartas sobre la mesa y hablar largo y tendido.

Maia optó por ignorarlo. Que pensara lo que quisiera: ella nunca aceptaría hablar con él ni del pasado ni de nada que tuviera relación a nivel personal con ellos dos.

—Ya estoy cansada de esta conversación que no nos lleva a ningún lado —determinó con sequedad—. Regreso a Spectra, a ver si puedo arreglar lo que tú estropeaste hace un rato.

La primera intención de Maia había sido largarse a casa e intentar olvidar lo sucedido, pero después de aquel choque dialéctico, concluyó que no iba a permitir que ese cretino le arruinara la noche del viernes. Con las ideas bien claras, le regaló un gesto desdeñoso a modo de despedida y se dispuso a volver al local.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió él, en un tono peligrosamente suave.

—Lo que has oído. No voy a repetirlo —respondió ella por encima del hombro.

Ewan se movió tan rápido que Maia no pudo reaccionar a tiempo. Cuando quiso darse cuenta, estaba atrapada entre una de las paredes del callejón y su cuerpo.

—Ni lo sueñes —siseó muy cerca de su rostro—. No volverás a encontrarte con ese hombre. ¿Queda claro?

Maia se arrojó sobre él para apartarlo, pero Ewan la sujetó con firmeza de los codos y la arrinconó aún más contra la fachada.

—¡Suéltame ahora mismo!

—No hasta que me cerciore de que entras en tu coche y te marchas de aquí, a ser posible a tu casa.

Ella se revolvió sin éxito entre sus brazos. La superaba en fuerza, haciéndola sentir como una muñeca de trapo a su merced, así que no le quedó otra opción que utilizar la única arma que tenía al alcance: su lengua afilada.

—No puedes impedir que vea a quien me dé la gana —barbotó furiosa—. Y si me apetece tener sexo con él o con cualquier otro, lo tendré, sin importarme lo que tú opines.

—Permíteme que discrepe —respondió él con voz impávida, aunque sus dedos se clavaron cruelmente en los brazos de Maia.

—¡He dicho que me sueltes!

—No.

—¿Qué demonios quieres de mí? —gritó ella, al borde de la histeria.

—¿En serio deseas saberlo?

—¡Habla ya y déjame marchar!

La boca de Ewan se torció en una mueca sarcástica.

—Si quieres que te diga la verdad, en este momento aspiro a lo mismo que estabas dispuesta a ofrecerle al tipo de la barra. Pero supongo que no

estás interesada, ¿me equivoco? —Era consciente de que se estaba pasando, pero no pudo controlar ese arranque de celos imprevisto.

Maia abrió mucho los ojos, indignada por la desfachatez y la falta de respeto que le estaba demostrando. Las palabras brotaron de sus labios sin pensar.

—¿Quieres follarme? ¿Eso es lo que buscas? Está bien, acabemos de una vez con esto.

Ewan se quedó perplejo cuando Maia, con una decisión enfermiza y la mirada en llamas, se sujetó a sus hombros y lo atrajo hacia ella.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó él, anonadado por su impulsiva reacción. Retrocedió unos pasos para crear espacio entre ellos y poder pensar, pero ella lo siguió.

—¿No es lo que querías? ¡Adelante! —le acicateó, restregándose contra él.

—¿Cuánto has bebido, Maia?

—No lo suficiente. ¡Vamos!

—No sabes lo que pides —farfulló Ewan, con el semblante tenso.

—Claro que lo sé. ¿Ahora te vas a echar atrás?

Ewan no pudo soportar más la tentación. Lo estaba provocando deliberadamente y él no era de piedra, así que la tomó del rostro y cubrió su boca con un ansia feroz. Ella lo aceptó sin reservas, entrelazó su lengua a la de él y reconoció, después de tanto tiempo, su sabor, pero el recuerdo le hizo apartar la cara y echar la cabeza hacia atrás. No quería que la siguiera besando. Él, al verse huérfano de sus labios, hundió la cabeza en el desfiladero de sus senos, aspiró su embriagador aroma y después comenzó a perfilar la línea del escote con suaves lametones.

La actitud insolente de Maia lo había encendido hasta límites insospechados, aunque estaba excitado desde que la vio a lo lejos en Spectra

con ese ajustado vestido rojo que no dejaba nada a la imaginación, ofreciéndose con descarro a aquel hombre. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no ir hasta la barra y partirle al tipo la cara, aunque reconocía que no tenía ningún derecho sobre ella. Ya no.

Mientras ella asaltaba su entrepierna para desabrochar con resolutiva precisión los botones del vaquero, Ewan la agarró por la parte posterior de la rodilla y le alzó la pierna, apoyándola sobre él. Maia atrapó entre sus dedos el excitado miembro y lo sacó al exterior, y entonces él escudriñó a ambos lados del callejón: aunque estaba lleno de coches aparcados, no se veía ni un alma por la zona. Era la justificación que estaba buscando para seguir.

Guió sus manos hacia el punto donde terminaba el vestido y lo subió hasta la cadera. Después, inició una serie de caricias ascendentes y descendentes que culminaron en la parte interior de los muslos. Tanteó la tela de sus braguitas y ahogó un gemido.

—Estás muy mojada —murmuró con voz pastosa, al tiempo que internaba los dedos por debajo de la prenda para empaparse de su esencia.

—Entonces, ¿a qué estás esperando? —protestó ella, apretándose contra él e incitándolo a que continuara.

—No tengas tanta prisa.

Ewan la aferró de la cintura con una mano mientras la otra se movía con pericia alrededor de su sexo, tentando la entrada con sutiles roces que no tenían otro fin sino doblegarla y hacerle reclamar más.

Maia se restregó contra él, sorprendida por la reacción que aquellas caricias estaban provocando en su cuerpo. Se vio transportada al pasado, cuando los dos se encontraban a escondidas para que nadie se enterara de su relación. Era la misma sensación: por un lado, el miedo a que los sorprendieran en una actitud demasiado íntima, pero también la emoción que suponía saber que estaban haciendo algo censurable, aunque muy erótico.

Había estado con más hombres aparte de él, pero ninguno de ellos le había causado aquel efecto. Era como volver a probar la droga de la que creía estar ya desenganchada. La recaída sería brutal, pero ahora no pensaba en eso.

—No quiero esperar. ¡Ahora! —le exigió, impaciente.

Ewan acató sus deseos sin demora. Apartó la suave tela a un lado y, de una enérgica embestida, la penetró con resolución. Ella se vio momentáneamente aturdida ante la invasión; arqueó el cuello hacia atrás y emitió un fuerte jadeo, soltando el aire que había estado conteniendo.

Como él se quedó quieto, Maia clavó las uñas en sus hombros y lo instó a moverse dentro de ella.

—¡Sigue, ahora no te pares!

—Menuda fierecilla... —murmuró él entre dientes.

—¡Hazlo!

—Está bien, relájate. Si así lo quieres... pasa las manos alrededor de mi cuello y agárrate fuerte.

Ella obedeció al punto. En cuanto estuvo bien sujeta, Ewan abandonó su interior y la levantó en vilo, enroscando las piernas de Maia en sus caderas para que la penetración fuera más profunda. Avanzó un paso llevándola consigo, le apoyó la espalda contra la pared y, tras colocar la cabeza del glande en la entrada de su sexo, empujó con renovado brío.

Inició una cadencia de movimientos constante pero enérgica que le hizo resoplar de forma vehemente, al tiempo que fijaba los ojos en los de Maia para presenciar el resultado de la pasión que los estaba envolviendo. Lo que vio en ellos desató en su interior un cúmulo de emociones encontradas que lo llevaron a entregarse con más ímpetu, poniendo todo de su parte para que ambos disfrutaran lo máximo posible de aquel explosivo reencuentro. Después de tanto tiempo, volvía a tenerla en sus brazos y aquello era algo que superaba con creces sus expectativas. No podía negarlo: aparte de

sorprendido, se sentía pletórico.

Maia se agitó entre sus brazos, luchando por controlar los intensos espasmos que sentía en las paredes de la vagina ante la intrusión de la enorme verga que la llenaba sin piedad. El placer que le atravesaba las entrañas iba *in crescendo*, así que se olvidó de todo comedimiento y lo exteriorizó con la sucesión de unos gemidos entrecortados, cuya sonoridad a duras penas logró contener para evitar que se convirtieran en ostentosos gritos.

Hacía frío y soplaba un aire molesto en el callejón, pero los rostros de ambos brillaban por la excitación y el esfuerzo que imprimían a su impetuosa unión. Maia llevaba el cabello suelto y los bucles se balanceaban sobre sus hombros al son de las potentes embestidas de Ewan, que la contemplaba embelesado. Llevó una mano a su nuca y enredó sus dedos entre las suaves ondas, para después atraerla hacia él con el propósito de besarla, pero ella apartó la cara a un lado. Molesto por el rechazo, incrementó la intensidad de sus acometidas. Estaba a punto de correrse y deseaba que Maia lo hiciera a la vez que él, pero no se lo estaba poniendo nada fácil.

Al sentir que el orgasmo era inminente, la tomó de las nalgas y aprovechó las pocas fuerzas que le quedaban para aplicar un último y vigoroso envite, clavándose en su interior al tiempo que ella se convulsionaba. Cuando advirtió que al fin había llegado a la cumbre, de sus labios brotó un sonido gutural y él mismo se dejó llevar hasta rendirse al clímax.

Maia apoyó la cabeza contra la pared e inspiró varias veces hasta recuperar el control de su cuerpo. Después, colocó las manos sobre el pecho de Ewan y presionó con los dedos para llamar su atención.

—Bájame ya —le exigió.

Renuente, Ewan salió de ella y la dejó con cuidado en el suelo, pero no la soltó. La aferró de la cintura e inclinó la cara hacia su oído.

—Vamos a mi casa. O a la tuya, la que quede más cerca.

—¿Para qué? —preguntó ella, mientras se bajaba el dobladillo del vestido y recomponía un poco su aspecto.

—Para continuar lo que hemos empezado aquí.

Maia lo miró con un gesto de incredulidad.

—Me parece que ha habido una confusión por tu parte.

—¿A qué te refieres?

—No voy a ir a ningún sitio contigo —aclaró ella—. De hecho, no hemos empezado nada. Al contrario: lo hemos terminado.

—¿Qué estás insinuando? —Ewan no comprendía bien sus palabras—. Maia, tú y yo acabamos de hacer el amor y...

—Esto no ha sido un acto de amor —le cortó—, solo un último recuerdo de nuestro pasado.

—¿Solo un recuerdo? Eso no te lo crees ni tú.

—Tómalo como la despedida que nunca tuve, aquella que estuve esperando durante tanto tiempo y que me debías.

—No lo estás diciendo en serio.

—Por supuesto que sí —declaró ella de forma rotunda—. Esta será la última vez que me folles, la última vez que me toques y la última vez que te dirijas a mí de esta forma. La pena es que no puedo decir que esta será la última vez que hablemos, aunque las conversaciones que mantengamos a partir de ahora se ceñirán en exclusiva a asuntos profesionales, pero solo hasta que la exposición del museo quede clausurada. Después de la boda de Sarah, nunca más volveremos a vernos. Aquí acaba todo, y como tú no tuviste cojones para hacerlo en su momento, lo hago yo.

Sin más, Maia se abrochó la chaqueta, recogió el bolso del suelo y se alejó por el callejón en busca de su coche con la cabeza bien alta, mientras Ewan permanecía allí parado, incapaz de reaccionar.

Capítulo 5

El sábado a primera hora Maia llamó a Sarah para excusar su comportamiento de la noche anterior. El tono de llamada sonó varias veces sin respuesta y a punto estuvo de desistir, pero en el último momento descolgaron al otro lado de la línea.

—¿Sí?

—Hola, Sarah.

—Hola. ¿Qué quieres?

Maia titubeó. Aquel saludo era demasiado seco, incluso cortante.

—Saber cómo estabas y... pedirte disculpas por lo de anoche. Sé que para ti fue un palo muy gordo y no sabes cuánto me arrepiento de haberte causado ese disgusto.

—Haberlo pensado antes.

El ánimo de Maia decayó varios puntos. Como había supuesto, su amiga seguía resentida, aunque no podía reprochárselo. En realidad, ese era el único trato que se merecía después de lo que le dijo en Spectra. Había sido un jarro de agua fría para ella.

—Tienes razón: actué sin pensar y no tuve en cuenta las consecuencias.

—Ya.

—Sarah..., de verdad que lo siento mucho. Eres muy importante para mí y lo último que desearía es que esto afectara de modo irreparable a nuestra amistad, por eso...

—Está bien —la cortó—. Te perdono.

Sarah aceptaba sus disculpas, pero Maia sabía que no eran sinceras. El tono de su voz lo desmentía.

—No, déjame terminar. Lo que quería decirte es que eres tan importante para mí que no solo quiero tu perdón. Quiero que tú estés bien, que seas feliz y que no haya nada que pueda empañar ese gran día en tu vida. Y yo no pienso perdérmelo, así que, si aún no es demasiado tarde, me gustaría estar a tu lado.

—¿Eso significa...?

—Sí, Sarah. Voy a ir a tu boda.

Silencio a través de la línea. Fueron unos segundos interminables para Maia.

—¿De verdad? ¡Ahhh! ¡Sí, sí, sí!

Sarah emitió tal grito de júbilo que Maia tuvo que apartar el móvil de la oreja para no quedarse sorda, aunque lo hizo con una sonrisa en los labios. Esperó hasta que su amiga recuperó la compostura para decirle:

—Me alegra oírte así, tan contenta. Eso lo compensa todo.

—Venga, Maia, ya verás cómo no es para tanto. —Sarah sabía por dónde iban los tiros de su último comentario, la conocía demasiado bien—. Ese día solo tienes que ignorar a mi hermano y asunto arreglado. Olvídate de que estará allí, te prometo que le mantendré ocupado con un montón de tareas. Al fin y al cabo va a ser el padrino, así que dudo mucho que le quede algo de tiempo libre para incordiarte.

«Sí, ya...», pensó Maia, escéptica.

—Supongo que tienes razón. Pero bueno, ahora lo que tienes que hacer es centrarte en lo importante: pensar que ese día todo va a salir perfecto y que se va a convertir en el mejor momento de tu vida —intentó quitarle hierro al asunto para evitar que supiera realmente cuánto le inquietaba el hecho de que Ewan y ella se encontraran bajo un mismo techo.

—Oye, ¿y cómo es que has cambiado de opinión? Ayer parecías muy segura con tu decisión.

—Yo... Ver cómo te afectó lo que te dije me dejó muy tocada, y entonces me di cuenta de que había cometido un tremendo error. —Aquella era una verdad a medias. Le fastidiaba admitir que en parte había recapacitado gracias a Ewan, pero como no quería reconocerle ese mérito, omitió mencionar a su amiga la conversación, o más bien desencuentro dialéctico, que había mantenido con él.

—Pues ya que todo está aclarado, ¿por qué no pasamos a hablar de temas más agradables? Estoy deseando contarte varias ideas que se me han ocurrido para la boda.

Maia detectó la ilusión en la voz de Sarah y sonrió: ya volvía a ser la de siempre.

—Me parece una idea genial.

Estuvieron charlando durante largo rato sobre aquello que más interesaba a Sarah, los preparativos del enlace, aunque fue la protagonista del evento quien llevó gran parte del peso de la conversación. Aparte de alguna sugerencia puntual, Maia se limitó a escucharla como debe esperarse de una buena amiga, pero lo hizo con mucho gusto y la conciencia tranquila. Aquella llamada comenzó mal, pero al final todo se había resuelto satisfactoriamente.

Arreglado todo con Sarah, ahora podía centrarse en el otro problema que le preocupaba, así que dedicó el resto del fin de semana a hacer balance de lo ocurrido el viernes.

Incluso ella se había sorprendido de su impulsiva reacción en el callejón, pero no se arrepentía lo más mínimo. Contemplar el rostro estupefacto de Ewan ante su actitud displicente fue un fabuloso premio de consolación que no dejaba de saborear con perverso placer. Hasta la fecha, jamás había pensado que pudiera ser tan retorcida, aunque lo cierto era que después de aquello se sentía muy bien.

Pero tampoco podía permitir que esos arranques de exaltación controlaran

su vida. Aquel último encuentro había supuesto una especie de liberación para ella, como si se hubiera desembarazado de una pesada carga. Después de tanto tiempo, el odio que había permanecido enquistado en su corazón comenzaba a desprenderse, quizás porque, en cierto modo, acababa de cerrar una puerta que siempre había estado entornada. No obstante, también era consciente de que había dramatizado demasiado todo lo relacionado con Ewan. Ella tenía su vida más o menos encauzada y él solo representaba un vago recuerdo del pasado. Por tal motivo, debía pensar con la cabeza y ser más práctica, aprender a relativizar y no dejarse llevar por impulsos.

Y así iba a actuar a partir de ese momento.

El lunes por la mañana llegó al museo con las ideas bien claras. Nada más entrar en el departamento de finanzas, saludó a Helen afablemente y le hizo un gesto para que la siguiera a su despacho.

—¿Qué tal el fin de semana? —le preguntó, al tiempo que se acomodaba en su sillón.

—Ya sabes que mi vida social es muy aburrida, no suelo hacer nada especial. ¿Y el tuyo?

—Ha sido diferente a otros, pero muy esclarecedor. —Antes de que Helen hiciera algún tipo de alusión a su ambigua respuesta, cambió de tercio—. Necesito que llames al señor Collins y conciertes una reunión con él, a ser posible para hoy mismo. Supongo que tenemos sus datos para localizarlo, ¿verdad?

—Así es. —Si Helen se sorprendió por la actitud templada de Maia al mencionar ese nombre, tan distinta a la que había presenciado el viernes anterior, no lo manifestó abiertamente.

—Me da igual la hora, pero intenta que sea cuanto antes. Y si es necesario, anula cualquier cita que tenga programada para hacerle un hueco, ¿de acuerdo?

—Sí, por supuesto.

—En cuanto le hayas llamado, tráeme la documentación de la exposición de diamantes. Me gustaría estudiarla con detenimiento antes de la reunión.

Mientras Helen volvía a su puesto, Maia desplazó la vista hacia el ventanal y se quedó pensativa. La profesionalidad alcanzaba uno de los puestos más altos en su escala de valores, así que debía actuar de forma racional y anteponer las obligaciones a los sentimientos. Ya había asumido que tendría que tratar con él, por lo que no seguiría escondiéndose como si le tuviera miedo. De hecho, había llegado a la conclusión de que, cuanto antes resolviera los asuntos laborales que los relacionaban a ambos, antes podría dar carpetazo final al tema de Ewan y continuar con su vida.

Él se presentó en su despacho apenas una hora después. Al parecer, ya se encontraba en el museo cuando recibió la llamada de Helen y, aunque estaba ocupado revisando las instalaciones, no puso ninguna objeción en acudir a aquella reunión tan repentina.

—El señor Collins ya está aquí —le informó la secretaria por la línea interna de teléfono.

—Bien, hazle pasar.

Maia oyó cómo se abría la puerta y entraba alguien, pero no levantó la vista de los papeles que estaba leyendo con aparente interés.

—Buenos días, señor Collins —dijo en tono impersonal—. Siéntese, por favor. Le atenderé en un instante.

Al no detectar movimiento, alzó la cabeza para ver qué ocurría. Ewan tenía las manos apoyadas en las caderas y la observaba perplejo.

—¿Sucede algo? —Maia se incorporó un poco para asegurarse de que la silla de confidente no estuviera llena de carpetas, algo que solía suceder a menudo. Tras comprobar que estaba vacía, su expresión se tornó dubitativa al dirigirse de nuevo a él—. ¿Señor Collins?

—«¿Señor Collins?» —repitió Ewan con voz incrédula—. ¿A qué viene ahora ese tratamiento tan formal?

Ella alzó una ceja a modo de advertencia.

—No creo que mi forma de dirigirme a usted sea motivo de discusión. En todo caso, veo impropio establecer un lenguaje de familiaridad entre ambos. Recuerde que no estamos en un local de ocio un viernes por la noche, sino en un despacho por motivos de trabajo.

Ewan sabía que estaba levantando barreras entre los dos utilizando aquel tono profesional que le molestaba tanto, como si así pudiera conseguir que él se achantara y dejara el tema correr. Estaba muy equivocada, porque había vuelto a Londres con la intención de aclararlo todo y no pensaba cejar en su empeño hasta lograrlo.

—¿Insinúas que debo guardar las distancias contigo, incluso hasta estos límites? Me parece estúpido, si quieres que te diga la verdad —comentó airado.

—Señor Collins, no dispongo de todo el día. Si no es mucha molestia, ¿le importaría sentarse para que dé comienzo la reunión?

Ewan censuró su obstinado comportamiento entre dientes, pero se dio por vencido y accedió a tomar asiento.

—De acuerdo, lo haremos a tu manera —espetó, cruzando los brazos en actitud despectiva—. ¿Por dónde empezamos?

Maia, impasible, lo miró durante unos segundos antes de contestar.

—He estado repasando el dossier correspondiente a la exposición que patrocina Geoprospect, sociedad de la que usted es comanditario. Su nombre consta en la lista de socios accionistas. —Abrió un expediente que tenía sobre el escritorio y le mostró la primera página. Acto seguido, le reprochó con fingida cortesía—: Señor Collins, ocultar una información así no es nada profesional. Debería haberme informado en nuestro anterior encuentro de que

era algo más que un mero intermediario entre dicha corporación y el museo.

Ewan no se molestó en cotejar el documento. Afirmó con un gesto breve y clavó su mirada en ella.

—Así es. Aunque debo decir en mi descargo que no me diste opción a explicarme, algo de lo que, por cierto, sueles hacer gala cada vez que nos encontramos.

Maia se mordió la lengua para no responder a su pulla y se centró en el tema principal que los atañía.

—Deduzco que su posición como socio facilitará las conclusiones que se tomen aquí, porque supongo que tendrá poder de decisión en todo lo referente a la exposición, ¿me equivoco?

—En absoluto.

—Perfecto. —Maia cerró la carpeta, colocó ambas manos sobre la portada y adoptó un talante circunspecto—. Entonces, creo que es el momento de conocer cuáles son las supuestas ambigüedades que dijo que existían. Tras revisar con minuciosidad cada una de las cláusulas del contrato, no he hallado nada digno de mención respecto al tema económico. ¿A qué se debe entonces este interés por el área de finanzas?

Ewan se fijó en el lenguaje corporal de Maia y sonrió para sus adentros. No lo había expresado abiertamente, pero se notaba a la legua que no se sentía a gusto manteniendo aquella conversación y que deseaba terminarla cuanto antes para perderlo de vista. A pesar de que intentaba simular indiferencia en su actitud hacia él, el tamborileo involuntario de sus dedos sobre el escritorio la delataba. Después de tantos años, aún seguía manifestando ese tic cuando estaba nerviosa.

Era consciente del daño que le había causado, y en cierto modo se merecía el trato que estaba recibiendo por su parte, pero no pensaba permitir que esa situación se alargara de forma indefinida. Maia se negaba en redondo

a aceptar cualquier tipo de explicación, y aunque tampoco la iba a presionar, en algún momento tendría que escuchar su versión de los hechos. Mientras tanto, planeaba permanecer lo más cerca posible de ella utilizando la excusa de la exposición, e incluso se aprovecharía de las ventajas de su cargo si fuera necesario.

—Existen dos puntos en los que Geoprospect exige máxima escrupulosidad para poder llevar a buen término la negociación, y ninguno de ellos da lugar a discusión —habló él al fin, adaptándose al tono profesional que ella estaba utilizando. Si tenía que ser de esa forma, que así fuera.

—¿Podría concretar más?

—Las postulaciones son muy simples. Para empezar, el tema de la seguridad. Después de que nuestros expertos estudiaran con detenimiento los sistemas de protección, han llegado a la conclusión de que los medios que aporta el museo son insuficientes, así que habrá que contratar una empresa externa que se haga cargo de las deficiencias detectadas. Los socios han sido muy estrictos en este aspecto.

—¿Qué tiene de malo nuestra seguridad? —inquirió ella—. Hasta la fecha, jamás ha ocurrido ningún percance por este motivo.

—Estamos hablando de un material muy valioso, proclive a ser sustraído ante el menor fallo del sistema. La mayor parte de los diamantes a exhibir son propiedad de nuestra corporación, pero algunas de las muestras pertenecen a colecciones privadas que han sido expresamente cedidas para esta exposición. Los dueños desean contar con una seguridad extra que garantice la custodia de sus posesiones.

—Entiendo —apuntó Maia—. Dudo mucho que esto suponga un problema, siempre y cuando se exima al museo de hacer frente al desembolso que implica una contratación de tal calibre.

—Contamos con ello y Geoprospect asumirá el gasto. De cualquier modo,

hemos llegado a un acuerdo con los mecenas externos, en el que les aseguramos que dispondrían de total libertad para elegir la seguridad privada más conveniente a sus exigencias, por lo que esperamos que el museo proporcione todas las facilidades necesarias para que esto tenga lugar.

—Por descontado. En ese caso, solo nos queda conocer los datos relativos a dichas empresas para tramitar los permisos pertinentes. Esto es algo que no depende de mí, así que lo pondré en conocimiento del departamento correspondiente. —Maia hizo una pausa para mirarlo fugazmente y continuó —: Si no hay más que añadir respecto a este tema, pasemos al segundo punto. ¿Y bien, de qué se trata? ¿Cuál es la otra demanda que su corporación ve imprescindible?

—Supongo que sabrás, ya que así consta en contrato, que esta exposición ha sido concebida como un evento sin ánimo de lucro.

—Así es —confirmó ella.

—Comprendemos que el museo desee obtener algún tipo de comisión para cubrir los costes propios de organización, gestión y servicios ofrecidos, y como tal asumiremos que se fije un importe en forma de entrada para los visitantes que acudan a la exhibición. No pondremos ninguna objeción al precio que se estipule, pero queremos dejar claro que, aparte del porcentaje reservado a estos fines, los beneficios restantes irán destinados en su totalidad a organizaciones humanitarias.

—Un gran gesto por su parte —reconoció Maia con un cabeceo—. Cuando la exposición quede clausurada, se les hará llegar un informe de cuentas detallado donde aparecerá la cantidad a desembolsarles por los beneficios generados de la recaudación en puerta, así como las donaciones que se puedan producir a través de nuestra institución.

—El punto a discutir radica precisamente en este aspecto. Mi empresa renuncia a cualquier tipo de remuneración: es nuestro deseo mantenernos al

margen y que el museo se encargue de dichas tramitaciones.

Ella le devolvió una mirada sagaz.

—¿Quieren que nosotros realicemos las gestiones de transmisión de donativos? —Ewan afirmó con un leve gesto—. Lo usual es que sea el patrocinador quien ejecute las concesiones, habida cuenta de que así se puede beneficiar de ciertas deducciones fiscales. ¿Han tenido esto en consideración? —Maia se vio en la obligación de avisarlo.

—Por supuesto.

—En ese caso, no creo que exista ningún impedimento para realizarlo como solicitan, aunque tendré que consultarlo con mi superior.

—¿Cuándo podré tener una respuesta definitiva?

—En uno o dos días, a más tardar.

—Perfecto. —Ewan asintió, complacido—. Me alegro de que nuestra conversación haya resultado tan productiva. —Le ofreció la mano y Maia, tras observarla con recelo, la aceptó.

Mantuvo el apretón durante unos segundos sin dejar de mirarla a los ojos, y ella perdió la noción del tiempo. Cuando Maia reaccionó, se dio cuenta de que él había desplazado los dedos hasta su muñeca y la estaba acariciando con el pulgar, mientras sus labios se curvaban en una sonrisa de satisfacción.

—Bien, entiendo que nuestra reunión ha llegado a su fin. —Maia apartó la mano como si su contacto la quemara, se levantó de forma brusca del sillón y caminó hacia la puerta para invitarlo a abandonar el despacho. Él la siguió sin mediar palabra—. Que pase un buen día, señor Collins.

—No tengas tanta prisa. —Ewan la agarró del codo, impidiéndole que abriera—. He aceptado tus condiciones y lo hemos hecho a tu modo, pero dado que la reunión ha terminado, ya es hora de discutir otros asuntos como personas adultas, sin formalismos de por medio.

—Este no es el momento ni el lugar. —Maia desvió la vista hacia la mano

que le sujetaba el brazo y después la fijó de nuevo en el rostro de Ewan, exhortándole sin palabras a que la soltara de inmediato.

—¿Y cuándo lo será? —preguntó él.

—Nunca.

—Entonces, ya buscaré yo el momento apropiado. Por ahora, solo quería disculparme por mi comportamiento del viernes pasado. Perdí la compostura al ver el estado en que dejaste a Sarah tras vuestra conversación en la barra. Sin embargo, ya me ha dicho que hablaste con ella el sábado y que lo habéis solucionado todo.

—Te dije que lo haría y lo he hecho. Soy una mujer de palabra —dijo con segundas.

—Gracias.

—¿Gracias? Vuelvo a repetirte lo que te dije esa noche: esto no lo hago por ti sino por ella, si es eso lo que insinúas. —La irritación de Maia aumentó al percatarse de que todavía no la había soltado, y de modo inconsciente volvió a tutearlo.

—Lo sé, y aun así te agradezco que hayas entrado en razón. En cuanto a lo que sucedió después...

—No quiero hablar sobre eso. De hecho, no hay nada de lo que hablar.

—¿Pretendes hacerme creer que para ti no tuvo importancia?

—En efecto —sentenció ella.

—Maia, tú y yo...

—Tú y yo, nada. ¿Cómo quieres que te lo haga entender?

¿Por qué intentaba negar lo innegable? ¿No se daba cuenta que cerrándose en banda, fingiendo que lo sucedido carecía de importancia, lo único que conseguía era el efecto contrario? No podía engañarle con su aparente indiferencia, por mucho que lo intentara. Tendría que tirar un poco más de la cuerda para hacerle ver que no estaba dispuesto a zanjar el tema así como así.

—¿Vas a hacer como si nada hubiera ocurrido? Tú fuiste la que te abalanzaste sobre mí, y dudo mucho que lo hicieras solo por rencor. Aunque lo niegues hasta la saciedad, aunque te quieras engañar a ti misma, hay algo más. El brillo que vi en tus ojos cuando estaba dentro de ti es el mismo que mostrabas hace años, durante aquella época en la que fuimos felices juntos. Intentas evitarlo a toda costa escondiéndote tras esa máscara de frialdad, pero sé que está ahí y quiero volver a verlo sin necesidad de tener que arrancártelo en un arrebato de pasión.

De un empujón, Maia se zafó de él y abrió la puerta.

—Adiós, señor Collins.

Ewan cruzó el vano con el semblante crispado. Maia podía hacer perder los papeles a la persona más paciente, y él ya se estaba cansando. A medio camino de la salida, se detuvo un instante para decirle:

—Eres una cobarde y lo sabes, pero en algún momento deberás enfrentarte a la realidad. Cuando lo hagas, ten por seguro que te arrepentirás del modo tan ridículo en que te has estado comportando.

Capítulo 6

Al cabo de una semana, Maia terminó por asumir que no se iba a librar de Ewan tan fácilmente. Pensar que se lo quitaría de encima con una simple reunión había sido un error por su parte. A pesar de que no habían vuelto a hablar desde entonces y ella evitaba acercarse a la zona de exposiciones, donde sabía que él pasaba la mayor parte de la jornada laboral, no había día en que no se lo cruzara en el aparcamiento del personal, por los pasillos de la zona de oficinas o, como en ese mismo instante, en la cafetería a la hora de comer. El bocado de ensalada que acababa de meterse en la boca se le atragantó en cuanto lo vio aparecer. ¿Por qué no podía ignorarlo sin más, tal y como había planeado hacer?

—Maia, ¿qué ocurre? De repente, te ha cambiado la cara.

Oyó que Helen le preguntaba algo desde el otro lado de la mesa pero no le prestó atención. Sus ojos, actuando de modo independiente a lo que ordenaba su cerebro, estaban fijos en Ewan, que se había quedado parado en la entrada de la cafetería mientras inspeccionaba el interior del local. Su rostro mostraba signos de cansancio, quizás resultado de tantos días de duros preparativos en el museo, aunque lo que de verdad mantenía hechizada a Maia era la fuerza que emanaba su mera presencia. Se negaba a reconocerlo, le fastidiaba incluso pensarlo, pero Ewan le resultaba increíblemente atractivo. Su cuerpo bien formado, la seguridad en todos sus gestos, sus facciones varoniles, tan marcadas en comparación a unos años atrás, esos ojos verdes que parecían taladrarla... Maia no pudo apartar la mirada a tiempo y él la pilló *in fraganti* en su escrutinio. Antes de romper el contacto visual, lo vio sonreír abiertamente.

—¿Maia? —repitió Helen—. ¿Qué te pasa?

—No es nada, solo que he perdido el apetito. —Dejó el tenedor sobre el plato, lo apartó a un lado y miró a su secretaria al tiempo que forzaba una sonrisa.

—Basta ya de tonterías. —Helen se limpió la comisura de los labios con la servilleta y compuso una expresión seria—. Últimamente he observado que no eres la misma de siempre y me gustaría saber qué te pasa. Si puedo ayudarte en algo... —Hacía días que quería decírselo y no pensaba esperar más—. Estás muy rara, a veces como ida y otras de uñas con cualquiera que te dice algo que no te convence, y todo desde que ese tal Collins se presentó por primera vez en tu despacho. Tú lo conocías de antes, ¿verdad?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Lo conocías. —En esta ocasión no preguntó, sino que lo afirmó de forma tajante—. Y no pretendas negarlo. No sé lo que sucedió allí dentro, te has cuidado muy bien de contármelo, pero sí que escuché con total claridad lo que te dijo el día que te reuniste de nuevo con él, cuando ya se estaba marchando. El tono con el que te habló y sus palabras no dejaban lugar a dudas.

—Tienes razón —reconoció al fin—. Es un viejo conocido al que no veía desde hacía años. Digamos que lo que hubo entre nosotros no acabó bien y tener que trabajar con él, pululando todo el día por el museo y encontrándomelo cada dos por tres, no me está haciendo mucha gracia.

—No hay que ser muy perspicaz para llegar a esa conclusión. Ahora bien: ¿tan grave fue lo que pasó como para que estés así?

—Es una larga historia que, a excepción de mi amiga Sarah, nadie más conoce.

—¿Y...? —Helen la animó a continuar.

Maia dudó. Hasta la fecha, aquello había sido un recuerdo íntimo que solo

había compartido con Sarah. Sin embargo, ahora mismo no podía explicarle todo lo que la reconcomía por dentro, bastante tenía ella con los preparativos de su boda. Y no solo eso; al fin y al cabo, se trataba de su hermano. No quería incomodarla hasta el punto de ponerla en una disyuntiva, ya había tensado demasiado las cuerdas con ella. De cualquier modo, y a pesar de que durante muchos años evitó hablar de él en la medida de lo posible, ahora había cambiado de opinión. Necesitaba desahogarse con alguien, y Helen le estaba ofreciendo la posibilidad de hacerlo. Además, así podría darle su opinión imparcial, una que no estuviera adulterada por lazos de sangre.

—Está bien, te lo contaré. Intentaré resumírtelo lo mejor que pueda. —Se quedó en callada unos instantes, pensando cómo enfocar el asunto, e inconscientemente sus ojos se desviaron más allá de la hilera de mesas, al mostrador donde Ewan esperaba su comida. Estaba de espaldas a ella pero seguía provocándole la misma agitación que si la estuviera mirando cara a cara. ¿Por qué no podía olvidarlo sin más?—. Ewan..., el señor Collins es el hermano mayor de Sarah. Nos conocemos desde siempre: su padre y el mío eran grandes amigos, así que nuestras familias pasaban la mayor parte del tiempo juntas. De muy pequeña lo consideraba mi ídolo, alguien inalcanzable porque me llevaba cinco años pero a quien admiraba y seguía adonde fuera. —Esbozó una sonrisa melancólica mientras paseaba el dedo índice sobre el borde de la copa, con aire ausente, al recordar aquella época—. Cuando cumplí los quince, esos cinco años de diferencia no parecían tanto y empecé a verlo de otro modo. Para mi sorpresa, descubrí que él también estaba interesado en mí. —Dio un sorbo a su bebida y continuó—. En esa época la carrera política de mi padre empezaba a despuntar, por lo que al ser yo todavía menor de edad decidimos mantener nuestra relación en secreto.

»Estuvimos así tres años. Entonces, al terminar sus estudios en la universidad, le ofrecieron realizar unas prácticas en el extranjero. Era una

oportunidad única, algo que no podía rechazar, aunque me prometió volver al cabo de un año. —Maia se recostó contra el respaldo de la silla y su tono de voz rebeló el resentimiento que llevaba dentro—. En realidad me hizo muchas promesas, pero las incumplió todas porque unos meses después de irse cortó toda comunicación conmigo. Ni una llamada, ni una miserable carta de despedida... Nada. Y ahora, después de siete años —desvió la mirada hacia un lado—, se presenta aquí como si se hubiera ido ayer y encima me trata como a una cría porque no quiero escuchar lo que tiene que decirme. —Suspiró con resignación y volvió a mirar a Helen—. Igual lo estoy sacando todo de quicio, pero era joven, estaba muy enamorada y que me dejara así, sin más... pues parece que no lo he superado. Cada vez que lo tengo delante me dan ganas de moldearle la cara a bofetadas, lo que convierte nuestros encuentros en poco menos que una batalla campal. Tú has sido testigo de alguno. —Tal vez por vergüenza, omitió contarle el episodio del callejón. Tampoco le iba a hablar de lo que sentía cuando él estaba cerca, sería demasiado bochornoso reconocer que aún la seguía atrayendo—. Y bueno, a grandes rasgos, esta es mi historia con Ewan Collins.

Helen, que hasta ese momento la había escuchado con sumo interés sin mediar palabra, movió la cabeza a ambos lados mientras digería la información. Ahora ya entendía muchas cosas, aunque había otras que no le cuadraban. Las preguntas se agolpaban en su mente, pero arrancó con la más desconcertante para ella.

—¿Y no sientes curiosidad por saber eso que tiene que decirte?

—No.

—¿Seguro?

—Intentó contactar conmigo unos años después, supongo que para explicarse o porque en el fondo no tenía la conciencia tranquila y quería redimirse de algún modo, pero no le di oportunidad de hablar. A mi modo de

ver, ya era demasiado tarde. Tendría que haberlo hecho cuando se marchó, no haber actuado como un cobarde. Y ahora vuelve otra vez a la carga, aunque no estoy dispuesta a escuchar sus excusas. En realidad, ni siquiera me interesan.

—Si yo estuviera en tu lugar, sí que me gustaría saber qué es lo que te quiere decir. Deberías escucharlo —contestó con una sinceridad apabullante.

Maia la miró de hito en hito.

—¿De parte de quién estás?

—De la tuya, por supuesto, pero no sería una buena amiga si no te hiciera ver lo obvio. Te lo repito: aunque solo sea para quedarte en paz contigo misma, deberías escucharlo. —Antes de que pudiera rebatirla, alzó la mano y le pidió que esperara. Aún no había terminado—. De cualquier modo, tampoco tendría por qué afectarte tanto. Ya has rehecho tu vida, ¿no?

Maia decidió ser totalmente franca con Helen.

—No del todo. Es más, por su culpa no he vuelto a enamorarme. A excepción de Ewan, nunca he mantenido una relación estable con nadie.

—Pero tú has salido con más hombres...

—Sí, claro, eso no voy a negártelo, pero he cortado por lo sano antes de que fuera a más. Eso que dices que utilizo a los hombres a mi antojo en realidad es un arma de doble filo.

—¿A qué te refieres?

—Yo... —Maia no se sentía nada orgullosa de lo que le iba a decir a continuación—. Cuando asimilé el hecho de que lo nuestro había acabado, me juré que no volvería a dejar que nadie más me hiciera lo mismo. Desde entonces, lo único que he buscado en las relaciones que he mantenido ha sido mi propia satisfacción, sin importarme lo que ellos sintieran o si les causaba daño mi indiferencia, porque no he permitido que entraran ni en mi vida ni en mi corazón. De hecho, les he utilizado como cabezas de turco, volcando en

ellos una sed de venganza que debería haber ido dirigida a Ewan, y te puedo asegurar que algunos no se merecían ese trato para nada. Ellos, sin saberlo, han pagado por algo de lo que solo una persona es responsable. Sin embargo, a quien he hecho más daño con esa actitud ha sido a mí misma.

Maia agachó la cabeza, avergonzada, pero Helen la tomó de la mano y apretó con fuerza. Su amiga necesitaba desesperadamente un apoyo, aunque también necesitaba un empujón que la ayudara a ver aquel asunto desde otro enfoque.

—Sabes que esa actitud autodestructiva no te lleva a ningún lado, ¿verdad? Si sigues así, tus heridas nunca sanarán.

—Lo sé, pero no encuentro forma de corregir el desastre en el que he convertido mi vida. He perdido totalmente la fe en el amor —musitó con voz ahogada—. En su momento pensé que Ewan era mi alma gemela, y desde entonces he cerrado mi corazón con mil candados. Por esta razón le odio hasta límites insospechados, porque ha anulado mi capacidad para ser feliz.

—Pues ya es hora de que busques esas llaves que has guardado con tanto celo o que revientes las cerraduras. Todo el mundo se merece ser feliz, y tú no eres menos que nadie. No puedes pasar el resto de tu vida así, sin vivir plenamente por el recuerdo de algo que sucedió hace mucho tiempo.

—¿Y qué quieres que haga?

—Deja de aferrarte a la ira, no permitas que te envenene. Y para conseguirlo, la única solución que veo es que aclares tus diferencias con ese hombre. La verdad es siempre la mejor opción. Debes hablar con él, permitirle que se explique, y después seguir adelante. Atraviesa esa puerta para que puedas pasar página. Si no lo haces, estarás huyendo toda tu vida.

Maia iba a replicar, pero se lo pensó mejor. Con el ceño fruncido, sopesó las palabras de Helen durante un buen rato, y al fin resolvió que quizás tuviera razón. Aunque no sabía si sería capaz de enfrentarse a lo que él

tuviera que decirle.

—Aún no estoy preparada —argumentó con un hilo de voz.

—Pensando así nunca lo estarás. No te engañes: lo que estás haciendo es esconderte porque tienes miedo de lo que puedas oír. Por ese motivo debes poner algo de tu parte y quitarte ese peso de encima cuanto antes. Si le das vueltas al tema, jamás encontrarás el momento idóneo, siempre hallarás una excusa para dejarlo correr. Échale coraje y míralo de este modo: ¿qué puedes perder? Ya te lo digo yo: nada. Al contrario, ganarás mucho.

—No sé...

—Al menos, prométeme que pensarás en lo que te he dicho, ¿de acuerdo?

Maia iba a contestar que sí, pero en ese momento vio algo que la hizo ponerse tensa y olvidarse de cualquier respuesta. Ewan acababa de recoger su bandeja de comida y, sorteando a varios clientes, caminaba directo hacia ella. Al llegar a su lado se detuvo un instante simulando indecisión, formuló un cortés «que aproveche» que a Maia le sonó a burla y volvió sobre sus pasos hasta pararse junto a una mesa situada a medio camino entre la barra y la puerta de salida, en un sitio donde podía verla cada vez que alzara la vista al frente. El muy tunante había dado un rodeo solo para acercarse hasta ella y dejarle claro que estaba allí. Y también para ponerla nerviosa, porque estaba segura de que eso le proporcionaba un macabro placer, a tenor de lo que hizo en cuanto se sentó. En vez de centrarse en su comida, clavó su mirada en ella y después, con una expresión jocosa que ni siquiera intentó ocultar, levantó una mano y movió los dedos a modo de saludo.

Irritada por su descaro, Maia entornó los ojos y apartó la vista, no sin antes soltar un bufido de exasperación.

—¿Has terminado? ¿Podemos irnos ya? —preguntó a Helen, señalando con apremio su plato—. Esto se está llenando y dentro de poco no podremos seguir hablando con tranquilidad. Además, tengo mucho trabajo que

adelantar antes de irme a casa para arreglarme.

—Sí, he terminado. Pero Maia, esa no es la actitud —la reprendió con cariño. Había notado su reacción al ver pasar a Ewan, el verdadero motivo de que tuviera tanta prisa por largarse de allí—. En vez de afrontar las cosas, huyes despavorida a la primera de cambio. ¿Vas a hacer lo mismo esta noche en la inauguración de la exposición? ¿Vas a escabullirte cada vez que él aparezca?

«Ojalá pudiera», pensó ella.

—No, ya sé que no puedo seguir así —confesó a regañadientes—. Aunque si quieres que te diga la verdad, lo de esta noche no me apetece para nada. Si por mí fuera, pasaría de todo y me quedaría en casa viendo una buena película, pero no tengo más remedio que asistir. Mis padres van a venir y no puedo hacerles ese feo. No sé en qué estaba pensando cuando hace unos días me comprometí a acompañarlos. ¡Menuda velada más divertida!

—Gracias por lo que me toca —replicó Helen mientras recogía su bolso y se levantaba. Maia hizo lo propio y ambas se dirigieron a la salida—. Ten en cuenta que yo también estaré, por si necesitas una vía de escape rápida. Y yo voy con la intención de divertirme, así que espero que tú hagas lo mismo. No obstante —se percató de que Ewan las observaba con sumo interés, así que se acercó a Maia como si fuera algo casual y bajó el tono de voz, colocándose una mano sobre la boca para evitar que el hombre pudiera leerle los labios—, deberías aprovechar para hablar con él.

—Ya veremos —fue toda su respuesta.

Maia aceleró el paso con la cabeza bien alta y la mirada al frente, aunque desvió la vista discretamente hacia el responsable de sus quebraderos de cabeza poco antes de llegar a la altura de donde estaba sentado. A Helen no le pasó desapercibido ese gesto, como tampoco la mirada penetrante que Ewan le devolvió a Maia antes de que ambas le rebasaran. «Aquí hay algo más»,

concluyó la secretaria para sus adentros. «Mucho más».

Capítulo 7

Por expreso deseo de Theodore Stuart —más bien imposición—, Maia llegó al museo en el mismo vehículo que sus padres, un ostentoso Mercedes Benz con conductor que ponían a disposición del secretario de la Cámara de Comercio Internacional para sus desplazamientos públicos. No se sentía a gusto haciendo una entrada tan triunfal, y a duras penas pudo ocultar la incomodidad en su rostro cuando el coche oficial se detuvo. Tampoco ayudaba mucho el molesto dolor de cabeza que le habían provocado las constantes indirectas que su padre le lanzaba constantemente, a pesar de que había sido Ornella, su madre, quien había llevado el peso de la conversación durante el trayecto.

—Por una sola vez, podrías haberte vestido como una mujer de verdad —la censuró él mientras esperaban a que el chófer abriera la puerta.

Maia echó un rápido vistazo a su atuendo y torció el gesto. Había elegido un conjunto de chaqueta con solapa de escote y pantalón entallado, todo en raso negro, y una blusa de seda sin mangas en color *nude*. Se trataba de un modelo bastante discreto, aunque se permitió el lujo de calzar sus pies con unas sandalias negras de tacón kilométrico. ¿Qué problema le veía a lo que llevaba puesto?

—Yo no encuentro nada malo en el traje de la niña —terció su madre con una sonrisa—. Al contrario: está preciosa.

—Podría haberse puesto un vestido —farfulló él.

—¿Te molesta que lleve pantalones? Haberlo dicho antes y te habría mandado una foto de mi armario para que eligieras tú por mí —le respondió Maia con acritud.

—Haya paz —Ornella intentó calmar los ánimos—. He venido aquí para divertirme, no para presenciar una de vuestras batallas dialécticas. No hay duda de que sois tal para cual.

La puerta situada al lado de Maia se abrió y ella descendió del vehículo con rapidez, evitando escuchar la réplica de su padre, que se quedó con la palabra en la boca. Una fina lluvia repiqueteaba sobre el pavimento y la luz de los primeros flashes se reflejó en el suelo mojado. Cohibida por las cámaras, se guareció bajo el inmenso paraguas que uno de los trabajadores del museo mantenía abierto sobre su cabeza y apretó el paso, sin esperar a sus padres, hasta que llegó al pie de la escalinata. Subió con cuidado de no resbalar y, ya en la zona cubierta de la entrada, le dio las gracias al muchacho por su consideración.

Aguardó allí a que sus padres salieran del coche y acudieran a su encuentro. Agarrando con fuerza el bolso de mano, inspiró varias veces: necesitaba tomar aliento y prepararse para lo que estaba por llegar. «¡Qué larga se me va a hacer la velada!», pensó con resignación.

Por la tarde, mientras se acicalaba en su casa, estuvo dándole vueltas a la conversación mantenida con Helen a la hora de la comida y por fin había tomado una decisión: esa noche hablaría con Ewan. No sabía cómo lo iba a hacer con sus padres merodeando alrededor, pero ya buscaría el momento idóneo, aunque no creía que ese momento pudiera llegar jamás. Tendría que ser ella la que propiciara la situación, y eso era lo que más le mortificaba.

El matrimonio Stuart llegó junto a su hija y los tres accedieron al edificio. Como siempre cada vez que utilizaba la entrada principal del museo, Maia se detuvo un instante para admirar el impresionante hall. Aunque trabajaba allí desde hacía varios años, aún se sobrecogía al contemplar el esqueleto del enorme diplodocus de veintiséis metros de longitud que presidía el centro del vestíbulo, coronado por unas vidrieras cenitales a través de las cuales podía

verse el firmamento.

Uno de los celadores se acercó para mostrarles el camino, como hacían con todos los invitados. Lo siguieron y después de atravesar la «Zona Verde», el área de exposiciones dedicada a la naturaleza, se pararon al comienzo de una escalera mecánica. El ujier les indicó que debían subir a la primera planta, les deseó una feliz velada y se marchó.

Ya arriba, caminaron hacia el nutrido grupo de personas que se agolpaban a la entrada de una sala y se dispusieron a esperar. Entonces lo vio: estaba unos metros más adelante, recibiendo a los asistentes junto a cuatro hombres y una mujer, que Maia dedujo que serían socios de Geoprosper.

Tuvo que reconocer que estaba impresionante. Solo lo había visto con traje una vez, en el funeral de su padre, pero no había comparación. Por aquel entonces Ewan era un muchacho desgarbado de veintiún años y aquella vestimenta tan formal no terminaba de encajar con su aspecto juvenil. Ahora ya no podía afirmar lo mismo. El hombre en el que se había convertido lucía con soltura ese, a todas luces, carísimo traje. Le quedaba como un guante, pero se debía más a su cuerpo atlético y bien proporcionado que al hecho de que se tratara de una prenda confeccionada a medida. Y la seguridad con que lo llevaba acentuaba más aquella afirmación.

Como si hubiera detectado su presencia, Ewan alzó la vista y sus miradas se cruzaron. La estudió con tanta intensidad que Maia pensó que le estaba escudriñando el alma, que podía leer sus pensamientos sin esfuerzo. Tras unos segundos que a ella se le hicieron eternos, él murmuró algo al oído de la mujer que estaba a su lado, esta asintió brevemente mientras la miraba de refilón, y continuó saludando a la gente.

Ewan había albergado serias dudas de que Maia fuera a la inauguración, aunque le alegró comprobar que se había equivocado. Aquella exposición era un sueño cumplido para él y desde el principio, cuando solo se trataba de un

proyecto que creía inalcanzable, había deseado compartir ese momento con ella. No era exactamente como lo había imaginado, le habría gustado que Maia hubiera estado a su lado apoyándolo y no acudiendo a esa velada por compromiso, pero al menos había hecho acto de presencia. Y tenía que reconocer que estaba preciosa, a pesar de la tensión de su cuerpo que intentaba en vano ocultar con un movimiento estudiado y del rictus severo que mostraban sus facciones. Si ella supiera lo que le hacía sentir solo con verla allí, huiría despavorida, así que se obligó a sí mismo a actuar con indiferencia mientras saludaba al resto de invitados.

—Ewan, querido, qué alegría volver a verte. —Ornella fue la primera en acercarse a él cuando, al cabo de unos minutos, les llegó su turno de entrar. Le ofreció su mejilla y acto seguido le dio un pequeño pero cariñoso abrazo, demostrando la familiaridad que los unía.

—Lo mismo digo, señora Stuart —afirmó él con sinceridad, y después se volvió hacia Theodore Stuart.

—Muchacho, enhorabuena por tus logros. —dijo el padre de Maia, circunspecto.

—Gracias. —A pesar de mantener una inmutable sonrisa, la voz de Ewan sonó algo seca cuando estrechó su mano con un fuerte pero breve apretón al que él mismo puso fin. Entonces dirigió su atención a Maia, que permanecía en un conveniente segundo plano. La saludó con una ligera inclinación de cabeza, pero no hizo amago de acercarse a ella—. Hola, Maia. Gracias por venir.

—Hola, Ewan. Por fin ha llegado el día.

Él no respondió, aunque sus ojos lo decían todo. Por un breve instante, Maia creyó leer en ellos entendimiento, como si intuyera que esa noche se proponía aclarar las cosas con él de una vez por todas.

—Perdonen mi torpeza. —Ewan rompió el contacto visual y adoptó una

actitud formal frente a los padres de Maia—. Les presento a Richard Waits, Adam Stone, Leonard Cole y Samuel Watson, socios gerentes de Geopros. Y ella es Jocelyn Barrymore, una vieja amiga y excelente diseñadora de joyas.

—Tanto como vieja... —respondió la aludida, dándole a Ewan un afectuoso golpe en el brazo—. Encantada de conocerlos.

Jocelyn Barrymore saludó primero al matrimonio Stuart, y luego le ofreció la mejilla a Maia. Después, la tomó de las manos durante unos segundos con una sonrisa resplandeciente, un gesto que le resultó algo extraño y demasiado personal. Muy alta, casi tanto como Ewan, tenía unos impresionantes ojos azules, y su larga melena morena enmarcaba unos rasgos aristocráticos de gran belleza. Por su acento, supuso que sería norteamericana, y no pudo evitar preguntarse qué tipo de relación los unía, dada la confianza con la que se trataban.

—Hace semanas que no veo a tu madre. —Ornella Stuart escudriñó la sala y al cabo dijo—: ¿Ha venido?

—Sí, creo que está al fondo con Sarah y su prometido.

—Bien, entonces voy a buscarla. —Se giró hacia su marido, pero estaba hablando con uno de los socios de Geopros, así que no quiso interrumpirlo—. Si me disculpan...

—Por supuesto —respondieron todos, aunque Ewan agregó—: Espero que disfrute de la exposición.

—Mamá, te acompaño. —Maia no pensaba quedarse allí plantada como un florero, así que aprovechó la excusa de ir con su madre para escabullirse.

—¿Has visto qué guapo está Ewan? —comentó Ornella a su hija en tono confidencial cuando se hubieron alejado un poco del grupo—. Ha cambiado mucho en estos últimos años. Es una pena que perdieras el contacto con él, con lo bien que os llevabais antes de que él se marchara fuera del país. Ni te

figuras la de veces que me ha preguntado por ti cuando venía a visitar a su familia. Tenéis que ponerlos al día, si no lo habéis hecho ya.

—Lo sé, mamá —contestó ella. Ornella Stuart ni se imaginaba lo acertadas que habían estado sus palabras.

Maia estuvo conversando con Sarah y Peter durante un buen rato, mientras sus respectivas madres hacían lo propio. Unos minutos más tarde se les unió Helen, quien, tras las consabidas presentaciones y algo de charla insustancial, la llamó aparte.

—¿Has visto cuánta gente importante hay por aquí? —La emoción de Helen era palpable, a tenor de cómo observaba todo cuanto tenía alrededor.

—Sí. —Maia estaba más acostumbrada que su secretaria a eventos como ese, así que no le dio importancia a la gran cantidad de personalidades que se congregaban en la sala—. ¿Te apetece que veamos la exposición mientras nos tomamos una copa? Estoy sedienta.

—¡Por supuesto!

Después de dar una pequeña vuelta por la galería, Maia tuvo que reconocer que Ewan había hecho un excelente trabajo de organización. Tanto la iluminación elegida como la disposición de las muestras proporcionaban una completa panorámica de la sala, y las especificaciones de cada pieza, convenientemente detalladas al pie en varios idiomas, incluido el braille, facilitaban al visitante una correcta comprensión de lo que estaba contemplando.

La selección de las piedras preciosas se había realizado con mucho acierto y un gusto exquisito. La mayoría eran diamantes en bruto que presentaban la misma configuración que tenían cuando fueron extraídos de la mina o recuperados de placeres aluviales, aunque también había varios ejemplares de calidad gema engastados como joya, casi todos procedentes de particulares. En el mercado libre, solo una de esas piezas costaría ya un dineral, y por esa

razón se habían extremado las precauciones. Ahora Maia lo entendía todo: la insistencia de Ewan respecto a la seguridad estaba plenamente justificada.

Las dos mujeres deambularon de un lado para otro, comentando sus impresiones mientras degustaban sendas copas de champán. Se detuvieron junto a un expositor situado en el centro de la sala y contemplaron con admiración el diamante que allí se exhibía.

—¡Menudo pedrusco! —exclamó Helen, para después silbar por lo bajo al ver su valor monetario—. Incluso sin tallar, es impresionante. ¡Cómo brilla! Lástima que el sueldo de toda una vida como secretaria no dé para hacerme con una décima parte de eso.

—Es magnífico —ratificó Maia. Tal y como rezaba la leyenda, se trataba de un diamante sin pulir de cincuenta quilates en color azul zafiro que pertenecía a una colección privada—. Pero me parece demasiado ostentoso, si quieres que te diga la verdad. ¿Te imaginas venir a trabajar con esto? Tendríamos que llevar acoplado un guardaespaldas el doble de grande que nosotras. Uf, yo no sé si podría vivir con la responsabilidad de llevarlo encima.

Helen torció el gesto y se llevó un dedo a los labios en actitud reflexiva.

—Te voy a proponer algo: si algún día una de nosotras consigue un diamante como este, la otra le pagará el sueldo de un año al guardaespaldas. ¡Pero que esté macizo!

Maia se la quedó mirando muy seria antes de exclamar:

—¡Hecho!

Ambas prorrumpieron a reír al unísono sin ningún tipo de medida, haciendo que varias cabezas se giraran en su dirección y las miraran con cierto aire de censura. Maia simuló una expresión contrita y se tapó la boca con la mano para ocultar una nueva carcajada, aunque no llegó a soltarla porque descubrió a lo lejos que Ewan tenía la vista fija en ella. A su lado,

cómo no, se encontraba la morena. No se habían despegado el uno del otro desde que los vio en la entrada, de eso estaba segura. De cuando en cuando lo buscaba entre la gente sin que Helen se diera cuenta y siempre estaban juntos. ¿Tendrían algo esos dos? Parecían llevarse muy bien. Y de ser así, ¿a ella qué le importaba?

Helen, extrañada de que Maia se hubiera quedado de repente tan callada, siguió la mirada de su amiga. Entonces lo entendió todo. Esperó unos segundos antes de preguntar:

—¿Has pensado en lo que te dije esta mañana?

—Sí. —Maia captó la pregunta a la primera. En esta ocasión no había sido del todo discreta y la había pillado.

—¿Y?

—Esta noche voy a hablar con él, ya lo tengo decidido. No sé cómo ni en qué momento, pero lo haré.

Helen escrutó el rostro de Maia y vio determinación en sus ojos. Lo estaba diciendo en serio.

—¡Bien! ¡Así me gusta! ¡Bravo por ti! —Helen elevó su copa a modo de brindis—. Esta es la Maia Stuart que yo conozco: atrevida en todo cuanto hace. En cambio, yo... —Desvió la cara hacia un lado y suspiró con resignación.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, extrañada.

—Míralo. Si es que no puedo quitármelo de la cabeza. —Helen señaló con disimulo a Chris Archer, que estaba junto a la entrada sin más compañía que una bebida en la mano. Parecía sentirse fuera de lugar, aunque de vez en cuando lanzaba fugaces miradas hacia el lugar donde ellas se encontraban—. ¡Qué elegante está de traje! ¡Para comérselo!

—La verdad es que sí, mejora mucho sin esos horribles jerséis de pico que se pone todos los días. De cualquier modo, no se desprende de sus gafas

ni siquiera aquí, en una ocasión especial como esta.

—Ains, si yo lo pillara por banda... eso sería lo último que le quitaría. Ya está mirando otra vez hacia aquí. ¡Joder, Maia! ¿Qué les haces?

—¿Y quién dice que me esté mirando a mí? —espetó ella, conteniendo a duras penas la risa. Para algunos temas Helen era muy avispada, pero para otros... no se enteraba de nada.

—¿De qué estás hablando?

—Creo que estás muy equivocada. No necesito graduarme la vista para darme cuenta de que sus ojos están clavados en ti, no en mí.

—¿En mí? ¡Anda ya!

—¿Y por qué no? Eres muy guapa, y hoy te has puesto especialmente despampanante.

Helen volvió a fijarse en Chris Archer y lo observó desde una nueva perspectiva, mientras la expresión de su rostro adquiría diversos matices. De la sorpresa pasó a la alegría, de la alegría a la introspección y, finalmente..., se giró hacia Maia con la determinación pintada en su cara.

—¿Sabes lo que te digo? Tú me has demostrado que eres capaz de echarle arrestos, así que yo voy a hacer lo propio. Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma. ¿Qué puedo perder? ¿Morirme de la vergüenza si no le intereso? Pues ya lo asimilaré. —Helen dio un último sorbo a su copa y la dejó sobre la bandeja de un camarero que pasaba a su lado—. Allá voy. Deséame suerte.

Maia vio cómo su amiga caminaba con resolución hacia el paleontólogo, y deseó tener sus mismas agallas. Aunque había dicho que lo haría, aún no sabía si podría cumplir su promesa. En realidad, estaba muerta de miedo, por mucho que aparentara lo contrario. De forma inconsciente buscó a Ewan entre la gente, pero en esta ocasión no lo encontró. ¿Dónde se habría metido? ¿Se habría ido con la americana a otro lugar más tranquilo? No tuvo tiempo

de hacer más cábalas porque en ese momento sus padres llegaron hasta ella.

—Querida, nos vamos a casa —le informó su madre.

—¿Tan pronto? —Maia consultó su reloj de pulsera—. No lleváis aquí ni una hora. ¿Ocurre algo?

—No, pero ya sabes cómo es tu padre —declaró con estoicismo.

Claro que lo sabía. Theodore Stuart no era hombre de muchas fiestas y solo acudía a ellas cuando podía sacar algún beneficio. Además, solía retirarse temprano, después de haber dejado clara su insigne presencia, siempre destacando pero manteniendo las distancias con quien no creía que estuviera a su altura. Lo había comprobado esa misma noche: únicamente había hablado con las personas que él estimaba importantes, y cuando consideraba que ya había cumplido, se largaba.

—¿Vienes con nosotros? —preguntó el protagonista de sus últimos pensamientos.

—No, yo me quedaré un rato más. —No le apetecía en absoluto regresar con ellos en el mismo coche. Ya había tenido más que suficiente con el viaje de ida—. Aún no he visto toda la exposición.

—¿Y cómo es eso? —apostilló su padre—. Trabajas aquí, así que deberías conocértela de memoria.

Ya estaba otra vez, siempre con lo mismo: no perdía oportunidad de prejuzgarla y criticarla en cuanto tenía ocasión.

—Papá, mi trabajo se centra en el área de las finanzas, por si no lo recuerdas. Paso casi toda mi jornada laboral encerrada en un despacho, no correteando por las galerías como un visitante más. ¿O es que crees que no me dedico a nada más que a contemplar el museo durante horas?

Theodore Stuart frunció el ceño ante la impertinencia de su hija.

—Pues lo parece, porque en los años que llevas aquí no he visto que tu trayectoria profesional haya despegado —comentó en tono agrio—. Fíjate en

Ewan Collins y en todo lo que ha conseguido —añadió, abarcando la sala con la mano para dar más énfasis a sus palabras—. Ya no es el joven con el que estuve hablando en Brasil hace años, ese que había elegido una profesión sin salidas laborales decentes y que no tenía dónde caerse muerto, por mucho que intentara convencerme de su valía y de sus proyectos de futuro. No me esperaba que llegara a triunfar en lo suyo, la verdad es que no, pero tengo que reconocer que me ha sorprendido, y eso es algo que muy poca gente consigue —agregó con intención, al tiempo que la miraba con dureza—. Ahora sí que es un buen partido. —Como ya había dicho todo lo que le tenía que decir, se giró hacia su mujer—. Vámonos ya, querida.

Ornella Stuart se despidió de su hija con un beso cariñoso, a diferencia del de su padre, que fue brusco y forzado. En cualquier otra circunstancia y aunque no lo hubiera expresado abiertamente, Maia se habría molestado por aquella muestra de frialdad. Sin embargo, esa noche no. Su mente se había quedado bloqueada con las últimas palabras que le había dicho.

«...el joven con el que estuve hablando en Brasil hace años..., por mucho que intentara convencerme de su valía y de sus proyectos de futuro...».

«Ahora sí que es un buen partido».

¿Qué demonios había querido dar a entender?

Capítulo 8

¿Su padre había estado con Ewan en Brasil? Era la primera noticia que tenía. No supo por qué, pero aquello le dio muy mala espina. Si Theodore Stuart había omitido contarle ese «pequeño» detalle es que ocultaba algo.

Ahora sí que necesitaba respuestas, y solo había una persona que podía dárselas.

Maia inspeccionó la sala con impaciencia hasta que lo ubicó. Y en esta ocasión, para su sorpresa, no había ni rastro de la morena, aunque estaba flanqueado por dos hombres con los que parecía mantener una charla privada. Uno de ellos era el actual secretario de estado para la cultura y el otro, Vincent Moore, el director del museo. Caminó con paso decidido hacia ellos, sin pararse a pensar en la imagen que daría interrumpiendo una conversación ajena.

Cuando llegó hasta Ewan, le agarró del brazo para llamar su atención. Él reaccionó de inmediato y se giró para ver quién era; al descubrir que se trataba de ella y que además lo estaba tocando de *motu proprio*, no pudo evitar mostrar una expresión de asombro.

—¡Maia!

—¿Tienes un minuto?

—¿Ahora? —Su azoramiento revelaba que no era un buen momento, pero aun así ella insistió.

—Sí, ahora. Por favor.

«¿Por favor?». Aquellas palabras, en boca de Maia y dirigidas a él, no eran ni medio normales. Intrigado por ese cambio tan drástico, no se lo pensó mucho antes de girarse de nuevo hacia sus acompañantes.

—Si me disculpan, caballeros...

Sin pedirle permiso, la tomó del codo para guiarla fuera de la sala hacia un lugar menos concurrido donde pudieran hablar. La insistencia de Maia había despertado su curiosidad, pero otros dos pequeños detalles la incrementaron aún más: el primero, que ella no hubiera rechazado su contacto mientras se dejaba llevar por él, y el segundo, que estuviera temblando de forma significativa, como si algo o alguien la hubiera alterado mucho.

No se detuvieron hasta llegar al vestíbulo principal del museo. La exposición estaba en pleno apogeo y Ewan intuía que Maia necesitaba algo de intimidad para lo que quería decirle, así que, tras un rápido vistazo, reanudó el paso y la llevó hasta una zona libre de público, situada bajo una de las dos arcadas que sustentaban la gran escalera imperial.

—¿Y bien? —preguntó, colocándose frente a ella pero sin llegar a soltarla—. ¿De qué querías hablarme con tanta urgencia?

Maia pareció titubear durante un segundo, pero inspiró con fuerza y le soltó sin preámbulos:

—¿Viste a mi padre cuando estuviste en Brasil, al poco de comenzar tus prácticas en el extranjero?

Así que se trataba de eso. Por el tono perentorio con el que había formulado la pregunta, Ewan supuso que nunca había tenido constancia de ese encuentro, que acababa de enterarse. No le sorprendió en absoluto, pero quería conocer hasta qué punto estaba informada de aquella conversación con Theodore Stuart.

—Estás entrando en terreno pantanoso. ¿Seguro que quieres hablar de esto aquí? —Ewan sabía que tarde o temprano tendrían aquella charla, pero ahora que Maia había abierto la caja de Pandora, dudaba que fuera un buen momento—. ¿No sería mejor que lo dejáramos para otro día y así damos tiempo para que te tranquilices? Te noto bastante alterada.

—Respóndeme —le apremió ella—. Ahora.

—Como desees, pero te advierto que no te gustará lo que vas a oír.

—Prueba a ver.

Ewan se tomó un instante para encontrar el mejor modo de enfocar el tema y que le afectara lo menos posible, pero llegó a la conclusión de que no había forma de dulcificarlo. Sin mentiras ni restricciones. Era ahora o nunca. Había llegado el momento de contarle toda la verdad.

—Sí, me encontré con tu padre en Brasil. No hacía ni tres meses que había llegado cuando un día recibí una llamada suya. Aprovechando que estaba de viaje oficial, se puso en contacto conmigo y me pidió que nos viéramos. Bueno, más bien lo exigió, como todo lo que él hace. —La miró con un gesto de resignación que ella le devolvió, ratificando así sus palabras, y prosiguió—. Quería saber cómo me iba allí, aunque yo intuía que había algo más. No tardé mucho en averiguarlo. Me quedé de piedra cuando me sugirió, en realidad sin muchos rodeos, que podía tirar de sus contactos para que la estancia se me hiciera, por así decirlo, más placentera, a lo que yo me negué. No quería deberle nada porque temía que algún día me lo cobraría con creces.

Maia afirmó con la cabeza. Lo entendía a la perfección porque ella misma había sufrido la actitud prepotente de su padre a lo largo de toda su vida. Al parecer, no solo ella se había dado cuenta de cómo era Theodore Stuart en realidad: un manipulador nato. De cualquier modo, supuso que la historia no terminaba ahí y le animó a continuar.

—Conociéndolo, estoy segura de que no se tomó muy bien tu negativa a recibir su «ayuda».

—Efectivamente, así fue. De hecho, lo consideró un desaire por mi parte. Me calificó de niño estúpido y otras muchas lindezas con la intención de achantarme, pero no di mi brazo a torcer. Al menos puedo sentirme orgulloso

de aquella decisión porque... es lo único que hice bien.

—¿Lo único que hiciste bien? ¿Por?

Ewan la miró de una forma muy extraña antes de contestar.

—Al principio hablamos solo de mi adaptación al país y a sus costumbres, pero a medida que avanzaba la conversación, todo cambió. Tu padre comenzó a poner en duda mi futuro profesional, mi decisión de trabajar en lo que me gustaba y no en algo más productivo; tras tildarme de inmaduro, me reprochó que por unos ideales tontos estuviera renunciando a las comodidades que él podía ofrecerme gracias a sus contactos y, poco a poco, me caldeé hasta perder los estribos. Reconozco que en ese momento cometí un imperdonable error: hablé más de la cuenta. —Movié la cabeza de un lado a otro con pesar—. De hecho, me arrepentí desde el mismo instante en el que las palabras salieron por mi boca.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Maia con un hilo de voz. Empezaba a imaginarse lo peor.

—Le rebatí todos y cada uno de sus argumentos, pero él insistía en que una persona tan joven como yo no tenía ni idea de lo que era la vida real y que debía dejarme asesorar por alguien con más experiencia, alguien como él. Alegaba que mis razonamientos a la hora de defender la profesión que había elegido eran pobres, sin fundamento, y entonces exploté. Me quedaba una última bala en la recámara y la utilicé. Tenía que hacerle ver que se equivocaba al pensar que no tenía ambiciones. Estaba luchando por cumplir mi sueño, a expensas de renunciar a muchas cosas, por una razón aún más poderosa que todas las que ya le había dado: tú. Le confesé que estaba enamorado de ti, que nos amábamos y que todo lo hacía por nosotros.

El rostro de Maia se convirtió en una máscara de incredulidad.

—¿Que hiciste qué? —consiguió articular. A pesar del maquillaje, se la veía pálida. Enterarse de que durante todo ese tiempo su padre había estado al

corriente de la relación que mantuvieron años atrás le provocó un repentino ataque de pánico. Aquello era algo que no se esperaba en absoluto—. ¿Cómo te atreviste? —le espetó con voz temblorosa.

—Tu padre, como bien sabes, tiene la cualidad de sacar de sus casillas a cualquiera, y conmigo no fue diferente. Pensé que si las razones que ya le había dado no eran de suficiente peso, esta sí lo sería. Confié en que lo comprendiera... y me equivoqué.

—Por supuesto que te equivocaste. No me puedo creer que fueras tan iluso —farfulló entre dientes— ¿Y qué más le dijiste?

—Le expliqué que tenía muy claro mi futuro, y mi futuro estaba a tu lado. Tú eras lo más importante. Quise hacerle entender que estaba trabajando duro para poder ofrecerte lo mejor y que los dos os sintierais orgullosos, porque también valoraba su opinión, pero para mi sorpresa se rio de mí. Me soltó que eso eran utopías de niños, que vivía pensando en una quimera y que fuera olvidando desde ya la estúpida idea de estar contigo.

—¿Qué? ¿Cómo pudo...?

—Es más —la interrumpió—. Me acusó de ser un don nadie con ínfulas que solo iba detrás de ti por tu posición y, por ende, de su dinero, y me amenazó con hacer de mi vida un infierno si intentaba acercarme a ti de la manera que fuera. Si no cortaba lazos contigo de forma inmediata, no llegaría a tener ningún futuro en mi profesión. Me dejó bien claro que se encargaría personalmente de que aquello fuera así, por mucho que apreciara a mi familia.

—Y, por supuesto, tú le hiciste caso al gran Theodore Stuart —le reprochó con amargura—. Cobarde...

—Maia, escúchame. —Ewan tomó a Maia de las manos y la obligó a mirarlo—. Lo que voy a contarte a continuación es algo que nadie más sabe, algo que ni yo mismo sabía hasta que tu padre me lo dijo allí en Brasil, pero

con unas connotaciones tan graves que cambiaron por completo el rumbo de los acontecimientos, tanto que en ese momento tuve que anteponerlo a nuestra relación, por mucho que me doliera.

—¿Es que hay algo más? ¿No te parece suficiente todo lo que me has dicho? ¿Qué podría haber más importante que nuestro amor?

—El buen nombre de mi familia —contestó en un murmullo.

Maia lo miró de hito en hito.

—¿Qué tiene que ver tu familia en todo esto?

—Tu padre... me amenazó con destruir la memoria del mío.

—¿Destruir la memoria de tu padre? Eso no tiene ningún sentido. Pero si eran muy amigos... ¿Y cómo iba a hacerlo?

—Al parecer, unas semanas antes de las elecciones que lo convertirían en ministro detectó ciertas irregularidades en la financiación de la campaña electoral de su partido. No se lo comentó a nadie y, tras indagar por su cuenta, descubrió que alguien de su equipo estaba aceptando donaciones no muy claras de unos cuantos benefactores que, en realidad, utilizaban ese medio como tapadera para blanqueo de capital. Ese «alguien» era James Collins. Mi padre.

¿James Collins, aquel hombre encantador que recordaba de cuando era pequeña, una persona corrupta? Eso quedaba fuera de toda lógica. Debía de haber oído mal.

—¿Tu padre aceptó sobornos? ¿En serio?

—Mi padre murió por ellos.

—Pero ¿no falleció de un ataque al corazón? —Maia no entendía nada.

—Sí. Tu padre estaba presente cuando sucedió. Según él, no pudo soportar la presión cuando le exigió explicaciones, advirtiéndole que tendría que ponerlo en conocimiento de las autoridades, y entonces sufrió un infarto.

Maia se tapó la boca con la mano para ahogar una exclamación de

espanto. Dios, aquello era demasiado. Ahora comprendía por qué su padre nunca había querido hablar del tema.

—Lo siento, no sabía nada...

—Ni tú ni nadie, porque tu padre tuvo mucho cuidado de que esa información no saliera a la luz. Theodore Stuart se encargó de que a esos «benefactores» les fuera devuelto todo su dinero, y lo hizo con la mayor discreción posible para que la campaña electoral no se viera empañada.

—Entonces, ¿adónde quieres llegar contándome esto?

—Tu padre me amenazó con destaparle todo si no rompía mi relación contigo.

—¿Qué? Eso sí que no me lo creo. Jamás se habría atrevido a hacerlo. Para él, las apariencias lo son todo y algo así, aunque solo le hubiera salpicado de refilón, habría supuesto un gran escándalo que afectaría a su reputación, convirtiéndose incluso en el final de su carrera política.

—Ahora lo sé, pero por aquel entonces me asusté mucho. Tu padre parecía dispuesto a hacer lo que hiciera falta en su propósito de separarnos. ¿Y qué habría sido de mi familia? —Ewan levantó las manos en señal de capitulación—. No podía consentir que el nombre de mi madre y el de mi hermana estuvieran en el punto de mira de la opinión pública. Eso les habría destrozado la vida.

—¿Quieres decir que el responsable de nuestra separación fue mi padre? ¿Que él tuvo la culpa de todo? —Maia comenzó a moverse como un animal enjaulado. Sus ojos llameaban de rabia contenida cada vez que los fijaba en el rostro de Ewan.

—No, yo soy el único culpable. Si no le hubiera hablado de nosotros, nada de esto habría sucedido. ¿Entiendes ahora por qué rompí el contacto contigo?

Maia negaba una y otra vez con la cabeza, incapaz de digerir toda aquella

información.

—No, no lo entiendo y creo que nunca llegaré a entenderlo. ¿Por qué no me lo dijiste en su momento? Todo hubiera sido diferente, yo te habría hecho ver que no tenías nada que temer. Si me lo hubieras contado, habría luchado junto a ti por lo nuestro, me habría enfrentado a mi padre sin dudarlo.

—Te juro que quería hacerlo, pero tu padre me lo prohibió. Simplemente, no pude desafiarle.

—Más bien di que no quisiste —le corrigió. Maia hizo una pausa, intentando poner sus ideas en orden—. ¿Y qué es lo que ha cambiado para que ahora me cuentes todo esto?

—Recuerda que hace tiempo quise contártelo pero no me dejaste.

—Vale, ¿y qué cambió entonces?

Ewan no contestó al momento. Se quedó mirándola fijamente mientras parecía sopesar sus siguientes palabras.

—Dejé de tenerle miedo —dijo, categórico—. Me arrepentí de haberle hecho caso, de haberme dejado chantajear de esa manera, pero cuando intenté aclararlo todo contigo ya era demasiado tarde. Ha tenido que pasar mucho tiempo para que al fin me dieras la oportunidad de explicarme. Pero quiero que te quede claro algo: tú siempre me has importado.

—Esto no se lo perdonaré nunca..., ni a ti tampoco —añadió, clavándole una mirada dolida—. Todos me habéis tratado como una marioneta: mi padre, tú...

—Yo solo...

—Tú no eres diferente a mi padre, así que no intentes excusarte. ¿Qué derecho teníais ninguno para decidir mi vida sin consultarlo conmigo? Al menos de él siempre me lo he esperado porque nunca ha actuado de otra forma, pero tú... Durante todos estos años te he guardado rencor por apartarte de mi vida sin una explicación, pero ahora que la tengo veo que malgasté mi

tiempo odiándote. En realidad, ahora mismo me siento desilusionada. Creía en ti y en nuestro amor, y si de verdad tú hubieras sentido lo mismo, no me habrías ocultado algo así. Fuiste un cobarde.

—Maia, por favor, comprende que...

—No, Ewan, no necesito comprender nada —le cortó—. Me ha quedado todo muy claro. Y si creías que con esta explicación me iba a lanzar a tus brazos, te equivocaste. Entre tú y mi padre me habéis destrozado la vida.

Maia se dio media vuelta con la intención de irse, pero Ewan la detuvo sujetándola por el codo y la obligó a que lo mirara de frente. Ella levantó la barbilla con todo el aplomo que pudo encontrar, aunque por dentro se sentía desolada. Las lágrimas corrían descontroladas por sus mejillas, haciendo surcos en su maquillaje, y sus labios temblaban sin control.

—No puedes irte así, tal y como estás ahora. Además, aún no hemos zanjado este tema. Deja que te acompañe.

Ella declinó su ofrecimiento con un rápido cabeceo.

—Por mi parte sí que ha quedado zanjado. Al menos, te agradezco que por fin me hayas sacado de mi ignorancia. Ahora ya sé qué sucedió hace siete años, ahora sé que no hice nada para que te distanciaras de mí, porque la idea de que yo fuera la culpable inconsciente de nuestra separación me ha atormentado durante todo este tiempo. Ahora ya puedo pasar página. Adiós, Ewan.

Antes de que pudiera detenerla, Maia se alejó de él. Atravesó el vestíbulo a la carrera y después de franquear la puerta principal, se perdió bajo la noche lluviosa.

Capítulo 9

Maia llegó a casa con la cabeza embotada, enojada con el mundo y en particular con los dos hombres que más habían influido en su vida. Estuvo tentada de llamar a su padre para pedirle explicaciones, pero ya era muy tarde y su madre se asustaría al oír el teléfono. Además, en el estado en el que se encontraba no respondía de lo que pudiera decirle, así que decidió dejarlo hasta el día siguiente. Esa noche de camino al museo, su madre le había propuesto que fuera a comer con ellos, recordándole que hacía mucho que no se juntaban los tres para pasar un rato en familia —algo irónico, porque en esos encuentros lo que más abundaban eran las pullas y una falta absoluta de demostración de cariño por parte de su padre—. Maia los evitaba todo cuanto podía, pero su madre insistió tanto que no pudo negarse.

Ornella Stuart era completamente diferente a su marido, su polo opuesto. Maia se había preguntado muchas veces cómo una pareja tan dispar podía llevar junta tanto tiempo sin acabar a la gresca, aunque también debía reconocer que ambos se querían mucho y que su madre sabía manejar a la perfección el carácter tan difícil de su padre, contrarrestándolo con la templanza de la que siempre hacía gala. Encantadora con todo el mundo y una madre ejemplar, cariñosa y comprensiva como pocas, Maia la adoraba. Solo por ella había aguantado tanto sin explotar, pero su nivel de tolerancia frente a las maquinaciones de su padre no era ilimitado y esa noche lo había sobrepasado.

Sabía que algún día tendría un encontronazo fatal con él, pero nunca se imaginó que el motivo fuera su antigua relación con Ewan. Quería gritar, soltar todo lo que llevaba dentro y ya no le importaba lo que Theodore Stuart

podiera pensar de su comportamiento cuando lo enfrentara mañana. Porque iba a hacerlo.

Después de pasar la noche en vela rumiando sobre las causas de su enfado, llegó a la residencia familiar de los Stuart cansada y crispada, a partes iguales. Por deferencia a su madre, Maia tenía intención de esperar hasta los postres para sacar el tema a relucir, pero no contó con la maestría de su padre a la hora de tergiversar cualquier comentario que hicieran los demás, por muy inofensivo que pareciera, y llevarlo hasta donde él quería.

—Cariño, ¿te encuentras bien? Estás muy seria y tienes ojeras. ¿No has dormido bien? —preguntó Ornella, preocupada.

Maia iba a replicar, pero su padre se le adelantó.

—A saber hasta qué hora estuvo de juerga anoche.

—¿Eso crees tú, que se trataba de una fiesta de fin de semana? Nada más lejos de la realidad. Aquello era un compromiso de trabajo al que tenía que asistir, al igual que hiciste tú presentándote allí. ¿O me negarás que estuviste hablando con ciertas personas influyentes relacionadas con el mercado de valores?

—Bueno, querida, en realidad también fuimos por Ewan —terció su madre—. Era su gran día y no podíamos perdérselo, ¿verdad, Theodore?

—Por supuesto —admitió él a regañadientes.

—Hija, ¿y pudiste hablar con él? ¿Os habéis puesto ya al día?

Antes de contestar, Maia se quedó mirando fijamente a su padre, quien le devolvió una mirada ladina.

—Sí, mamá, tuvimos una conversación muy interesante que me abrió los ojos a la realidad.

—Ewan Collins ha logrado un gran éxito en la vida, ha sabido jugar muy bien sus cartas —dijo Theodore Stuart en tono prepotente. Deberías aprender...

—Ya es suficiente. —Maia no le permitió terminar la frase. Dejó la servilleta sobre la mesa, se levantó y le espetó en tono hiriente—: Papá, has arruinado mi vida. ¿Cómo te atreviste a interponerte entre nosotros dos? No tenías ningún derecho...

—Así que ya te has enterado... Me sorprende, creí que ya lo sabías desde hacía tiempo, que él te lo habría dicho en algún momento. —Theodore Stuart chasqueó la lengua—. Ese muchacho cumplió muy bien su promesa.

—¿Promesa? ¡Eso fue un chantaje en toda regla!

—Si tú lo ves así...

—¿De qué estáis hablando? No entiendo nada. —Ornella miró paulatinamente a su marido y a su hija, esperando una explicación por parte de alguno de los dos.

—¿Entonces no lo niegas? ¿Es verdad lo que me contó Ewan? —Él afirmó con descaro y Maia explotó—: ¿Cómo pudiste ser tan ruin?

—Hice lo que tenía que hacer —alegó, orgulloso, para después preguntar de modo suspicaz—. ¿Te lo ha contado todo?

—Sí, todo.

Él gruñó por lo bajo pero se abstuvo de comentar nada más.

—¿Queréis decirme de una vez de qué va todo esto? —Ornella se sentía frustrada de que la ignoraran de esa manera—. Theodore, ¿se puede saber qué hiciste?

—Mamá, lamento que te enteres así pero ya no hay forma de enmendarlo. Te lo resumiré brevemente: Ewan y yo mantuvimos una relación sentimental a escondidas que duró casi tres años cuando yo aún era menor de edad. Tras marcharse a Brasil, papá fue a verlo, y se comportó con él como hace con todo el mundo, intentando manipular la vida de los demás a su antojo. Al final, Ewan le contó lo nuestro y papá le amenazó con sacar a la luz pública un caso de corrupción en el que estaba implicado James Collins si no rompía

todo contacto conmigo.

—¡Theodore! —Ornella se llevó una mano a la boca y lo miró con reprobación—. ¿Lo que cuenta la niña es verdad?

—Sí, y no me arrepiento en absoluto —dijo con altivez—. Volvería a hacerlo una y mil veces si se diera la ocasión, porque en aquel entonces ese chico no le convenía para nada.

—¿Y quién eres tú para decidir lo que me conviene y lo que no? ¿Qué hay de lo que siento yo, acaso eso carece de valor para ti? ¿Tan poco te importa mi felicidad?

—Como tu padre, tengo el deber de velar por tu seguridad y hacer lo mejor para ti, incluso a pesar de ti misma.

—¿Mi seguridad? —Maia rio cáusticamente—. Papá, creo que ya soy bastante mayorcita para cuidarme yo sola.

—Sí, pero sigues siendo una irresponsable —la acusó en tono mordaz. Como ella lo miró interrogante, agregó de muy malas formas—: En vez de liarte cada fin de semana con un hombre distinto como si fueras una vulgar ramera, deberías pensar en sentar la cabeza, a ser posible con alguien de mi aprobación.

Maia se quedó momentáneamente en blanco. Ella siempre había sido muy discreta con su vida privada, y en realidad tampoco había tenido tantas relaciones, aunque todas habían terminado igual porque estaba tan herida tras su ruptura con Ewan que había dejado de creer en el amor. Entonces, ¿cómo podría saber que...? Él mismo la sacó de sus dudas.

—No te hagas la ofendida ni intentes negarlo. —Theodore Stuart alzó una mano a modo de advertencia—. Desde hace años, he estado recibiendo puntualmente un informe detallado de todos tus movimientos, tanto en el trabajo como fuera de él, por parte de un detective privado —le reveló de forma jactanciosa.

Aquella fue la gota que colmó el vaso.

—¿Qué? ¿Has mandado que me siguieran? ¿Cómo te has atrevido? — Maia se sintió humillada y perdió los papeles—. Siempre supe que eras una persona sin escrúpulos, pero nunca me imaginé que pudieras llegar a esos extremos. ¡Eres despreciable!

—Y tú, una niña malcriada que lo ha tenido todo gracias a mi esfuerzo y nunca has sabido valorarlo.

—Theodore, Maia, por favor... —Ornella, escandalizada, no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Intentaba una y otra vez mediar entre ambos, pero no la dejaban hablar.

—¿Qué tenía que valorar, las cosas materiales que me ofrecías a costa de vivir bajo tu yugo? ¡Qué poco me conoces! ¿Por qué te crees que me largué de casa en cuanto tuve ocasión? Porque no soportaba estar bajo el mismo techo que tú.

—Pero bien que te has beneficiado de ser la hija de quien eres, de tu posición privilegiada en la sociedad.

—¿Yo?

—Sí, tú. El apellido Stuart te ha abierto todas las puertas que has cruzado. Reconoce que le has sacado un gran provecho.

—Yo nunca he hecho uso de mi nombre para lograr lo que podía obtener por méritos propios. En ese sentido no soy como tú. Y más que un beneficio, siempre lo he considerado una lacra.

—Una lacra que te llevó a conseguir ese puesto en el museo. ¿O es que pensabas que te lo habían dado por tu cara bonita? ¿Cuánta gente de tu edad tiene un puesto de responsabilidad similar al tuyo allí?

Maia notó que sus mejillas ardían de pura rabia. ¿Hasta dónde habían llegado los tentáculos de poder de su padre? ¿Hasta dónde había llegado su mezquindad?

—Me ha costado verlo, pero acabo de descubrir que detrás de la máscara del «insigne» Theodore Stuart solo se esconde un ser repugnante.

—¡Maia, por favor! Sé que estás disgustada, lo que hizo tu padre no tiene justificación, pero no hables así de él.

—No, mamá, no estoy disgustada. Ahora mismo estoy muy cabreada y profundamente avergonzada de que él y yo compartamos parentesco, aunque esto último tiene fácil solución. —Antes de salir del comedor, le dio un beso a su madre y, regalando a Theodore Stuart una mirada de desprecio, declaró con gravedad—: Olvídate de que alguna vez tuviste una hija porque ya no te considero mi padre.

Capítulo 10

Aunque caía un buen aguacero, Maia corría a paso veloz por los senderos solitarios del parque mientras rememoraba la comida del día anterior en casa de sus padres. La lluvia no había dado tregua desde la noche de la inauguración, pero a ella no le importaba mojarse. El ejercicio la ayudaba a quitarse el estrés y elevaba su ánimo, y a pesar de que el agua había empapado su ropa de deporte hacía ya un rato, ejercía un efecto calmante sobre ella, como si el contacto de las gotas de lluvia sobre su cuerpo arrastrara todas las preocupaciones que la mortificaban.

Se detuvo un momento para retirar el exceso de agua en sus mejillas y ajustar mejor la capucha del chubasquero. Aquellas gotas estaban mezcladas con sus propias lágrimas, que no había podido evitar que afloraran al recordar la última imagen de su madre antes de abandonar la residencia Stuart. Después de la pelea la siguió hasta la puerta y, desolada, le suplicó que lo pensara mejor antes de tomar una decisión tan drástica, pero ella no iba a echarse atrás, no después de descubrir la verdadera cara de Theodore Stuart. Con sus palabras y con sus acciones le había demostrado la poca confianza que tenía en ella, y lo que le había hecho era algo que difícilmente podría perdonar.

No obstante, se sentía liberada. Y mirándolo con algo de humor, debía reconocer que la jugada le había salido muy bien al matar dos pájaros de un tiro: se había sacado la espina que tenía clavada, tanto de su padre como de Ewan. De su padre, porque no tendría que aguantar más sus impertinencias y sus censuras a todo cuanto hacía, ya que estaba segura de que le había ofendido lo suficiente como para que él no volviera a acercarse a ella. En

cuanto a Ewan, tras la revelación de lo sucedido realmente hacía siete años ya no había nada más que hablar entre ellos, así que a partir de ahora solo le quedaría un recuerdo amargo de lo que tuvo con él.

Maia salió del parque y apuró los últimos metros que le quedaban para llegar a la puerta de su edificio con un sprint final. Antes de subir las escaleras de acceso al portal, apoyó las manos en las rodillas y flexionó el tronco hacia delante hasta regularizar su respiración a niveles normales.

Cuando se incorporó de nuevo con la intención de entrar en el inmueble, lo vio. Al final de las escaleras, apoyado en la barandilla lateral y con la vista clavada en ella, se encontraba Ewan. Al parecer debía de llevar allí bastante porque estaba calado hasta los huesos.

—¿Cómo sales a correr con este tiempo? —preguntó él, a modo de saludo.

—¿Y eso a ti qué te importa? —le soltó de malos modos. El descaro de ese hombre alcanzaba ya unas cotas inadmisibles. ¡Atreverse a ir hasta su casa! Ahora que lo pensaba, él nunca había estado allí antes, así que...—. ¿Cómo has averiguado dónde vivo?

—Ha sido fácil. —Ewan se encogió de hombros—. Solo he tenido que «tomar prestada» la agenda que mi hermana tiene para la boda. —Maia frunció el ceño desde la acera. Se había quedado parada en el primer peldaño sin decidirse a subir más—. ¿No vas a entrar? Está lloviendo.

—¿De veras? No me había dado cuenta —comentó ella con ironía—. ¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar.

—¿Es que queda algo más que decir? Tú y yo ya nos hemos dicho todo. Ahora, lárgate.

—No pienso hacerlo hasta que terminemos la conversación que dejamos a medias el otro día.

Por fin, Maia subió la escalera y buscó sus llaves en un bolsillo del chubasquero.

—¿Cuánto llevas aquí? —le preguntó, mientras metía la llave en la cerradura del portal.

—Casi una hora.

—Pues has perdido el tiempo. Lo único que vas a conseguir es un buen constipado —apuntó, mirando de soslayo su ropa empapada— porque no tengo intención de hablar contigo.

—Entonces, esperaré aquí hasta que vuelvas a salir.

Maia soltó una carcajada sarcástica.

—Tú mismo, porque no tengo previsto salir hasta mañana. Si quieres pasar la noche a la intemperie...

—Sé que has quedado en un rato con Sarah —ahora fue Ewan quien rio en tono burlón—, así que no tienes excusa para recluirte en tu casa. Te advierto que seguiré insistiendo hasta que des tu brazo a torcer.

—¿Estás loco? —Maia bufó de una forma muy poco femenina—. Podría denunciarte por acoso.

—Pero no lo harás —dijo él, envanecido.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Simplemente, lo sé. —La miró como si pudiera leer dentro de ella.

—¿Pretendes que hablemos aquí, con la que está cayendo?

—Si es necesario...

Maia vio determinación en sus ojos, como también apreció que empezaba a temblar de forma inconsciente pero no dejaba de sonreír. Si era cierto lo que decía y llevaba esperándola casi una hora bajo la lluvia inclemente, tenía que estar poco menos que congelado. Al menos ella lo estaba, y eso que a diferencia de él había estado moviéndose y el ejercicio la había mantenido en calor. Echó un vistazo rápido a la ropa de Ewan: sus pantalones vaqueros

chorreaban, y la cazadora de cuero marrón desgastada que llevaba no parecía muy impermeable. No supo qué le pasó por la mente, algún cable se debió de soltar en el entramado de su cerebro porque al final terminó apiadándose de él.

—Está bien, tú ganas. —Maia se apartó para permitirle el acceso al portal—. Aunque no valores tu salud, yo sí valoro la mía. Me temo que, si no es ahora, cuando vuelva a bajar me entretendrás con lo mismo de siempre, y necesito quitarme ya esta ropa mojada. Sube a mi apartamento y hablaremos allí.

—¿Vas a permitirme entrar en tu casa? —Ewan abrió desmesuradamente los ojos y la boca.

—Solo será un momento, el tiempo justo para que te seques un poco. Después te irás, así que no te hagas ilusiones. No me hace nada de gracia, pero tampoco quiero ser la responsable de que pilles una pulmonía.

—Eres muy amable.

—No lo soy, solo quiero terminar con esto cuanto antes.

Dos días antes ni se habría planteado invitarlo a subir, pero después de conocer la verdad y tras la discusión con su padre había cambiado su forma de afrontar los hechos. Por descontado que estaba muy dolida, eso no lo iba a olvidar nunca; seguía guardándole rencor por haberse comportado como un cobarde y, sobre todo, por no informarla en su momento de aquella conversación con su padre en Brasil, pero el odio profundo que albergaba en su corazón parecía haber desaparecido como por arte de magia.

Además, con Dante en casa se sentía protegida. Desde que era un cachorro, siempre había sentido aversión por el género masculino, fuera quien fuese. De hecho, su padre había visitado ese apartamento solo una vez, y se marchó a los quince minutos de llegar porque el perro se puso muy nervioso y no dejó de gruñirle. ¡Menuda sorpresa se llevaría Ewan cuando

abriera la puerta! Sabía que no le mordería, pero tampoco iba a hacer nada por frenar los instintos naturales del labrador. Con algo de suerte, bajaría la marca récord de permanencia de Theodore Stuart.

Tal y como esperaba, al llegar al descansillo de la primera planta, antes incluso de acercarse a su apartamento, oyó que Dante comenzaba a ladrar. Sonrió para sus adentros: el perro ya había detectado que llegaba acompañada.

En cuanto abrió la puerta, Dante la miró un momento y agitó la cabeza a modo de saludo, para después lanzarse a dos patas sobre Ewan con la intención de olisquearlo. Este se quedó de una pieza, no movió ni un dedo como precaución, mientras Maia entraba en el salón y se desprendía del chubasquero sin prestar atención a lo que ocurría a su espalda.

—Este es Dante —oyó él que decía desde el fondo de la estancia—. Ten cuidado porque no le gustan los extraños, y mucho menos los hombres.

—Sí, ya veo —respondió Ewan con sorna cuando el perro le lamió la cara, para después sentarse a sus pies. Maia se fijó en su mascota y bufó contrariada—. ¡Qué ejemplar más espléndido! —Se agachó a su altura y le susurró algo al oído que ella no llegó a captar, aunque sí advirtió que el labrador empezaba a mirarlo como si lo conociera de toda la vida.

—Dante, ven conmigo —ordenó ella, al tiempo que se dirigía hacia una puerta entreabierta al fondo del salón, que Ewan intuyó que sería su dormitorio—. En cuanto a ti, espera aquí y te traeré una toalla para que te seques un poco.

Mientras aguardaba a que Maia volviera a salir, Ewan se entretuvo inspeccionando lo que había a su alrededor. Se trataba de una gran habitación con cocina incorporada, muebles de diseño y una decoración minimalista. Todo muy elegante, aunque él echó en falta algo importante: calidez. Aquello no parecía un hogar. A excepción de una foto familiar con sus padres en la

mesa de comedor, no encontró ningún otro detalle o recuerdo personal en toda la estancia. Demasiado... aséptico.

Al parecer, Maia había encendido la calefacción porque empezó a sentir aire caliente en su nuca procedente de una rejilla en la pared, así que se quitó la cazadora y la dejó colgada en el respaldo de una silla. En ese momento ella apareció, seguida por Dante, con una toalla en la mano.

—Toma. —Se la entregó mientras pasaba de largo, camino a la zona de cocina. Echó agua en un hervidor y lo enchufó—. Voy a preparar té. Es lo único que puedo ofrecerte para que entres en calor.

Ewan la miró de una forma muy significativa pero no dijo nada. Ella, incómoda por esa muda declaración de intenciones, bajó la vista hasta su pecho. Notó que ya no tenía puesta la cazadora, y la camiseta de manga larga que llevaba debajo estaba empapada. Maia dudó un instante, pero al cabo dijo:

—Anda, dame tu camiseta. La meteré en la secadora y en un rato estará lista.

Grave error. Ewan no se lo pensó dos veces: se sacó la prenda por la cabeza ante la mirada estupefacta de Maia, que se clavó en su pecho musculado y, sorprendentemente, bronceado. Estuvo tentada de decirle que se pusiera la cazadora encima, pero habría sido muy evidente. De cualquier modo, él se dio cuenta.

—¿Te sientes incómoda por mi desnudez?

—No digas tonterías. Estoy acostumbrada a ver a hombres sin camisa —le atacó con intención—. Además, te recuerdo que ya te he visto antes así.

—Entonces, perfecto.

Ewan sonrió de oreja a oreja y, con todo el descaro del mundo, empezó a desabrocharse los vaqueros.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—¿No decías que no te importaba?

—¡Ni se te ocurra!

Ewan, en contra de la explícita negativa de Maia, se desabrochó otro botón mientras la retaba con los ojos.

—El pantalón también necesita secarse, y ya que vas a encender la secadora... —dijo con falsa inocencia.

—No haber venido. Y no tientes a tu suerte —le advirtió cuando él bajó las manos hasta el siguiente botón—. Estás a un paso de salir por esa puerta con la huella de mi zapatilla en tu trasero.

Ewan rio ante su ocurrencia pero le hizo caso. Maia, desde la cocina, se dispuso a preparar el té para así evitar fijarse en su cuerpo, pero se le escapó alguna mirada de reojo y eso la puso aún más nerviosa. Era incapaz de llevar la cuenta de las cucharadas de té que echaba, todo se le resbalaba de las manos, y a punto estuvo de quemarse al verter el agua hirviendo en las tazas. El pulso le jugaba malas pasadas, pero es que su mente volaba libre. Definitivamente, invitarle a subir a su casa había sido una idea nefasta.

Él la observaba trabajar con una secreta diversión, hasta que se percató de que Maia aún seguía con la ropa de deporte mojada.

—¿No vas a cambiarte? También estás empapada. Déjame a mí y yo terminaré lo que estabas haciendo. —Se acercó a ella y la obligó a soltar el hervidor—. Tú ve a quitarte eso.

En un primer momento Maia se negó, reacia a dejarle trajinar en su cocina, pero entonces reparó en que sus cuerpos estaban demasiado próximos el uno al otro. La distancia que había entre la pared y la barra americana era muy estrecha, insuficiente para dos personas: demasiado arriesgado para su propia seguridad.

—Está bien —aceptó, pasando a su lado lo más pegada posible a la encimera para evitar tocarlo—. Tienes todo lo que necesitas en la balda de

arriba. Yo voy a darme una ducha.

—Podrías haberme ofrecido una a mí. O mejor...

—Dante, ven aquí. —Maia se puso en cuclillas hasta quedar a la altura del perro y le ordenó, lo suficientemente alto como para que Ewan la oyera—: Vigila la puerta del dormitorio, y si se acerca... ¡muerte!

Aunque cerró con llave tanto la puerta del baño como la de la habitación, estuvo escuchando las carcajadas de Ewan hasta que fueron silenciadas por el sonido del agua al caer de la ducha.

Cuando apareció en el salón media hora después, ya arreglada para salir, se encontró con una imagen insólita que le hizo abrir la boca por la sorpresa. Ewan estaba tumbado en el suelo junto a Dante, y ambos parecían estar pasándose muy bien mientras jugaban con una raída pelota de colorines.

—Perro traidor... —farfulló entre dientes.

El labrador fue el primero en detectar la presencia de Maia. Soltó el juguete de entre sus fauces y corrió al encuentro de su dueña, que lo acarició con algo de rencor por su deslealtad. En cambio, Ewan permaneció tumbado boca arriba con las manos en la nuca y una sonrisa en los labios. Se le notaba muy relajado en esa posición. Para el gusto de Maia, demasiado.

—Nos lo hemos pasado estupendamente —le dijo, divertido—. Y debo confesarte que me he portado muy bien, tu perro guardián solo me ha hincado los colmillos las diez primeras veces que me he acercado a esa puerta.

Maia no estaba para bromas, aunque intuía que algo de lo que le acababa de decir no estaba exento de verdad.

—Toma tu camiseta. —Ni siquiera se acercó para entregársela en mano, simplemente se la lanzó y él la cogió al vuelo. Después fue hacia la barra

americana para tomarse su té, que a esas alturas ya se había enfriado. Bebió un sorbo, hizo una mueca de fastidio y vertió el contenido de la taza en el fregadero—. Está un poco arrugada pero, como comprenderás, no pienso planchártela.

—Lo importante es que está seca. —Para tranquilidad de Maia, se la pasó por la cabeza y los brazos hasta ocultar su torso desnudo. Ya no tenía excusa, pero él habría preferido quedarse así un rato más. Y ella también, aunque no lo reconocería ni muerta—. Muchas gracias.

—Voy con algo de prisa, así que aprovecha para hablar ahora porque no quiero hacer esperar a tu hermana.

—En ese caso, iré al grano. —Ewan se levantó con una agilidad pasmosa y se paró frente a ella, transformando su sonrisa en una expresión más seria—. Maia, soy consciente del daño que te hice y no quiero dejar pasar más tiempo para pedirte perdón porque, aunque no me lo has dicho, sé que necesitas escucharlo. Tienes razón cuando afirmas que fui un cobarde. De verdad, no sabes cuánto me arrepiento, si pudiera volver atrás ten por seguro que lo hubiera hecho de otra manera, jamás habría actuado como lo hice. Solo espero que algún día puedas perdonarme.

Aquellas palabras la dejaron descolocada.

—Creo que esa disculpa llega un poco tarde, ¿no? —apuntó al fin.

—Bastante tarde, lo reconozco, pero debo decir en mi defensa que esta es la primera oportunidad que me ofreces para poder hablar contigo como personas adultas. De cualquier modo, es lo mínimo que te debía.

Ella pareció sopesar en profundidad su siguiente respuesta porque tardó varios segundos en contestarle.

—De acuerdo, disculpas aceptadas. —A oídos de Ewan, el tono utilizado no sonó nada sincero—. ¿Has terminado?

—Maia, estoy hablando en serio. Esto es muy importante para mí. Me

gustaría que empezáramos otra vez de cero.

—¿Empezar de cero? —Lo miró incrédula—. No sabes lo que estás diciendo.

—Claro que lo sé. Maia, ya no soy aquel joven cobarde de hace siete años.

—Y yo tampoco soy la chica enamorada de ese cobarde. Entonces, ¿qué pretendes?

—Como ves, ambos hemos cambiado. Yo soy un desconocido para ti, al igual que tú lo eres para mí.

—¿Y no podemos dejarlo tal y como está?

—Por mi parte, no. Has significado demasiado en mi vida como para renunciar a ti así como así. No solo eras la mujer que amaba con locura, también te consideraba mi mejor amiga. Una gran amiga que perdí por ser débil. Al menos, me gustaría recuperar a esta última. ¿Y tú?

Quería decirle que no, que se metiera su amistad donde quisiera porque no estaba dispuesta a aceptar nada que viniera de él, pero Maia se sorprendió al dudar en su respuesta.

—No sé si quiero hacerlo. Ahora mismo estoy muy a gusto con mi vida, tal y como está.

—Tú misma dijiste la otra noche que ahora que ya sabías lo que había ocurrido, podías pasar página. ¿Por qué no lo haces de verdad? Dame una última oportunidad. O al menos, inténtalo.

—Ewan, tú y yo no podemos ser amigos. Han pasado demasiadas cosas entre nosotros como para no tenerlas en cuenta. Esa relación estaría abocada al fracaso.

—Eso no podemos saberlo hasta que no lo intentemos. ¿Tan descabellado te parece?

—¿Y de qué serviría intentarlo? Dudo mucho que algún día pueda llegar a

olvidar.

—Lo sé, por eso me conformo con que me perdones.

—No sé...

Ewan no tenía intención alguna de conformarse solo con su perdón. Lo quería todo: su amistad, su amor..., pero ella no tenía por qué saberlo. Aún no. Necesitaba darle tiempo para que todo volviera a la normalidad, para que volviera a depositar su confianza en él y que poco a poco lo aceptara de nuevo, y él tenía todo el tiempo del mundo. Esos siete años habían dado mucho de sí, se le habían hecho eternos, pero también le habían enseñado algo muy importante: había aprendido a ser paciente.

—No te estoy pidiendo que retomemos nuestra relación amorosa —«a pesar de que nunca he podido olvidarte», pensó para sus adentros—, solo que volvamos a establecer contacto. Ignoro si alguno de tus sueños se ha hecho realidad, si has viajado a todos los sitios que planeaste, si tienes las mismas aspiraciones de hace siete años... Me gustaría saber si la Maia de hoy en día es tan distinta a la de entonces.

Ella lo miró con detenimiento. Aunque fuera reacia a admitirlo, aquellas palabras habían abierto una brecha en su dura coraza. Ahora mismo no se reconocía a sí misma. ¿Cómo podía estar planteándose seriamente darle esa oportunidad que tanto demandaba?

—Está bien, me lo pensaré. —Era un hecho: se había vuelto loca.

Ewan no ocultó su satisfacción, a pesar de que aquella respuesta distaba mucho de ser una afirmación.

—Bien, por ahora me vale con eso. ¿Qué te parece si te invito a comer mañana en el museo y me cuentas qué has decidido?

—Para, para... —Maia levantó una mano y frunció el ceño—. Estás yendo demasiado rápido.

—No pienses tanto; simplemente, hazlo. Además, no te estoy pidiendo

una cita, solo te ofrezco mi compañía a la hora de la comida en el mismo lugar donde ambos trabajamos.

—Siempre almuerzo con Helen, mi secretaria —apuntó ella.

—Por un día que te saltes tu rutina no va a pasar nada. Estoy seguro de que a ella no le importará. Yo creo que incluso lo agradecerá —añadió de forma críptica.

Como no sabía qué responderle, Maia consultó su reloj. Se le había hecho muy tarde.

—Ya veremos —dijo lo primero que se le ocurrió para quitárselo de encima—. Tengo que irme.

A Ewan le habría apetecido seguir con esa conversación durante un rato más, pero al ver que ella se ponía una chaqueta, cogía el paraguas y se echaba el bolso al hombro, optó por dejarlo correr y no insistir. Ya había conseguido más de lo que esperaba y no quería tensar la cuerda demasiado. Recogió su cazadora del respaldo de la silla y caminó hacia la entrada, donde Maia ya le estaba esperando con las llaves en la mano. Dante les siguió hasta la puerta con ojos tristes.

—Hasta otro día, campeón. —Ewan se puso en cuclillas para acariciarlo por última vez en el lomo—. Espero volver a verte pronto.

—No te hagas muchas ilusiones —oyó que decía Maia a su espalda.

—¿Quién sabe? Puede que este sea el comienzo de una gran amistad, ¿verdad, Dante?

El perro ladró dos veces a modo de respuesta y Ewan rio por lo bajo, mientras Maia cabeceaba con resignación al tiempo que abría la puerta.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó Ewan cuando bajaban las escaleras—. He venido en coche.

—No, gracias. He quedado con tu hermana a dos manzanas de aquí. Iré dando un paseo.

—¿Con la que está cayendo?

—Para eso he cogido el paraguas.

Al llegar a la calle, comprobaron que la lluvia había remitido y ya solo caía un ligero sirimiri. De todos modos, Maia abrió su paraguas y se volvió hacia Ewan, dudando si ofrecerle cobijo mientras le acompañaba hasta su vehículo. Si lo tenía aparcado muy lejos volvería a mojarse, y entonces no habría servido para nada lo de invitarle a subir a su casa. Aunque tampoco quería desviarse de su trayecto: ya había perdido demasiado tiempo y Sarah estaría esperándola impaciente.

—¿En serio no quieres que te lleve? —Ewan habló antes de que ella tomara una decisión—. Tengo el coche aparcado justo ahí.

—¿Cómo que «ahí»?

—Ahí está. Es ese.

Maia siguió la dirección del brazo de Ewan y vio que señalaba un precioso Bentley de color negro que parecía bastante nuevo. Se volvió hacia él con la incredulidad pintada en el rostro.

—¿Ese Bentley es tuyo? —Él afirmó con la cabeza, aparentemente serio, aunque en sus ojos se vislumbraba un brillo de pura diversión. Maia se dio cuenta y su perplejidad inicial se fue desdibujando poco a poco hasta convertirse en indignación—. ¿Lo tenías aparcado enfrente de mi casa y aun así te quedaste fuera, bajo la lluvia? ¿Acaso no se te ocurrió que podías esperar dentro para no mojarte?

—Ya ves... —Ewan se encogió de hombros.

—¡Eres tonto! —exclamó ella, sin poder evitarlo.

—No, querida, al contrario: soy muy listo. Si te lo hubiera dicho, jamás me habrías dejado subir a tu apartamento —confesó entre risas mientras Maia, barbotando improperios contra él, se alejaba calle abajo a paso rápido.

Capítulo 11

—Lo siento, se me han pegado las sábanas.

Maia miró la hora en la pantalla del ordenador antes de levantar la vista de su escritorio. Helen acababa de entrar como una tromba en su despacho y venía sin resuello, con la chaqueta aún puesta y el bolso colgado del hombro.

—No te preocupes, tampoco es tan tarde. Además, si no recuerdo mal, en los dos años que llevas aquí es la primera vez que te pasa.

—Ahora mismo me pongo a trabajar —declaró la secretaria, con la intención de ir hacia su puesto.

—Por lo pronto, siéntate y respira un poco, que vienes acelerada. —Le señaló la silla de confidente—. Tengo que pedirte un pequeño favor personal.

Helen reaccionó al punto y ocupó el asiento.

—Claro, lo que sea. ¿De qué se trata?

Maia dudaba entre comentarle primero todo lo que había sucedido desde la noche de la exposición o ir directa al grano. Optó por lo segundo: ya se encargaría más adelante de los detalles, porque estaba segura de que la bombardearía a preguntas.

—Hoy necesito que comas conmigo.

Helen fue a decir algo, pero luego cambió de parecer.

—¿Eso es un favor? Siempre almorzamos juntas.

—Digamos que tú eres la excusa perfecta para librarme de hacerlo con Ewan Collins.

—¿Vas a almorzar con él? —La secretaria no daba crédito a lo que oía—. Tienes que explicarme eso con pelos y señales.

—No tengo intención alguna de comer con él, por eso te lo estoy pidiendo

como favor. Si viene y te dice algo, invéntate lo que sea. Yo ya se lo expliqué, pero no quiso entenderlo.

—Mmm... —Helen frotó sus manos con nerviosismo mientras se mordía el labio inferior—. Me encantaría hacerte ese favor, pero... hoy no puedo. He quedado para comer con Chris Archer fuera del museo.

—¿Chris Archer? ¿El paleontólogo? —Maia se quedó pensativa y después le clavó una astuta mirada—. Espera un momento... ¿Ese hombre tiene algo que ver con tu retraso en la hora de entrada?

—Sí —musitó con voz ahogada, antes de agachar la cabeza medio avergonzada.

—¿Y eres tú la que me pides que te cuente las cosas con todo lujo de detalles? Ya estás tardando en decirme qué pasó el viernes. ¡Desembucha!

—Ejem... —Helen, azorada, torció el gesto—. El viernes, el sábado, ayer...

—¡Helen Smith! —Maia simuló escandalizarse, para después romper a reír con ganas—. ¿Y cómo sucedió?

—Cuando te dejé en la exposición, fui directa a por él. Me situé a su lado y comencé una charla insustancial aunque, ahora que lo pienso, yo era la única que hablaba. Estaba tan nerviosa que no hacía más que decir tonterías sin parar, hasta que me di cuenta de que él permanecía callado todo el rato y me miraba muy serio. Supuse que le estaba molestando o aburriendo, así que decidí marcharme y dejarle en paz. Le pedí disculpas por mi charlatanería, pero entonces él me agarró del brazo y me rogó que continuara, que le encantaba escuchar mi voz. A partir de ese punto se lanzó e iniciamos una conversación muy interesante. De ahí nos fuimos a un lugar más tranquilo y... hasta esta mañana no nos hemos despedido el uno del otro. El resto lo dejo a tu imaginación —concluyó, con una sonrisa sesgada.

—¡Vaya con el señor Chris Archer! ¡Qué calladito se lo tenía!

—¡Ya te digo!

—Te lo advierto: a partir de ahora no voy a poder mirarlo de la misma forma que antes.

Ambas rieron durante un buen rato, hasta que Helen se percató de que se habían desviado del tema principal.

—Maia, ahora en serio. Si quieres que cancele el almuerzo con Chris solo tienes que decírmelo. Ya comeré con él mañana.

La aludida negó vehementemente.

—Da igual. Si me paro a pensarlo, en realidad es una estupidez lo que te estaba pidiendo. Si no es hoy, habría sido mañana, porque dudo mucho que Ewan se conforme con un simple «no».

—¿Eh? ¿Y cómo has llegado al punto de plantearte aceptar una invitación para comer de ese hombre? ¿Al final hablaste con él?

Maia le narró todo lo ocurrido, desde aquel comentario de Theodore Stuart que se convirtió en el empujón que necesitaba para hablar con Ewan hasta la visita de este a su apartamento, incluyendo la discusión con su padre.

—Joder, lo de tu padre es muy fuerte. ¡Qué retorcido! —«Y menudo cabronazo, aunque ya se le veía venir», pensó, pero se guardó su comentario para sí misma. Nunca le había gustado la forma en que Theodore Stuart trataba a su hija, siempre tan prepotente. Esa actitud decía muy poco de él como persona, y que Maia le confesara lo que había hecho solo confirmaba su opinión sobre él. Sin embargo, lo último que necesitaba ella ahora era que terceras personas echaran más leña al fuego en la complicada relación con su padre.

—Lo sé, por eso dije «basta».

—¿Y es algo definitivo?

—Sí. —Helen alzó las cejas, poniendo en duda su taxativa respuesta, y Maia rectificó—. Al menos, por ahora. —No se lo dijo, pero en realidad

aquello le dolía más de lo que intentaba aparentar.

—Lo que me imaginaba, pero está bien que le hayas dado ese toque de atención. Solo espero que así recapacite y cambie un poco su forma de ser.

—Mira que lo dudo —respondió, escéptica.

—Bueno, ya se verá. —Se habían desviado del tema principal, aunque a Helen no se le había olvidado—. En cuanto a Ewan..., lo que has contado me resulta muy interesante.

—En concreto, ¿el qué?

—Todo —dijo de forma generalizada, aunque Maia la entendió a la perfección—. Siete años son muchos años, lo normal es que lo hubiera dejado correr, pero no ha sido así. Y ahora que ha dado el primer paso, el más difícil sin duda, ya está propiciando el siguiente con el pretexto de recuperar vuestra amistad.

—¿Y qué crees que debo hacer yo? ¿Qué opinas tú?

—Opino que ese hombre quiere algo más que una simple amistad —respondió sin ambages—. Tanta insistencia... Me da a mí que no te ha olvidado, a pesar del tiempo transcurrido. —Hizo una pausa, esperando la reacción de Maia. Ella se mantuvo impassible, pero a Helen no se le escapó el sutil brillo de sus ojos—. Y tú, ¿le has olvidado a él? Porque no veo yo que te comportes como si lo hubieras hecho... —Maia alzó la barbilla con la intención de replicar, pero Helen agregó—: No te atrevas a negarlo. Tengo ojos en la cara y sé lo que veo. La pregunta es: ¿estarías dispuesta a darle otra oportunidad?

—Ya le dejé claro que no pensaba retomar nuestra antigua relación.

—¿Y? ¿De verdad crees que él se va a dar por vencido? ¿Después de todo lo que ha sucedido en vuestros últimos encuentros? ¿Después de todo lo que ha hecho para lograr que lo escucharas? No me cuadra... Tal y como me lo has descrito, me parece que es una persona decidida, con las ideas muy

claras. ¿Ha sido siempre así?

«No, hace años fue un completo cobarde», pensó con resentimiento.

—Más o menos, aunque nunca creí que pudiera ser tan insistente.

—Pues ya ves, ha insistido tanto que al final ha logrado derribar tus defensas.

—¡Oye, que yo no le he hecho ninguna concesión!

—¿Ah, no? ¿Y qué me dices de invitarlo a subir a tu casa? ¿O de liarte con él al poco de llegar a Londres?

Maia se quedó lívida.

—¿Cómo sabes eso?

—Bueno..., te mentí cuando dije que no había oído vuestras discusiones en tu despacho. La verdad, las paredes de la oficina parecen de papel y vosotros no es que hablarais entre susurros, precisamente... —Maia se sintió abochornada al captar el alcance de sus palabras—. No sé con exactitud qué ocurrió entre vosotros, preferí no comentarte nada para no hacerte sentir incómoda, pero sí que escuché que habíais tenido un encuentro un tanto... fogoso. ¿Me equivoco?

—No. —Su negativa fue un leve susurro. Guardó silencio unos instantes y después, con ciertas reservas, terminó por explicarle aquel episodio, un suceso que creía que nunca contaría a nadie.

—Acabas de confirmar mis suposiciones —recalcó Helen cuando su amiga acabó de hablar—. La Maia que yo conozco no hace nada sin pensar, y aunque aquello se tratara de un arrebató, algo más tenía que haber para que actuaras así. Aún sientes algo por él, ¿verdad?

—No lo sé —le confesó. Helen parecía la voz de su conciencia—. Supongo que el odio y el amor están separados por una línea tan fina que es casi imposible distinguirla.

—Donde hubo fuego siempre quedan cenizas —expuso la secretaria.

—Puede ser. O quizás solo sea atracción física.

—Mmm —Helen lo puso en duda.

—Bueno, dejémonos de suposiciones —acotó Maia. Aquella charla le estaba resultando demasiado embarazosa, así que decidió cortar de raíz—. Ya es hora de que nos pongamos a trabajar.

Helen cabeceó, reprobando el modo en que había puesto fin al tema, pero no la contradijo. Se levantó de la silla y caminó hacia la puerta, pero antes de salir se volvió y le preguntó:

—¿Qué vas a hacer al final?

Aquella pregunta tenía múltiples interpretaciones, aunque Maia optó por la más fácil e inocua a la hora de contestar.

—Ya te lo imaginas. No me queda más remedio que comer con Ewan.

Él llamó por teléfono poco después para confirmar lo de la comida. Maia le respondió de forma muy sucinta que se encontrarían a la una en la cafetería, y después colgó. Hasta esa hora se refugió en su trabajo, centrándose en todos los asuntos que tenía pendientes para no pensar ni darle vueltas al tema de Ewan.

Llegó puntual, aunque él ya estaba esperándola en una mesa para dos situada al fondo de la sala. Mientras caminaba hacia allí, iba pensando cómo iniciar la conversación, pero fue Ewan quien tomó la iniciativa.

—Hola. ¿Qué te apetece que te traiga? —Se levantó y le indicó a Maia que tomara asiento en la otra silla—. Voy al mostrador a pedir.

—Con una ensalada y una botella de agua sin gas me conformo, gracias.

Maia agradeció para sus adentros que él hubiera actuado con tanta normalidad, como si de verdad fueran amigos. Pero en realidad, ¿qué

esperaba? No quiso ahondar en todas las cábalas que se había hecho a lo largo de la mañana para evitar tildarse de pueril, así que se dedicó a responder varios mensajes desde su móvil.

Al cabo de un rato Ewan regresó con una única bandeja en la que llevaba la comida de los dos: la ensalada para ella y un bistec con patatas para él, además de una botella de agua y una lata de cerveza. Se sentó frente a Maia y le ofreció los cubiertos.

—¿Siempre comes esto? —le preguntó él, acercándole su plato.

—¿Y a ti qué más te da?

—Tranquila... —Levantó las manos a la defensiva—. Solo pretendía romper el hielo. ¿Por qué no te relajas?

—Es que hoy he tenido un día complicado —se excusó ella.

—Estamos en la hora del almuerzo y es momento de desconectar, así que olvídate del trabajo. Vamos, cuéntame un poco qué ha sido de tu vida.

Maia le devolvió una mirada vaga.

—No hay mucho que contar.

—¿Cómo que no? Siete años dan para mucho. Bueno, tendré que concretar y hacerte preguntas más específicas. Para empezar, ¿en qué universidad estudiaste? ¿Te gusta lo que haces? Me llevé una sorpresa al enterarme de que te dedicabas a temas de finanzas. Antes despotricabas de todo lo que estuviera relacionado con los números. ¿Qué fue lo que cambió?

—Como si no lo supieras... Yo no soy como tú, que hiciste lo que querías. Tuve que estudiar Finanzas y Comercio Internacional en Oxford por imposición de mi padre, pero es algo que no me termina de llenar. De cualquier modo, en última instancia fui yo la que eligió el puesto de trabajo en el que estoy ahora, una pequeña muestra de rebeldía por mi parte. —Sintió una punzada de rabia al recordar que quizás ella no había tenido la última palabra a la hora de acceder a ese trabajo, pero omitió decírselo.

—¿Muestra de rebeldía? ¿No le parece bien lo que haces en el museo?

—Pues no. Mi padre siempre ha querido que trabajara para él e intentó hacerme cambiar de opinión repetidas veces.

—Muy típico de él —farfulló entre dientes.

—Bastante ha controlado mi vida a nivel personal como para además tener que estar bajo su mandato en el terreno laboral. En eso no pensaba ceder, y aunque me costó, al final logré salirme con la mía.

—Me alegro por ti. Pero no le sentaría nada bien tu decisión, ¿verdad?

—Pues no. —Maia no estaba dispuesta a seguir hablando de su padre y decidió que era su turno para preguntar—. ¿Y tú? ¿Qué tal te ha ido por el mundo?

—Al comienzo fue muy duro —la miró con intención y ella bajó la vista a su plato, pinchando un bocado de ensalada—, pero debo reconocer que marcharme de Inglaterra supuso una gran salida profesional para mí. Estuve dos años en Brasil, formándome a pie de mina, y después me desplazé al sur de África. Viví a caballo entre Angola y Botswana durante otros tres años, hasta que me establecí en Rusia y fundé, con unos cuantos socios más, Geopros. A lo largo de este tiempo he recorrido medio mundo, pero también he aprendido mucho, casi todo lo que sé.

A Ewan se le iluminaba la cara mientras le narraba sus peripecias por aquellos países. «¡Qué envidia!», se dijo Maia con pesar. «Ha hecho lo que quería y ha visitado sitios que yo, por desgracia, solo me puedo imaginar». El rencor que sentía hacia su padre por haberla privado de una vida plena como la de Ewan le quemó las entrañas, y fue consciente de que, aunque en un futuro arreglaran las diferencias entre ellos, nunca llegaría a perdonarlo del todo.

Ewan no tuvo reparos en admitir que esos siete años fuera de Inglaterra le habían supuesto un gran espaldarazo profesional, pero omitió contarle que en

lo personal se había sentido incompleto. Le habría gustado que Maia hubiera estado a su lado, compartiendo cada logro y superando cada escollo en el camino. Aunque a simple vista esos años habían sido productivos para él, en realidad no había conseguido lo más importante: a ella.

—¿Y dónde irás ahora? —preguntó Maia con oculto interés—. Supongo que ya habrás hecho planes y tendrás decidido un nuevo país como destino.

—Pues no, te equivocas. —Ella le interrogó con los ojos—. Ya estoy cansado de viajar de un lado para otro, así que he decidido establecerme aquí de forma permanente.

Las alarmas se activaron en el cerebro de Maia. Hasta donde ella sabía, creía que solo estaba de paso por Londres con motivo de la boda de Sarah.

—Pero a ti siempre te ha gustado el trabajo de campo...

—Y me sigue gustando. No obstante, aunque puedo permitirme vivir sin ahogos, ahora que mi empresa ha despegado tengo ciertas obligaciones y la mejor opción es resolver los asuntos desde la civilización.

—¿Y por qué aquí y no en otro lugar?

—Londres siempre fue mi destino definitivo. —Ewan la miró con tal intensidad que ella sintió el fuego de sus ojos abrasarle el alma—. Tengo muy claro lo que quiero hacer el resto de mi vida. Y tú, ¿tienes claro qué hacer con la tuya?

Maia no supo qué contestarle. Si se paraba a meditarlo, debía reconocer que no se había marcado ningún objetivo importante a largo plazo. Hasta la fecha, se había limitado a trabajar y a salir los fines de semana. Quizás esa era la causa de que nunca hubiera sido feliz. O sí. Hubo un tiempo en el que sí lo fue, pero quedaba ya tan lejano que casi no se acordaba de lo que significaba ese sentimiento.

—Me conformo con mi trabajo en el museo.

—Pero antes has dicho que tu profesión no termina de llenarte.

—No, aunque esos vacíos los completan mis amigos y mi perro, disfrutar de su compañía. Para mí, es más que suficiente.

—¿Nada más? —Ewan no se lo creía—. ¿Y qué hay del amor?

—No lo necesito —contestó muy seria—. Eso queda fuera de mis expectativas. Demasiados quebraderos de cabeza.

—Pero no eres lo que se dice una beata —apostilló él, haciendo alusión a aquella noche en Spectra y al tipo de la barra con el que estaba flirteando. Y, por qué no decirlo, también a su encuentro en el callejón.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —respondió con voz agria.

—Tranquila, no pretendo juzgarte —le aclaró—. Es más, me alegra que te hayas convertido en una mujer tan desinhibida.

—¡Oye, sin faltar! —exclamó, ofendida por aquel comentario que le recordaba tanto al de su padre—. ¿Estás sugiriendo que soy una ligera de cascos?

—No estoy insinuando eso, solo que veo una gran transformación en aquella joven que yo conocí.

—Ya te dije que no soy la misma de entonces. ¿Podríamos cambiar de tema, por favor?

—Como quieras, aunque a mí me resulta muy interesante. —Sonrió con picardía—. Por cierto, ahora que lo recuerdo, ¿qué fue de tus aspiraciones de convertirte en autora de cuentos infantiles?

Maia se sorprendió de que aún lo recordara. Ella, después de aquella fallida experiencia en el mundo de las letras, casi lo había olvidado.

—Se quedaron ahí, en simples aspiraciones.

—¿Y eso por qué? Sé que ya tenías escrito algo, aunque nunca me dejaste leer nada. Lo guardabas como oro en paño.

—Descubrí para mi pesar que no había sido bendecida con el don de la escritura, y lo hice de la peor forma posible.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando conseguí acabar una serie de cuentos, me propuse la gran prueba de fuego: permití que los hijos pequeños de unos amigos los leyeran. Ya sabes lo que dicen de la amistad, que debe existir sinceridad entre ambas partes aunque duela. Pues el caso es que mis amigos creyeron conveniente no hacerme daño y me mintieron. Según ellos, a los niños les habían gustado, así que decidí dar el siguiente paso y conseguí una editorial independiente que me los publicó. Fue un auténtico fracaso. Las pocas críticas que tuve se ensañaron conmigo, acusándome de querer traumatizar al género infantil. Fue bochornoso.

Maia lo explicó con cara de espanto, gesticulando exageradamente, pero terminó por reír a carcajada limpia al recordar aquellas críticas tan mordaces, no carentes de originalidad. El paso del tiempo le había enseñado a relativizar aquel episodio y a mirarlo desde otra perspectiva. Ahora ya no le parecía trascendente, pero sí divertido.

Ewan no dijo nada, ni para bien ni para mal. Soltó el tenedor y apoyó la cara entre las manos mientras observaba a Maia con una expresión muy extraña.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras así?

Él siguió mirándola unos segundos más antes de contestar.

—Desde que regresé, es la primera vez que te veo reír abiertamente. Tus ojos brillan con una luz indescriptible que hacía años que no contemplaba. Y me gusta. Me gusta mucho.

Maia, abrumada por aquellas palabras, hizo como que no le había oído y se concentró en terminar su ensalada. No habló hasta que apuró el último trozo de lechuga.

—Bueno, creo que la comida ha llegado a su fin.

—Por desgracia —añadió Ewan—. El tiempo se me ha pasado volando.

Ella también opinaba lo mismo, pero prefirió no decírselo para no elevar su ego.

—Ha sido agradable —fue la única concesión que le regaló. Se levantó del asiento y asió su bolso, dispuesta a marcharse—. Gracias por la invitación.

—Espera. —Él la tomó de la mano cuando fue a recoger su móvil de la mesa—. ¿Cuándo podremos repetirlo?

—Solo hablamos de una comida, nada más.

—No, hablamos de más cosas. Ayer quedó pendiente otro tema que no hemos llegado a tratar.

—¿Respecto a qué?

—A lo de darme una segunda oportunidad. Como amigos, por supuesto —aclaró, al notar que ella torcía el gesto—. Hoy me he portado muy bien y creo que me la he ganado, ¿no? —agregó, componiendo una sonrisa angelical.

Maia, antes de irse, le respondió en la misma línea que el día anterior:

—No sé, me lo pensaré.

Capítulo 12

A pesar de que Maia tenía intención de mantener las distancias con Ewan, su plan no salió como esperaba. No sabía cómo lo había conseguido, pero poco a poco empezó a formar parte de su día a día como si nunca hubiera desaparecido. Se hacía el encontradizo con ella en los pasillos del museo con demasiada frecuencia, a pesar de que ambos estaban cargados de trabajo, y no dejaba de buscarla y sentarse con ella en la cafetería cuando la veía sola, cada vez que Helen se ausentaba para una rápida escapada con Chris Archer a la hora del almuerzo. Y si verlo en el museo no fuera suficiente, también se introdujo en su pequeño círculo de amistades, algo de lo que Sarah tuvo gran parte de culpa. Como estaba informada por la propia Maia de las últimas conversaciones entre ellos y sabía que habían limado asperezas, al menos en apariencia, se había permitido la licencia de invitarlo a unirse al grupo de amigos con los que salían de copas los fines de semana.

Al principio Maia se sintió un tanto incómoda y actuó con reservas, pero terminó por acostumbrarse a su presencia, y con el paso de las semanas comenzó a mirarlo con nuevos ojos. El comportamiento de Ewan era ejemplar, hizo honor a su palabra y se desenvolvía frente a ella como un amigo más, aunque de vez en cuando le descubría alguna mirada furtiva o un comentario extraño que ocultaba más de lo que pretendía aparentar. Se trataba de pequeños detalles, aunque a ella no le pasaban desapercibidos. En esos momentos saltaban chispas entre ellos, pero Maia siempre las apagaba de una forma u otra.

Ella sabía que aquello era algo temporal, porque muy pronto dejaría de verlo tan a menudo. El trabajo de Ewan en el museo no duraría mucho, ya

que se trataba de una exposición itinerante; de hecho, cerrarían sus puertas al público el día antes de la boda de Sarah. Y ella tenía sentimientos encontrados al respecto: por un lado, su vida volvería a la normalidad, pero en su fuero interno intuía que lo echaría de menos. Durante ese tiempo había tenido ocasión de conocerlo desde la perspectiva del adulto en el que se había convertido y no del adolescente de años atrás, y aunque no quería reconocerlo, le gustaba lo que veía. Era divertido, tenía una conversación interesante y, a excepción de esos momentos embarazosos que se producían de tanto en tanto, se encontraba a gusto en su compañía.

Los meses de junio y julio transcurrieron en un suspiro, y cuando Maia quiso darse cuenta ya estaban a las puertas de la boda. El fin de semana antes del enlace, Sarah y su prometido organizaron una despedida de solteros conjunta con los familiares y amigos más allegados. La cena, que tuvo lugar en un céntrico hotel de la capital, resultó muy agradable, aunque la verdadera diversión comenzó cuando tras los postres se trasladaron a un local cercano especializado en fiestas y despedidas. Un grupo de amigos comunes entregaron a la pareja diversos regalos de índole explícita, ideales para la noche de bodas y la luna de miel, que provocaron la hilaridad entre todos los asistentes, y después los disfrazaron de hawaianos para que fueran tomando ejemplo de lo que les esperaba en su viaje de novios a Hawai. Los obligaron a salir a bailar de esa guisa y ellos, encantados con la idea, arrastraron a la pista al resto de invitados.

La fiesta se alargó hasta medianoche, pero poco a poco los de más edad fueron abandonando el local hasta que solo quedaron los jóvenes, que decidieron desplazarse a otro sitio más acorde con sus gustos.

Maia había tenido una semana dura en el trabajo y le apetecía descansar, ya que los siguientes días se presentaban movidos con los preparativos de la boda de su mejor amiga, que a esas alturas ya estaba histérica. Mientras el

resto del grupo proponía diferentes locales adonde ir a continuación, ella se acercó a Sarah con la intención de despedirse de ella.

—Me lo he pasado muy bien pero ya no puedo más. Estoy agotada, así que me marcho a casa.

—¿Tan pronto? —Sarah hizo un mohín bastante exagerado. El alcohol le estaba empezando a pasar factura, habida cuenta de sus movimientos torpes y su voz pastosa.

—Lo que se dice pronto... Son más de las doce. Cuanto más tarde en irme más me costará encontrar un taxi. —Ella, previendo que bebería bastante, había decidido usar el metro como transporte. Sin embargo, a esas horas ya estaría cerrado.

—¿Un taxi? ¡Qué dices! Espera...

—No, Sarah... —Maia intentó detenerla, pero su amiga actuó rápido.

—¡Ewan! —gritó, buscando a su hermano con la mirada.

—¿Qué ocurre? —El aludido estaba justo detrás de ella y ni siquiera lo había visto.

—¡Ah, aquí estás! Oye, tú te has traído el coche, ¿verdad? Es que Maia ya se va a casa.

—Yo te llevaré —aseveró, mientras clavaba sus ojos en Maia.

—No quiero ser una molestia —respondió ella—. Puedo buscar un taxi.

—De eso, ni hablar —replicó Sarah—. Tú misma has dicho que te iba a costar encontrar uno.

—Pero...

—Mi hermana tiene razón —agregó Ewan—. Insisto: yo te llevo.

—De acuerdo, está bien —claudicó Maia.

—Tengo el coche aparcado a solo dos manzanas de aquí. Si me acompañas...

Se despidió de su amiga con un beso en la mejilla, le susurró al oído que

disfrutara mucho de su último fin de semana de soltería y siguió a Ewan. De camino al coche no habló mucho, solo lo imprescindible para agradecerle que la llevara a casa.

Era la primera vez que estaban completamente solos desde aquella tarde en su apartamento, sin gente que los rodeara. No habían vuelto a hablar de su relación pasada por expreso deseo de Maia, aunque ella intuía que aquello era solo una concesión temporal y en cualquier momento volvería a salir el tema. Y no sabía cómo afrontarlo. Por ese motivo, llegó al coche un tanto cohibida, sin mucho ánimo de mantener una conversación por lo que pudiera suceder. Tenía miedo de sí misma.

Ya en el interior del vehículo, Ewan rompió el silencio con un comentario intencionado:

—Supongo que te sigue gustando *el Boss*, ¿verdad? —Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Bruce Springsteen había sido, desde siempre, su músico preferido—. Por ahora, su discografía es lo único que tengo en el reproductor. No me ha dado tiempo a meter más —puntualizó con una sonrisa de disculpa que a Maia se le antojó falsa.

—Ya...

Ewan accionó un mando situado en el volante y la música inundó el habitáculo. Después, se incorporó a la calzada.

—¿Por qué estás tan callada? —le preguntó al fin. Si no la animaba a hablar, el mutismo de Maia se mantendría hasta que llegaran a su destino.

—Estoy cansada —fue la única excusa que se le ocurrió.

—Pues te aconsejo que me des algo de conversación porque yo también lo estoy y, si no me dices nada, voy a dormirme al volante.

Maia buscó un tema neutro que no supusiera controversia ni propiciara una charla comprometida para ella.

—Tengo entendido que la exposición ha sido un éxito. Enhorabuena.

—Gracias —dijo él, con una sonrisa en los labios.

—Muchos medios de comunicación se hicieron eco de la inauguración y durante estos dos meses ha habido una gran afluencia de público. Aún no he revisado los balances, pero creo el beneficio conseguido será considerable.

—Sí, la verdad es que, en ese sentido, todos los integrantes de Geoprospect estamos muy contentos.

—¿Vais a exponer en más sitios o esto ha sido solo puntual?

—Tenemos previsto trasladar la colección al Museo Estatal de Historia de Rusia para el mes de septiembre.

—Entonces, te quedarás allí un tiempo, ¿no?

Ewan desvió un instante la vista de la carretera y la fijó en ella.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente, si es eso lo que estás pensando —apuntó con ironía, antes de volver a prestar atención a la circulación—. Ya te dije que había decidido establecerme de forma permanente aquí.

—Solo he supuesto que, como has asumido las funciones de comisario de la exposición, harías lo propio en las restantes —se defendió ella.

—En esta ocasión, será otro socio que tiene residencia en Moscú quien se encargará de ese cometido. Yo me quedaré en Londres organizando la apertura de una de las filiales del grupo.

—¿Vais a abrir una delegación aquí? —preguntó, sorprendida—. Eso no me lo habías contado.

—Tampoco es que haya salido el tema en ninguna de nuestras conversaciones —acotó él—. Pero sí, y ahora que lo pienso, tenía que comentarte algo sobre eso.

—Dime.

—Voy a necesitar a alguien que se encargue de las finanzas, sobre todo al principio, porque a mí los números me superan. ¿Tú me ayudarías?

Maia se quedó pensativa.

—Podría sugerirte algún nombre. Conozco gente muy válida en la profesión.

—Creo que no me has entendido. Estoy ofreciéndote un puesto fijo en la empresa. A ti.

—¿A mí? Yo ya tengo un buen trabajo en el Museo de Historia Natural, ¿recuerdas?

—Este sería más relajado y dispondrías de mucho tiempo libre. Además, estaría muy bien remunerado.

—Ya me pagan bastante bien donde estoy.

—Puedo igualar la oferta y además añadir un plus por peligrosidad.

—¿Por peligrosidad?

—Tú y yo, trabajando en el mismo sitio..., imagínate lo que podría ocurrir —le dijo con voz intencionada.

—Eso está por ver.

—Entonces, ¿te lo estás planteando?

—¡Qué dices! —exclamó, escandalizada.

Ewan rompió a reír y, tras unos segundos, ella lo secundó.

A partir de ese momento, ella se relajó y el trayecto de vuelta a su casa se hizo mucho más llevadero. Iniciaron una animada charla, y aunque de vez en cuando se creaban silencios entre tema y tema, ya no eran incómodos, excepto el que se produjo cuando Ewan aparcó enfrente del portal de Maia.

—Ojalá estuviera lloviendo —señaló él con pesar, apoyándose sobre el volante para contemplar la noche despejada a través del parabrisas.

—No me engañarías una segunda vez —puntualizó ella, ufana.

—Te advierto que a lo largo de estos años me he convertido en un embaucador nato —musitó con voz sugerente.

El ambiente empezaba a ponerse tenso y estaban en un espacio reducido, así que Maia decidió que ya era hora de abandonar el coche. Fue a abrir la

puerta del copiloto cuando una vieja melodía comenzó a sonar en los altavoces, y su mano se quedó anclada en la manivela de apertura mientras le venían a la mente reminiscencias del pasado.

—¿Recuerdas esta canción?

¿Cómo podía olvidarla? *If I should fall behind* era su canción. La canción de ambos. Maia se quedó escuchándola con detenimiento y obvió contestarle. Hasta la fecha nunca se había parado a desgranar la letra, las connotaciones de su significado. Hasta ese instante.

«Dijimos que caminaríamos juntos pasara lo que pasara... Yo te esperaré... Y si me quedo atrás, espérame tú a mí... Juramos que viajaríamos, cariño, uno al lado del otro... Yo te esperaré... Y si me quedo atrás, espérame tú a mí...».

—¿En qué estás pensando? —Ewan rompió su momento de introspección.

—La letra... —Apartó la mirada para que no viera sus ojos al borde de las lágrimas.

—Maia... —Ewan se quitó el cinturón de seguridad y, acercando la mano a su mejilla, le hizo volver el rostro hacia él—. Yo siempre he tenido en cuenta lo que dice esta canción. En realidad, es lo que me ha ayudado cuando el mundo se me hacía demasiado grande. Cuando me acosaban los remordimientos. Cuando te echaba de menos y veía que no había esperanza.

—Yo no te he esperado.

—En cierto modo, sí lo has hecho. —Maia lo miró sin comprender—. Si me hubieras olvidado, habrías rehecho tu vida. Habrías conocido a otra persona y ahora no estaríamos aquí hablando de esto. Pero no ha sido así.

—No he rehecho mi vida porque perdí la capacidad de amar.

—Eso no es cierto. Maia, ¿a qué le tienes miedo?

Los ojos de Maia se tornaron vidriosos, así que apartó la vista a un lado

para que no viera cómo le afectaba aquella pregunta. Ella misma se la había hecho muchas veces y siempre le había costado hallar una respuesta, aunque en el fondo de su corazón la sabía a ciencia cierta.

—Tengo miedo a que me hagan daño de nuevo —terminó por sincerarse—. Ojalá nunca hubiera sucedido nada de esto.

Aquella confesión le afectó más que cualquier desplante, grito o reproche que ella le hubiera hecho con anterioridad, porque en esta ocasión estaba cargada de aflicción. No era el rencor el que hablaba por ella, sino la desolación de una mujer marcada por las circunstancias. Ewan observó el semblante abatido de Maia y soltó un juramento que no llegó a salir de su boca. Enfadado consigo mismo, se reprochó por enésima vez haber sido tan cobarde, dejándose avasallar y engañar por alguien tan ruin como Theodore Stuart. Ahora más que nunca, sintió todo el peso de la culpabilidad.

—Me arrepiento de muchos de mis actos, pero hay algo de lo que nunca me he arrepentido, y es de amarte. ¿Tú te arrepientes?

Ella quería contestarle que sí, pero no fue capaz. No solo le estaría mintiendo a él, sino que se estaría mintiendo a sí misma.

—No me arrepiento.

Ewan le tomó el rostro entre las manos y clavó sus ojos en los de ella. La mirada que Maia le devolvió expresaba miedo, inseguridad y dolor, pero oculto bajo todas esas capas vislumbró algo más, ese brillo tan especial de sus ojos color zafiro que le había regalado tantas veces en el pasado. Esta vez era diferente, esta vez intuía que Maia no se echaría atrás. Ella se mordió el labio inferior de forma inconsciente. Él reconoció ese típico gesto suyo, lo conocía muy bien: fue lo que estaba esperando para lanzarse de cabeza sin temor al rechazo.

Maia recibió su boca con recelo, pero él, cargado de paciencia, la ayudó a superar cualquier reserva. Se tomó su tiempo para que ella lo aceptara, hasta

que al fin entreabrió los labios en señal de rendición. Sus lenguas se enlazaron en una cadencia al principio lenta, reservada, que dio paso al ritmo exacerbado de la pasión reencontrada. Se besaron de una forma tal que jamás habían experimentado con anterioridad, porque nunca antes había estado tanto en juego. Un beso agrisado, repleto de emociones, que los envolvió por completo.

Aunque no duró mucho.

Contra todo pronóstico, Maia posó sus manos en el pecho de Ewan y lo apartó, rompiendo la magia del momento.

—Lo siento. No puedo...

Ewan se quedó descolocado. ¿Qué había sucedido?

—¿Por qué?

—Simplemente, no puedo.

—Maia, ¿qué es lo que te frena? Sé que has disfrutado de este beso tanto como yo.

—Ha sido solo un beso, y ya terminó.

—No, tu lenguaje corporal no miente y me dice que ardes en deseos de continuarlo. Algo ha ocurrido para que decidieras cortarlo de raíz. Y aunque quieras negarlo, ha sido más que un beso. Con él me has dado a entender que habías dejado atrás el resentimiento, que me perdonabas...

—Sí, pero... no es suficiente —consternada, su voz se convirtió casi en un susurro—. Tú y yo no podemos estar juntos de nuevo.

—¿Por qué no? ¿De qué tienes tanto miedo?

Maia se tomó su tiempo para contestar.

—No es miedo, es amor propio. Si retomara nuestra relación le estaría dando la razón a mi padre.

—¿La razón en qué?

—Respecto a que ahora sí que eres digno de estar conmigo. —Él la miró,

intrigado—. Eso fue lo que me dijo la última vez que discutimos, como dando a entender que teníamos su bendición.

—¿Su bendición? —Ewan soltó una carcajada repleta de ironía, aunque su semblante se convirtió en una dura piedra—. Un movimiento muy sibilino por su parte —dijo en tono agrio—. Maia, tu padre nunca ha sido trigo limpio, pero esto es digno de un auténtico maestro de la maquinación.

—¿Qué estás insinuando sobre mi padre?

Ewan fue a hablar, pero se lo pensó mejor. Debía medir sus palabras.

—¿No te das cuenta de que te está controlando incluso con ese pequeño comentario?

—Ya no volverá a controlarme nunca más. —Maia negó fervientemente con la cabeza—. Aquella pelea fue la definitiva, le dejé bien claro todo lo que pensaba de él, así que no creo que vuelva a meterse en mi vida.

—Has entrado en su juego y ni siquiera eres consciente de ello. Al pensar así estás concediéndole lo que quiere.

—Tú no lo comprendes. Después de aquella discusión, me juré a mí misma que jamás volvería a acatar las imposiciones de mi padre, ni para bien ni para mal, aunque vaya en contra de lo que realmente deseo.

—Maia, tú misma te contradices. Aunque hayas decidido romper con la tiranía de tu padre, sigues dejándote influenciar por él. La sombra de Theodore Stuart continúa pegada a tu espalda.

—Eso no es cierto —repuso, ofendida.

—Claro que lo es. Y estás utilizando esa excusa como escudo. En realidad, tienes miedo a comprometerte.

¿Por qué siempre daba en el clavo? ¿Tan bien la conocía? Con esa afirmación acababa de ponerla entre la espada y la pared. No podría rebatírsela sin desnudar su alma, y eso quedaba fuera de toda discusión. Tenía que salir de allí cuanto antes.

—Adiós, Ewan.

Maia abrió la portezuela del coche y echó a correr hacia el portal de su casa, mientras él se quedaba con el brazo en el aire intentando detenerla. Antes de que desapareciera en el interior del edificio, Ewan salió y le gritó a voz en cuello, para que no hubiera duda de que le había escuchado:

—¡Piénsalo bien, y cuando hayas superado tus miedos, te estaré esperando!

Capítulo 13

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Bien, mamá. ¿Y tú?

—Te echo de menos. ¿Por qué no vienes a casa a tomar el té, charlamos de nuestras cosas y de paso me ayudas a elegir las joyas que me pondré el sábado?

—Mamá...

—Sí, lo sé, no quieres venir para no encontrarte con tu padre. Y lo entiendo, aunque tarde o temprano tendrás que verlo, quieras o no. Sin ir más lejos, dentro de tres días, en la boda de Sarah. ¿O es que vas a ignorarlo delante de todo el mundo?

«Ya me gustaría, ya...».

—Sabes que no lo haré, aunque ganas no me faltan. —Se oyó un suspiro ahogado a través de la línea—. Entonces, ¿para qué adelantar acontecimientos?

—Hoy no tienes por qué preocuparte: él no va a estar aquí. Hace un rato recibió una llamada que lo dejó bastante alterado y le hizo salir a toda prisa. Me dijo que no lo esperara, como mínimo, hasta la hora de la cena. Así que, por favor, dime que vendrás...

Nunca había podido negarle nada a su madre, y ahora menos. Ella, que siempre había ejercido de intermediaria conciliadora entre padre e hija, después de aquel desencuentro no intentó forzar un acercamiento ni insistió en que arreglaran sus disputas. No se lo había dicho abiertamente, pero con esa actitud estaba dejando claro lo que pensaba de las maquinaciones de Theodore Stuart, y ella no podía hacer más que agradecerle su apoyo, aunque

fuera de esa forma. Si le pedía que fuera a verla, iría.

—De acuerdo, iré. Pero no me quedaré mucho, tengo que acompañar a Sarah a la última prueba de su vestido y no me gustaría llegar tarde.

—¡Fantástico! —Ornella no podía estar más contenta—. Aquí te espero, querida.

Maia dejó el móvil sobre la mesa y consultó la hora. Todavía le daba tiempo a leer otro informe antes de arreglarse para salir. Se había tomado libres los últimos días previos a la boda para ayudar a Sarah en todo lo que necesitara, pero seguía trabajando con su portátil desde casa. En realidad, lo hacía porque necesitaba mantener la mente constantemente ocupada para no pensar en Ewan, aunque le estaba resultando muy difícil.

No había vuelto a verlo desde la despedida, pero sus pensamientos siempre se dirigían a él, a la última conversación que mantuvieron, y en vez de sacar algo en claro, cada día estaba más confundida. ¿Y si se estaba equivocando al cerrar las puertas a una posible reconciliación? Había tildado a Ewan de cobarde muchas veces, y en realidad ella era la primera que actuaba como tal desde hacía mucho tiempo. Pero le daba miedo arriesgarse y volver a sufrir...

Cuando Maia llegó a la residencia Stuart una hora después, su madre la recibió con los brazos abiertos y una sonrisa esplendorosa, a pesar de todo lo que estaba sufriendo por dentro. Le dolía en el alma lo que había sucedido entre padre e hija, pero en este caso no podía darle la razón a su marido. Se había extralimitado, haciendo daño reiteradamente a la persona que, junto con él, más quería en el mundo, y eso era algo que no podía pasar por alto.

Entraron en el salón y se sentaron en el gran sofá, una junto a la otra. Ornella tomó de las manos a Maia y se quedó mirándola con gesto preocupado.

—¿Qué te ocurre, mi amor? Te noto la mirada apagada, algo te preocupa.

¿Es por lo de tu padre?

—Sí y no. Al final, todo está relacionado.

—Te refieres a Ewan, ¿verdad?

¡Cómo la conocía! Su madre, muy prudente, no le había reprochado nada tras enterarse de su historia con él, pero sabía que en el fondo se sentía algo dolida por no haberle confiado su secreto cuando aquella relación se rompió. Ahora se arrepentía de no haberlo hecho, habría sido un gran apoyo para ella.

—Sí, y no puedo sacármelo de la cabeza.

—Si quieres desahogarte, adelante. —La animó con un fuerte apretón—. Yo intentaré ayudarte en todo lo que pueda.

Maia le explicó a grandes rasgos la conversación con Ewan, su miedo a comprometerse y lo que le habían dado en qué pensar sus últimas palabras. Ornella la escuchaba con el semblante impertérrito, aunque por dentro estaba emocionada de que al fin se hubiera abierto a ella.

—Mamá, estoy muy confundida. No sé qué hacer.

—Cariño, tú misma sabes la respuesta, no necesitas que nadie te aconseje.

—Pero...

Ornella hizo un aspaviento con la mano.

—Olvídate de tu padre, de lo que quiera o deje de querer, y piensa solo en ti misma, en tu felicidad. ¿Qué es lo que quieres tú? Escucha a tu corazón. ¿Qué te dice?

Para su sorpresa, Maia no tuvo que pensar mucho la respuesta. Brotó de sus labios con una facilidad pasmosa.

—Que le dé otra oportunidad a lo nuestro.

—¿Ves? Pues eso es lo que tienes que hacer.

—Pero quizás ya sea demasiado tarde. Ha pasado demasiado entre nosotros y tengo mis dudas de que pueda funcionar.

—Así es la vida, mi niña, una continua incertidumbre, pero no por ello

debemos escondernos ni caer en la pasividad para evitar cometer errores. Todos nos equivocamos en algún momento, aunque eso también tiene su lado positivo.

—¿Y cuál es?

—Así aprenderemos a no repetir lo que hemos hecho mal. No hay que dejar que las cosas sucedan sin más, manteniéndonos al margen de todo: tenemos que ser actores protagonistas de nuestra propia historia. —Ornella hizo una pausa para tomar aliento y continuó—: Maia, con todo esto quiero decirte que cualquier decisión que tomes será la correcta, pero solo porque la has elegido tú. Eres una mujer adulta, debes vivir tu vida sin pensar en el pasado ni dejarte influenciar por los demás.

Cada día admiraba más a su madre, era una mujer excepcional. Se refugió entre sus brazos, como cuando era pequeña, y simplemente dejó que pasara el tiempo, embriagada por el delicado aroma su perfume y por su amor incondicional. Ojalá pudiera estar siempre así: con ella se sentía segura, le transmitía la fuerza que necesitaba para continuar.

Su móvil comenzó a sonar de forma insistente y, a regañadientes, tuvo que romper antes de tiempo ese momento tan especial entre madre e hija.

—Perdona, mamá, debo contestar —dijo Maia, tras ver que era Helen quien llamaba—. Dime, Helen... No estoy en casa ni tengo a mano mi portátil... Puede ser, espera. —Maia tapó el auricular y se volvió hacia su madre—: ¿Podría utilizar el ordenador del despacho? Necesito revisar mi correo.

—Por supuesto, cariño, no hacía falta ni que lo preguntaras.

—Gracias. —Maia volvió a su conversación con Helen—. Ahora mismo estoy en casa de mis padres, pero enseguida te contesto.

Después de disculparse con Ornella, Maia fue al despacho y se sentó frente al escritorio de su padre. Se sintió rara: habían sido pocas las veces que

había ocupado ese gran sillón de cuero que olía a él, y tuvo la sensación de que estaba cometiendo alguna falta, como cuando era pequeña y se colaba allí a escondidas para jugar. Con cierto pero injustificado nerviosismo, esperaba que en cualquier momento su padre entrara por la puerta y la amonestara por estar donde no debía.

Le extrañó encontrarse el ordenador ya encendido y la sesión de su padre abierta. Él era muy reservado en ese aspecto, no le gustaba dejar nada a la vista para que alguien pudiera husmear en sus asuntos —Maia rio por la ironía que aquello implicaba—, así que supuso que cuando le llamaron estaría trabajando en algo y se le olvidaría apagarlo con las prisas.

No quiso tocar nada y fue directamente al navegador. Accedió a su cuenta de correo, abrió el mensaje que Helen le acababa de enviar y estuvo revisando el archivo adjunto durante unos minutos. Tras responder al email, cerró la ventana y se cercioró de que dejaba todo como lo había encontrado. Por simple curiosidad, echó un rápido vistazo a la pantalla del escritorio: estaba repleto de carpetas, pero una en concreto llamó poderosamente su atención, tanto como para hacer que su mano se quedara congelada sobre el ratón. «MS&EC», leyó una y otra vez mientras el puntero se movía tembloroso alrededor del icono. Esas siglas le resultaban sospechosamente conocidas.

Maia alzó la cabeza y agudizó el oído. Su madre estaba hablando por teléfono en el salón, y parecía muy entretenida. Jamás había fisgoneado en el ordenador de su padre, ni siquiera había tocado sus papeles por error, pero en esta ocasión hizo caso omiso a lo que la voz de su conciencia le gritaba. No sabía por qué, pero intuía que ahí iba a encontrar algo relacionado con ella.

Y así fue.

La carpeta «MS&EC» era un compendio de documentación recabada sobre ella a lo largo de los años por un investigador privado. Allí estaba todo:

diversos informes en los que se detallaba cada uno de los movimientos que había hecho desde que tenía memoria, tanto a nivel laboral como personal, un sinfín de instantáneas tomadas sin su consentimiento... Toda una vida resumida en varios archivos y multitud de fotografías. No le pilló por sorpresa lo que acababa de encontrar, ya sabía que su padre había ordenado que la siguieran; lo que más le dolió fue la crudeza y la falta de consideración con la que él había llevado ese asunto, permitiendo que un desconocido invadiera la intimidad de su propia hija... y la de Ewan. Porque sí, él también había sido investigado.

Maia sintió náuseas y se levantó del sillón sin molestarse en cerrar la carpeta. Comenzó a dar vueltas por el despacho como un animal enjaulado, deseando tenerlo delante para regalarle todos los epítetos que aún no habían salido de su boca, aunque... habría dado igual. Había descubierto que su padre era inmune a lo que opinaba de él.

Abatida, apoyó las palmas sobre una mesa auxiliar donde estaba ubicada la máquina destructora de documentos y dejó caer la cabeza. Mantuvo los ojos cerrados durante un buen rato, hasta que decidió que ya era hora de largarse de esa casa. Al abrirlos de nuevo, lo primero que vio fue una carpeta de la que sobresalían diferentes extractos bancarios. No le habría dado importancia si no fuera porque estaban colocados sobre la pila de papeles a destruir, y su padre siempre había guardado todo lo relacionado con el dinero.

Quizás había decidido hacer limpieza y se tratara solo de información obsoleta, pero no pudo evitar coger uno para ver de qué se trataba. Aquello no tenía sentido: debía de tratarse de una equivocación. Abrió la carpeta y empezó a revisar papel por papel. Su especialidad eran las finanzas, así que no tardó mucho en relacionar todos esos números y datos, en apariencia inconexos. Y la conclusión que sacó fue demoledora: lo que tenía delante era la prueba documentada del blanqueo de capital y los sobornos a los que Ewan

había hecho alusión, con los que se podría haber imputado a su padre. Comunicaciones entre ambas partes, transacciones de importantes sumas de dinero a una cuenta ubicada en un paraíso fiscal, negocios fantasma... Las fechas no dejaban lugar a dudas, aunque había un punto en concreto que no se ajustaba a la versión original descrita por él.

Maia notó un escalofrío recorrerle la espina dorsal cuando fue consciente de las repercusiones de lo que acababa de descubrir. La carpeta se deslizó entre sus manos, que temblaban sin control, pero después de recogerla y dejarla donde estaba tuvo que sentarse en la primera silla que encontró, porque las piernas también le estaban fallando. No podía ser verdad, aunque lo era. Toda esa documentación no apuntaba a James Collins como culpable, sino a otra persona.

Theodore Stuart.

Su propio padre.

Capítulo 14

El enlace, que tuvo lugar en la iglesia de Santa Margarita, situada en las proximidades de la abadía de Westminster, resultó muy emotivo. Sarah no pudo evitar derramar las lágrimas cuando el pastor hizo mención a su difunto padre, e incluso Ewan, que actuó como padrino de su hermana, tuvo que aclararse la garganta en un momento dado.

Cuando terminó la ceremonia, los invitados salieron del templo para recibir a la flamante pareja de recién casados. Maia fue una de las primeras personas en acercarse a ellos en cuanto cruzaron el portalón de entrada. Su amiga se veía tan guapa, tan radiante... El sueño de Sarah se había hecho realidad, y ella se sentía feliz de estar allí para ser partícipe de su dicha. Si no hubiera asistido a la boda, se habría arrepentido toda la vida.

Felicitó a la pareja con sendos besos, les deseó mucha suerte y se apartó a un lado para permitir que el resto de los asistentes pudieran hacer lo mismo. Se quedó rezagada en el porche, observando cómo los novios eran rodeados por la multitud, mientras volvía a darle vueltas a los dos temas que habían copado todos sus pensamientos desde hacía días.

Lo que había hecho su padre no tenía nombre. A pesar de su carácter difícil, a pesar de la forma con que la había tratado desde que tenía uso de razón, nunca había dudado de su integridad. Pero hasta en eso se había equivocado. La había defraudado en todos los sentidos. ¿Qué catadura moral tenía un hombre que no solo había cometido un delito, sino que además se atrevía a utilizar la memoria de quien decía que fue su amigo para acusarlo de algo que él mismo había hecho y así desviar la atención?

Antes de abandonar la residencia de los Stuart había dejado todo en su

sitio, aunque no se explicaba cómo fue capaz de hacerlo, dado el estado en el que se encontraba. Lo que había descubierto era muy grave. Por principios no debería callar, tendría que haberlo puesto en conocimiento de las autoridades nada más enterarse, porque silenciar un hecho de esa magnitud la convertía directamente en cómplice; pero... se trataba de su padre. A pesar de todo, el sentimiento de lealtad hacia su familia seguía arraigado en ella. Y ahora, ¿qué podía hacer?

De cualquier modo, había algo que tenía muy claro: Ewan debía saberlo. Después de lo que había ocurrido, después de todo lo que su propio padre le había hecho, estaba en la obligación de contárselo. Ni se imaginaba cómo se habría sentido durante esos años, cómo había podido vivir con la idea de que su padre no fuera una persona honrada. Al menos, así podría limpiar a nivel particular la imagen que conservaba de él, que su buen nombre quedara restablecido.

Todo estaba relacionado entre sí, y a lo largo de esos últimos días también había tenido tiempo para pensar en Ewan, en lo que sentía por él, en sus dudas... Sus últimas palabras la noche de la despedida de Sarah habían causado efecto, y Maia terminó por admitir que él llevaba razón. Se había obcecado con la idea de llevarle la contraria a su padre, pero ahora se daba cuenta del error que estaba cometiendo, y no solo por lo que había descubierto. Antes incluso de saberlo ya era evidente, aunque no quería reconocerlo: a pesar de que se enfrentaba a él una y otra vez, fingiendo que no se dejaba influenciar por lo que dijera o hiciese, Theodore Stuart ejercía un gran dominio sobre ella, y lo seguiría ejerciendo hasta que actuara en verdad movida por sus propios intereses, independientemente de lo que él opinara. Pero ¿por qué le importaba tanto? No había más motivo que el estúpido orgullo. Quería ganarse su respeto por méritos propios, demostrándole que era una mujer adulta y sus decisiones tanto o más

acertadas que las de él.

Demasiado tiempo con aquella venda en los ojos, pero ya se había terminado. A partir de ahora todo iba a ser diferente. Sin embargo, antes necesitaba atar unos cuantos cabos sueltos para poder avanzar, de verdad, en todos los sentidos. Aunque estaba decidida.

Una mano conocida se posó con elegancia sobre su hombro y la sacó de sus cavilaciones.

—Maia, querida...

Era consciente de que tarde o temprano se encontraría con ellos, dado que también estaban invitados a la boda. Respiró hondo, preparándose para el cara a cara con su padre, que a buen seguro estaría al lado de ella, y se dio la vuelta.

—Hola, mamá.

—Cariño, estás guapísima. —Ornella besó a su hija en la mejilla y después la tomó de las manos, aprobando el modelo que había elegido para la ocasión con una sonrisa resplandeciente.

—Tú también lo estás, y mucho. Eres un ejemplo para mí, siempre vas tan elegante...

Tras el cálido saludo, Maia escudriñó con la mirada entre la gente y compuso una expresión de incredulidad.

—No te molestes en buscarlo. Tu padre no ha venido.

—¿Ha ocurrido algo? —Que ella supiera, era la primera vez que Theodore Stuart no acompañaba a su esposa a un evento de esas características, así que le resultó muy extraño.

—No lo sé, hija, no lo sé. —Movié la cabeza a ambos lados y suspiró—. Desde el día que viniste a visitarme tu padre está muy raro. Cuando llegó, se encerró en su despacho y no salió hasta las tantas. Sé que no durmió porque no hacía más que dar vueltas en la cama, y en cuanto amaneció volvió a lo

mismo: ha estado estos dos últimos días colgado del teléfono, metido en su estudio y sin querer hablar conmigo. Lo veo muy nervioso, irascible, actúa conmigo como nunca lo había hecho... Sin ir más lejos, lo de esta misma mañana. Cuando le he avisado de que debía ir arreglándose para la boda, me ha gritado de muy malos modos que no pensaba asistir, que tenía algo más importante que hacer. Así que lo he dejado allí, en casa, y me he venido yo sola. —Ornella levantó las manos en señal de impotencia—. No podía hacerle ese feo a los Collins. Pero Maia, estoy muy preocupada por él. ¿Qué le puede estar pasando?

Ella tenía una ligera idea, pero no quería levantar la liebre sin estar segura para no inquietarla más. Si era lo que estaba pensando, su madre terminaría por saberlo. Solo esperaba que fuera el mismo Theodore Stuart quien se lo contara, porque sería horrible que se enterara por otros medios. Entonces tomó una decisión: aunque no le apetecía lo más mínimo volver a enfrentarse a su padre, por el bien de su madre haría de tripas corazón y tendría una charla con él sobre dicho asunto. Ahora lo único que podía hacer era intentar tranquilizarla para que disfrutara del día.

—Habrás surgido algún problema en su trabajo, pero ya verás cómo en unos días él mismo te lo explica y te pide disculpas por su comportamiento. —Al menos, confiaba que fuera así, porque su madre era la única persona a la que, hasta la fecha, siempre había tratado con respeto—. Ahora, procura olvidarlo todo durante un rato, que estamos aquí por un motivo alegre. —Ornella hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza—. ¿Quieres que te acerque al lugar de la celebración?

—Gracias por el ofrecimiento, cariño, pero me ha traído el chófer de tu padre. Ahora mismo está esperando para llevarme al banquete.

—En ese caso, te veo allí. ¡Y sonríe, por favor!

No le gustaba verla así, tan apagada, y condujo todo el trayecto con una

desazón molesta en su interior. Theodore Stuart tendría que dar muchas explicaciones por sus actos, pero la aflicción que estaba haciendo sentir a su esposa era injustificable.

Fue una de las primeras personas en llegar a Pembroke Lodge, una mansión georgiana del siglo dieciocho localizada en el punto más alto del parque Richmond. Era un lugar con encanto, rodeado de espléndidos jardines y unas vistas envidiables del valle del Támesis, que enamoró a Maia nada más cruzar su impresionante entrada.

En cuanto hubo aparcado buscó el salón Belvedere, el espacio reservado para la recepción. Situado en la planta baja, junto al acceso había unos carteles con la lista de invitados y su correspondiente ubicación en el interior de la sala. Tras un rápido vistazo, encontró su nombre y sonrió: estaría sentada junto a varios amigos de toda la vida en una de las mesas más cercanas a la de los novios. Como siempre, Sarah había decidido que tenía que estar junto a ella.

Poco a poco la gente fue llegando, y Maia ocupó su sitio. La cena resultó mejor de lo que esperaba y no paró de reír por las ocurrencias de los otros comensales, pero de cuando en cuando desviaba la mirada hacia la mesa presidencial en busca de una persona en concreto. Y esa persona parecía que le leía la mente: en cuanto clavaba la vista en él, Ewan se volvía hacia ella, independientemente de lo que estuviera haciendo. Sus ojos se encontraban durante unos segundos, pero tras ese lapso Maia rompía el contacto visual y volvía a prestar atención a lo que se hablaba a su alrededor.

Después de que hubieron cortado la tarta, los novios se levantaron y empezaron a pasear entre las mesas para agradecer a los invitados su presencia, pero tuvieron que posponerlo para más tarde cuando la intensidad de las luces disminuyó y fueron iluminados por un potente foco. Entre risas, se situaron en el centro de la pista y esperaron a que comenzaran a sonar los

acordes de un clásico vals vienés, pieza con la que abrieron el baile.

Maia los observaba desde su mesa, y comprobó con agrado que las clases de baile tomadas semanas atrás habían dado su fruto, porque hasta la fecha Sarah había sido una negada para la danza. Al igual que el resto de asistentes, estaba muy pendiente de la pareja, pero un presentimiento le hizo desviar la mirada y vio algo que acaparó de lleno su atención: Ewan caminaba directo hacia ella.

Sabía que iba en su busca porque tenía los ojos clavados en los suyos, y lo ratificó cuando llegó a su lado y extendió el brazo hacia ella.

—Es costumbre que el padrino y la dama de honor bailen a continuación de los novios —la informó, sonriente.

Maia puso en duda esa práctica, pero aun así la aceptó y se levantó de su asiento. Tras recoger con una mano la pequeña cola de su vestido de piel de ángel en color rojo, caminó junto a él hasta el centro de la pista, donde los recién casados seguían siendo los únicos que bailaban.

Ewan la tomó de la cintura, acercándola a su pecho con decisión. Las manos cálidas al final de su espalda provocaron en Maia un inquietante escalofrío, pero cerró los ojos y se dejó llevar por él al son de la música, abandonándose al momento.

—A la salida de la iglesia me he encontrado con tu madre, pero no he visto a tu padre.

—Es que no ha venido.

—¿Ha ocurrido algo?

—Ya te lo contaré más tarde, ahora no me apetece hablar de eso. Solo quiero disfrutar de este baile.

—Pero ¿estás bien? —Ewan, preocupado, se apartó un poco para mirarla a la cara.

—Mejor que nunca —contestó ella, apoyando la cabeza en su hombro.

Aquel gesto y sus palabras, aunque a simple vista no daban a entender nada en concreto, sonaron como música para los oídos de Ewan. Sus dedos se tensaron y los pulgares trazaron pequeños círculos concéntricos sobre la piel desnuda de la espalda de Maia, conteniendo a duras penas las ganas de estrecharla entre sus brazos como a él le gustaría.

Continuaron con el baile en el más absoluto silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. El de Maia fue una revelación, porque acababa de caer en la cuenta de que era la primera vez que bailaban juntos en público. Una sensación novedosa para ella, ya que en el pasado siempre habían guardado las apariencias para ocultar su relación, pero tuvo que reconocer que le gustaba ese cambio. Es más, se sentía muy a gusto rodeada por sus brazos.

La canción llegó a su fin, pero ninguno de los dos hizo amago por separarse del otro hasta que Maia abrió los ojos y reparó en que todo el mundo los estaba mirando, incluida Sarah, que se había detenido junto con Peter en medio de la pista y mostraba una incipiente sonrisa de reconocimiento en sus labios.

—Será mejor que abandonemos la zona de baile —dijo Maia por lo bajo.

—Está bien —respondió Ewan con voz resignada, reacio a apartarse de ella.

—Ewan... —Maia parecía dudar, pero terminó por lanzarse—, me gustaría hablar contigo de algo importante. A solas —añadió, consciente de que allí estaban rodeados de gente.

—Salgamos al jardín —propuso él a toda prisa, tomándola de la mano sin pedir permiso para guiarla hacia la salida.

Los jardines de Pembroke Lodge, por esas fechas cuajados de flores, eran impresionantes. Si no fuera porque Maia estaba atacada de los nervios, le habría propuesto que caminaran más despacio para apreciar en todo su

esplendor la belleza de aquellos parajes, pero él no aminoró la marcha hasta que encontró una zona despejada. El tiempo había sido benévolo en esa cálida tarde de agosto, propiciando que, como ellos mismos, algunas parejas huyeran del baile para buscar un lugar más íntimo, y los jardines eran la mejor opción. El sol ya estaba bajo en el horizonte cuando Ewan detuvo sus pasos y la invitó a sentarse en un banco desde el cual, a lo lejos, se apreciaba la catedral de san Pablo y el castillo de Windsor. Solo entonces, se volvió hacia ella y la interrogó con la mirada.

Maia se tomó su tiempo para hablar. Era un tema muy delicado y tenía miedo de su reacción, aunque no sabía si le preocupaba más que Ewan saliera corriendo a denunciar a su padre o que después de todo lo que había insistido para que le diera otra oportunidad, ahora la rechazara sin más. Podría soportar lo primero, pero lo segundo... Rezó para no tener que experimentarlo.

—Antes de nada, quiero contarte algo que creo que debes saber.

—Te escucho —contestó él, atento a aquello que le tuviera que decir. Parecía algo serio, a tenor del tono tan formal que ella acababa de utilizar.

—Yo... hace tres días averigüé algo muy grave que está relacionado con lo que me contaste de tu padre, lo del blanqueo de capital y los sobornos. — Ewan alzó una ceja, perplejo por el rumbo que estaban tomando los acontecimientos, aunque no la interrumpió mientras intentaba explicarse—. No sé cómo decírtelo para que no te pongas hecho una furia, pero en este caso no puedo edulcorar la verdad, así que ahí va —Maia respiró profundamente y se lanzó—: mi padre te mintió, el tuyo jamás estuvo involucrado en esos tejemanejes ilegales. Lo sé con certeza porque he descubierto que el verdadero culpable es mi padre.

Ewan no pareció sorprendido con su declaración. Es más, incluso se permitió mostrar una leve expresión de alivio. No dijo nada, apartó la vista unos instantes para reflexionar y después, para sorpresa de Maia, sonrió con

tristeza.

—¿Lo sabías? —preguntó ella, atónita.

—Sí —respondió con naturalidad.

—¿Todo?

—Sí —repitió.

—¿Desde cuándo?

—Hace más de cuatro años. Lo sospeché casi desde el principio, jamás llegué a creer del todo que mi padre hubiera estado metido en esos asuntos tan turbios, pero no conseguí las pruebas que respaldaran mis suposiciones hasta al cabo de unos años, cuando volví a Londres una temporada y me puse a ordenar los papeles de mi padre. De hecho, estoy convencido de que sufrió el infarto tras enterarse de todos los chanchullos que ocultaba su «supuesto» amigo —recalcó, con ironía mal disimulada.

Maia no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Y por qué no dijiste nada, ni a mí ni a nadie? ¿Por qué no lo denunciaste?

Ewan le dirigió una mirada brutalmente intensa que le incendió el alma.

—Por ti.

—¿Por mí?

—Si hubiera destapado la verdad, se habría producido un escándalo de dimensiones infinitamente mayores que en el supuesto de que el verdadero culpable hubiera sido mi padre, y a ti te habría salpicado sin remedio. Ten presente que por aquel entonces Theodore ostentaba el cargo de ministro y tú aún eras muy joven, así que los medios te habrían destrozado la vida. Además, y esta fue la razón más importante que me llevó a callar, tú siempre sentiste debilidad por tu padre: aunque no quieras admitirlo, lo tenías idealizado, y destruir el mito que habías creado en torno suyo no habría servido para reconciliarnos, sino para alejarnos aún más el uno del otro.

Como ves, Theodore Stuart siempre influyó en ti, directa o indirectamente, pero solo porque tú lo consentiste.

Maia agachó la cabeza, reconociendo que estaba en lo cierto.

—¿Y permitiste que mi padre empañara el buen nombre del tuyo solo por mí? ¿Por qué dejaste que quedara impune lo que hizo? —dijo con voz quebrada.

—No dejé que se fuera de rositas, tampoco soy tan buen samaritano. Nunca lo sabré a ciencia cierta, pero cuando comprendí que había una gran posibilidad de que mi padre hubiera muerto por su culpa, decidí que él iba a sufrir las consecuencias y le di donde más le dolía, le pagué con la misma moneda que él había utilizado conmigo. ¿Por qué crees que tu padre no se presentó a unas segundas elecciones, cuando su vida siempre ha girado en torno al poder? Porque hablé con él, ya con las pruebas que lo inculpaban en la mano, y le amenacé con sacarlo todo a la luz pública si no se retiraba de la política tras agotarse su primer mandato.

Ahora lo entendía todo. Aquello parecía surrealista, pero la versión de Ewan cuadraba a la perfección. ¿Cómo había podido estar tan ciega?

—Lo siento tanto...

—Maia, no tienes que disculparte por las mentiras y maquinaciones de tu padre.

Ella lo sabía, pero aun así se sentía en cierto modo culpable. Y después de aquella confesión, había llegado el momento que más estaba temiendo. La relación con Ewan estaba desecha, su padre se había encargado de eso, pero después de una gran lucha interna había decidido dejar de lado la razón para escuchar al corazón. Y su corazón le había hablado. Trataría de juntar los trozos rotos que componían aquella relación fallida, aunque antes debía saber si Ewan aún seguía dispuesto a intentarlo junto a ella.

Las dudas comenzaban a asaltarla de nuevo, pero esta vez no podía

permitirse vacilar. Se jugaba mucho con lo que estaba a punto de preguntarle, así que se armó de valor para afrontar su respuesta. Que fuera lo que tuviera que ser.

—Ewan, ¿aún sigue en pie tu propuesta?

—¿Respecto a qué? —inquirió él, aunque su semblante le decía que sabía perfectamente a qué se refería.

—A que me esperarías.

—Siempre —afirmó, contundente—. Una promesa es una promesa.

—¿Crees que aún hay esperanza para lo nuestro?

—No lo he dudado nunca. Solo estaba esperando a que tú te dieras cuenta de ello.

—Yo... —titubeó—... estos últimos días he tenido mucho en qué pensar.

—¿Y?

—He llegado a una conclusión: quiero ser feliz, y mi felicidad pasa por que tú estés conmigo. Sin miedos, sin dudas. Todo eso ha quedado atrás. He decidido que tengo que ser valiente y, si es necesario, luchar con uñas y dientes para conseguir aquello que deseo.

—¿Estás segura?

—Sí. Me ha costado, pero al fin he superado mis miedos, tal y como tú dijiste que tenía que hacer.

—¿Todos?

—Todos. Tanto en la relación con mi padre como... como en lo que siento por ti.

Ewan se quedó mirándola muy serio. Maia acababa de confirmar lo que él ya sabía desde hacía tiempo.

—Quizá no era esto lo que querías oír... —agregó ella, al ver que no decía nada.

—Calla —la interrumpió—. Esto era lo único que quería oír.

Ewan la abrazó con fuerza y se abalanzó sobre su boca como un animal hambriento. Se había estado conteniendo desde el baile, desde su reencuentro, desde siempre..., pero ya no podía esperar más. La besó con todo el ardor que podía demostrar, expresándole sin palabras que lo que sentía por ella era real, que la había echado mucho de menos y nunca había dejado de luchar por ella, que al fin se abría una nueva puerta ante ellos... Un beso con añoranzas del pasado, emociones del presente y esperanzas de futuro.

Maia, feliz como hacía mucho que no se sentía, dio rienda suelta a todos aquellos sentimientos que por tanto tiempo había reprimido en su interior. Nunca había dejado de amarlo, aunque ese amor estuvo oculto durante años bajo una pátina de resentimiento y desilusión tan dura como una roca. Al fin, las cosas estaban como siempre habrían tenido que estar. No sabía lo que les depararía el futuro, fueron muchos años perdidos y demasiados los dilemas y las tribulaciones que había tenido que afrontar, pero lo que sí sabía era que iba a poner todo su empeño en que aquella historia tuviera su continuación. En ese momento se ponía punto y final a una era sombría para dar comienzo a otra llena de luz.

Y allí, con la puesta de sol como marco incomparable de aquel epílogo con aires de prólogo, sellaron las bases para un nuevo comienzo. Juntos.

Epílogo

—¿Adónde me llevas?

—No seas curiosa. Es una sorpresa.

Maia resopló de forma vehemente y giró la cabeza a un lado. A saber lo que se le habría ocurrido en esta ocasión, porque cada día la sorprendía con algo nuevo. Para evitar comerse la cabeza con algo que dentro de poco descubriría por sí misma, comenzó a hacer balance de lo sucedido en el último mes.

Tras la boda de Sarah, se habían propuesto firmemente recuperar el tiempo perdido. Aprovechando que ella tenía todo agosto de vacaciones y que Ewan estaba un poco más descargado de trabajo después de la clausura de la exposición de diamantes, habían decidido cumplir uno de sus sueños más anhelados: viajar juntos a la costa este de Estados Unidos. Boston, Nueva York, Filadelfia, Chicago, Washington... Durante treinta días se dedicaron a recorrer diversas ciudades mientras se ponían al día el uno del otro. Hablaron largo y tendido sobre su vida por separado, los proyectos que podían llevar a cabo juntos... Y también se pusieron al día en la cama. Momentos dulces aderezados con pasión a raudales que los dejaban a ambos exhaustos e insatisfechos, porque cada vez querían más. Ni Ewan ni ella eran ya aquellos muchachos sin experiencia...

Tras volver del viaje, su felicidad se había visto un tanto empañada con la noticia de que su padre estaba siendo investigado por Hacienda. Todavía no había trascendido a los medios, aunque solo era cuestión de tiempo que saliera a la luz. Ella ya se lo esperaba y lo tenía asumido, pero aun así no podía evitar entristecerse por la situación de su familia. Lo sentía sobre todo

por su madre, a pesar de que Ornella estaba llevando ese asunto y la amenaza del escándalo subyacente con bastante entereza. En cuanto a su padre, en esos últimos dos meses había envejecido diez años, y ya solo parecía la sombra de lo que un día fue. No se alegraba de lo que le estaba ocurriendo, él solo se lo había buscado, pero en el fondo sentía lástima por él. Incluso cuando se enteró de que volvía a estar con Ewan y acusó a este último de haberlo denunciado, Maia no pudo más que compadecerse de su padre. Ella estaba segura de que Ewan no había tenido nada que ver con la filtración, por primera vez desde hacía mucho tiempo confiaba plenamente en él y ni siquiera tuvo que preguntárselo. Por muy bien que su padre lo hubiera tapado todo, tarde o temprano Hacienda habría detectado irregularidades en las cuentas, como así había sucedido finalmente. Aparte de responsabilizarse por sus actos, Theodore Stuart tendría que asumir eso, no le quedaba otra.

Maia volvió a centrar la atención en la calzada y vio que entraban en un aparcamiento situado a escasos metros del puente Hungerford, bastante cerca del London Eye. Llevaba mucho tiempo sin visitar esa zona y advirtió que estaba muy cambiada; incluso habían levantado una feria al más puro estilo circense con diversas atracciones y un gran carrusel. Haciendo memoria, recordó que ambos solían ir de vez en cuando a pasar el día allí, a los jardines del Jubileo, mientras planeaban su futuro. Ya había anochecido y la temperatura de aquella tarde de septiembre no invitaba a tumbarse en el césped, así que rezó para que a Ewan no se le hubiera ocurrido tamaña locura y solo tuviera previsto ir a la feria, aunque de él podía esperarse cualquier cosa. Además, el vestido de gasa blanca y los tacones de infarto que llevaba puestos no eran ni de lejos los más apropiados para la ocasión.

Ewan pagó la tarifa del aparcamiento y colocó el ticket en la parte interior del parabrisas. Después, tomó a Maia de la mano y la llevó en dirección opuesta a las atracciones.

—¿No vamos allí? —preguntó Maia, extrañada.

—No —fue su escueta contestación.

—¿Entonces?

—No seas impaciente, lo verás dentro de un momento.

Se introdujeron en los jardines y Maia ya se imaginó con el vestido manchado de verdín, pero respiró tranquila cuando captó las intenciones de Ewan. Iban directos hacia el London Eye, una impresionante noria de ciento treinta y cinco metros de altura desde cuyas cápsulas acristaladas se podían apreciar unas fabulosas vistas panorámicas de la ciudad.

—¿Vamos a montar en la noria?

—Si no tienes nada mejor que hacer...

—Claro que no. Me parece una idea estupenda.

Maia fue hacia las taquillas, pero Ewan la detuvo y sacó dos entradas del interior de la chaqueta, agitándolas a escasos centímetros de su nariz con una socarrona sonrisa.

—Venga, vamos.

Ewan tiró de ella y la condujo hasta el acceso a las cabinas, donde había una persona recogiendo los pases que les avisó de que debían aguardar un rato. Maia no entendía por qué les hacían esperar, ya que parecía no haber mucha afluencia de público y las cápsulas se ocupaban sin completar el aforo. La noria nunca se detenía mientras estaba en funcionamiento, aunque giraba tan despacio que daba tiempo de sobra para que la gente entrara y saliera de las cabinas con tranquilidad.

Tras unos minutos de espera, apareció una cápsula que estaba vacía y el celador les indicó que subieran. Maia se volvió hacia Ewan, interrogándole con la mirada, pero él se limitó a levantar los hombros.

—Que disfruten del paseo —dijo el hombre.

Ya dentro del habitáculo, Maia no pudo esperar más para preguntar:

—¿Cómo has conseguido una cabina solo para nosotros dos? —Tras echar un pequeño vistazo al interior, agregó—: ¿Incluso champán?

—No ha sido difícil, solo hay que ser previsor. Dan la opción de alquilar las cabinas de forma privada. Y ahora ven, sentémonos y bebamos algo. Las vistas más espectaculares se darán cuando lleguemos arriba, y para eso queda un rato.

Se acomodaron en el banco y Ewan, tras descorchar la botella, le sirvió una copa.

—Por nosotros —dijo él.

—Por nosotros —repitió ella.

Ewan la miró con adoración. Nunca se cansaría de mirarla.

—Maia, he sido más feliz durante este último mes que en toda mi vida.

—Yo también. ¿Quién nos iba a decir que lo nuestro acabaría así?

—Yo nunca lo dudé. Y al final, el tiempo ha puesto todo en su lugar.

Ella le sonrió con ternura y agradeció para sus adentros que él hubiera sido tan perseverante. Abrazados y en silencio, contemplaron las vistas desde el centro de la cabina hasta que Maia, presa de la curiosidad, se puso en pie y caminó hacia el cristal para apreciar aquella panorámica nocturna en todo su esplendor.

—Esto es maravilloso —murmuró, embelesada.

—Tú sí que eres maravillosa —oyó que decía él a su espalda.

Maia se dio la vuelta y lo que vio le provocó un nudo en la garganta. Ewan se encontraba justo detrás de ella, con una rodilla hincada en el suelo y una caja abierta entre sus manos. En su interior, refulgía un fabuloso diamante azul zafiro engarzado en un anillo labrado de oro blanco.

—Maia Stuart, ¿quieres concederme el honor de ser mi esposa?

Ella, con lágrimas en los ojos, solo atinó a titubear:

—Yo..., sí..., sí..., sí... ¡sí! —terminó por gritar a los cuatro vientos.

Ewan soltó el aire que había estado conteniendo y se incorporó. Tras colocar el anillo en su dedo la besó largamente, hasta que ambos perdieron el aliento.

—Ahora sí que me has hecho feliz. ¿Te gusta?

Maia se fijó por primera vez en la sortija y torció el gesto. Aquella piedra le resultaba vagamente familiar.

—Este diamante se parece mucho al de la exposición.

—Es que es el mismo —contestó, ufano.

—Pero...

—Sí, ya sé lo que vas a decir, que este diamante pertenecía a una colección privada. En concreto, a la mía. —Maia se quedó boquiabierta—. Desde que lo encontramos en una mina a cielo abierto en Botswana y vi que era del mismo color que tus ojos, supe que tenía que ser para ti.

—No me lo puedo creer —consiguió balbucear.

—Pues créetelo. ¿Te queda bien?

—Me queda perfecto. ¿Cómo has podido saber mi talla? —preguntó con recelo.

—En eso me ayudó mi amiga Jocelyn, ¿te acuerdas de ella?

Maia frunció el ceño. Claro que se acordaba de ella.

—Sí, aquella morena norteamericana tan guapa que estaba contigo en la inauguración. —Ewan captó el tono burlón que había utilizado y contuvo una carcajada. Así que estaba celosa...

—Exacto. No sé si te comenté que era diseñadora de joyas. ¿Recuerdas que ella te dio la mano y tú te quedaste un tanto extrañada? —Maia afirmó con la cabeza—. Ese simple gesto le bastó para averiguar tu talla. Cuando estuvimos en Chicago, el día que te dije que tenía un compromiso y tú te fuiste sola de compras, en realidad había quedado con ella. Le llevé el diamante para que lo puliera y, a partir de ahí, ella realizó su magia.

—Ewan... —Maia estaba emocionada. Él había confiado tanto en su relación que incluso en aquella época, cuando ella aún creía odiarlo y no quería ni hablar con él, ya tenía pensado qué hacer.

Al percatarse de que estaban llegando al punto más alto de la noria, Ewan se quedó pensativo. Sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en dos carbones y, tras clavar en Maia una mirada cargada de lascivia, la agarró de la mano y tiró de ella hasta sentarse en el banco central, acomodándola sobre sus piernas.

—¿Se puede saber qué pretendes? —dijo ella entre risas.

Ewan le acarició lentamente la mejilla con el índice.

—Deberíamos sellar nuestro compromiso con algo más aparte del champán —habló con voz sugerente—. ¿Recuerdas una de nuestras más secretas fantasías? Hagámosla realidad.

Cuando Maia cayó en la cuenta de a qué se refería, abrió los ojos como platos.

—¡No estás hablando en serio! Ewan, si nos pillan, nos detendrán por escándalo público.

—Desde aquí nadie nos ve, ni siquiera los que van en las otras cabinas. En unos momentos iniciaremos el descenso, así que tenemos unos quince minutos hasta que esto llegue a tierra firme. Habrá que darse prisa —la animó.

—Pero...

—Olvídate de pensar. Simplemente, hazlo.

El gesto sorprendido de Maia se transformó poco a poco en una pícaro sonrisa: esa era la respuesta que estaba esperando. No podía perder el tiempo, tenía que ser ahora o nunca así que, sin entretenerse con muchos preliminares, le levantó la falda del vestido y retiró hacia un lado sus braguitas. Masajeó sus nalgas con suaves pasadas para avivar en ella la

pasión, y Maia respondió de forma inmediata. Le pidió más, y él extendió sus caricias hasta el punto álgido donde ella encontraría el placer. Acarició los recovecos de su vulva con los dedos de forma magistral, empapándolos con su humedad, mientras ella se arqueaba hacia atrás y su rostro se desencajaba por el goce.

Ewan se desabrochó los vaqueros, dejando que su pene se alzara libre de cualquier obstáculo. Maia lo miró con ojos golosos y aquello lo encendió hasta límites insospechados. Tomándola de la cintura, la levantó en volandas y, con un movimiento preciso, se encajó en ella.

Maia apoyó las manos sobre los hombros de Ewan e inició un ritmo firme y continuo, pero necesitaba más, mucho más, así que aumentó la intensidad de sus movimientos. Cada acometida era más enérgica que la anterior, cada espasmo más potente y cada jadeo más sonoro hasta que ambos, con la voz ahogada y sus cuerpos convulsos, alcanzaron la cima del placer. Sus ojos se encontraron y, tras una sincronización perfecta, unieron sus bocas en un beso profundo que ahogó sus roncós gemidos.

Permanecieron abrazados durante un rato, recuperándose de aquella impetuosa y atrevida sesión de sexo, hasta que se percataron de que la cápsula estaba a pocos minutos de llegar a su destino.

Tras recomponer un poco su aspecto, Maia sonrió como una gatita satisfecha y volvió a apoyarse en el pecho de Ewan mientras lo contemplaba con la huella de la lascivia aún impresa en sus ojos.

—Uf, ha sido increíble. ¿Cuándo repetimos?

Ewan la miró incrédulo y después estalló en carcajadas. ¡Dios, cómo la amaba!

De repente, Maia se puso seria. Fijó la vista en su anillo, levantó la mano para apreciarlo mejor y adoptó una expresión reflexiva.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Estaba pensando en Helen. ¡Cuando vea este pedrusco se va a quedar loca! Ya sé lo que nos va a regalar para la boda.

—¿El qué?

—Nada, cosas nuestras, ¡ja, ja, ja! —Rio con ganas, y después añadió—: ¿Has visto cómo brilla?

En vez de mirar el anillo, Ewan clavó sus ojos en los de ella, aún turbios por la pasión. Acababa de regalarle de nuevo aquella mirada repleta de luz que tanto le gustaba.

—Es extraordinario, sí, pero... los diamantes no brillan como tú.

Agradecimientos

Esta casi es la parte más difícil de escribir una novela, porque existe tanta gente que te ha ayudado, que ha aportado un pedacito (o un gran pedazo) de sí misma a lo largo de todo el proceso que corres el riesgo de omitir a alguien que se lo merece. Y todos, en mayor o menor medida, se lo merecen. Desde mi marido César y mi hija Carlota, que han aguantado estoicamente mis «ausencias»; mis amigas —algunas de ellas también «lectoras cero»— Violeta Lago, Ana R. Vivo y Mar Carrión (¿recordáis cómo surgió la idea de esta novela?), Joana y Geni (mis portadistas y correctoras *destroyer* preferidas), Penélope González, Carmen Cano, Choni Torrejón, Guadalupe Marcos, Yolanda Quiralte...; “*The Geólogas Girls*” (Cristina, Esther, Geles y Noemí), responsables de parte de la documentación relativa al mundo de los diamantes; así como Alba Cobos, que también contribuyó con sus experiencias en Londres. Y, cómo olvidarme, mención especial a ti. Sí, tú, mi lector, ese que está leyendo ahora mismo esta parrafada. Tú eres parte principal de esta novela, el responsable de que siga escribiendo. A ti, a todos, gracias.

Biografía

Chus Nevado nació el 29 de septiembre de 1976 en Madrid, donde reside actualmente. Es diplomada en Arquitectura Técnica pero, aunque resulte extraño habiéndose decantado por una profesión de ciencias, su mundo gira en torno a las letras. Ella misma se describe a sí misma como una persona ecléctica.

Desde que tiene uso de razón, su mente ha sido un hervidero de ideas que necesitaban salir al exterior. Inevitablemente, la mejor forma de conseguirlo ha sido a través de la escritura.

El eslabón del tiempo es su primera novela publicada, la cual vio la luz en 2013 en formato digital y más adelante, en 2017, en edición papel. También ha participado en diferentes antologías de relatos, entre ellas *150 rosas* (con el título «El valor de una sonrisa»), *La mujer suave y otros relatos románticos* (con el título «Sueños robados») o *CorazonHadas* (con el título «Semillas de esperanza»), siendo esta última un proyecto de carácter solidario en apoyo a la lucha contra el cáncer.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

www.chusnevado.es